



NACHO
MONTES

EL HIJO DE LA
COSTURERA

La novela de **BALENCIAGA**

NOVELA HISTÓRICA

ÍNDICE

Dedicatoria

Cita

Cita

PRIMERA PARTE

HUGO

1907

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

1911

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

1913

- Capítulo 26
- Capítulo 27
- Capítulo 28
- Capítulo 29
- Capítulo 30
- Capítulo 31
- Capítulo 32
- Capítulo 33
- Capítulo 34
- Capítulo 35
- Capítulo 36
- Capítulo 37
- Capítulo 38
- Capítulo 39

1914

- Capítulo 40
- Capítulo 41
- Capítulo 42
- Capítulo 43
- Capítulo 44
- Capítulo 45
- Capítulo 46
- Capítulo 47
- Capítulo 48
- Capítulo 49
- Capítulo 50

1916

- Capítulo 51
- Capítulo 52
- Capítulo 53
- Capítulo 54

SEGUNDA PARTE
WLADZIO

1917

- Capítulo 55
- Capítulo 56
- Capítulo 57
- Capítulo 58
- Capítulo 59
- Capítulo 60

Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68

1927

Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71

1937

Capítulo 72
Capítulo 73

1948

Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76

Créditos

*A mi madre,
porque todo lo que sé y aprendí a amar de la moda se lo debo a ella y a su exquisita elegancia
natural, que perdura viva en la retina de mis sentimientos y en el corazón de mi padre, de toda
mi familia y de mis amigos.
A los que aman sin medida.*

«Con los tejidos, nosotros hacemos lo que podemos. Balenciaga hace lo que quiere».

CHRISTIAN DIOR

«Balenciaga es un *couturier* en el verdadero sentido de la palabra. Solo él es capaz de cortar los tejidos, montarlos y coserlos a mano. Los demás son simples diseñadores de moda».

COCO CHANEL

«No es un amante quien no ama para siempre».
EURÍPIDES

«El amor más fuerte y más puro no es el que sube desde la impresión, sino el que desciende desde
la admiración».
SANTA CATALINA DE SIENA

PRIMERA PARTE

HUGO

1907

Getaria, 7 de junio

Siempre llevaba un trozo de tiza en el bolsillo de sus pantalones cortos, cualquier rincón podía ser un lienzo improvisado para pintar un garabato, un patrón o un retazo de vida. Cristóbal saltaba de adoquín en adoquín, dejando un hueco en medio porque prefería los números impares, marcando un camino imaginario por el que le gustaba perderse durante horas, fabulando y sonriendo, brillase el sol o rugiese una tormenta. Sus bocetos de tiza vivían en la calle el tiempo que les permitía la lluvia.

Había llovido tanto aquella noche que los adoquines brillaban limpios como escamas de pescado fresco, convirtiendo la calle en un capricho de plata de un antiguo tesoro de piratas y leyendas. Cerraba los ojos y podía imaginar y casi escuchar el barullo de aquellos granujas, de patas de palo y parches en los ojos, en el puerto, trapicheando con las monedas y los chamarileros. Entre ellos, y como una aparición, una dama delicada y segura recorría los puestos de la lonja bajo una sombrilla de chantilly. La vida ahí olía a mar, a un mar inmenso y bravo que si respirabas profundo entraba como un aguardiente que recorría en segundos hasta los confines de las entrañas y te anclaba de golpe a la tierra del norte.

Muchas mañanas rompía su ensueño de piratas y aventuras el taconear de esa mujer exquisita sobre los adoquines brillantes. Los pasos firmes de los zapatos de salón encendidos de doña Micaela Elio y Magallón, marquesa de Casa Torres, sonaban al compás del repicar de las campanas de San Salvador. No había nadie en el pueblo que no recorriese con la mirada, cada domingo, su paseo hasta el templo. Salía del palacio de Vista Ona, en su tálburi de cuero inglés, perfumada con agua de rosas y con sus vestidos largos y ricos, un moño alto como una torre de vigía y sus delicadas sombrillas de encaje blanco, como espumas marinas, para llegar hasta la puerta de la concurrida iglesia. Cristóbal miraba en la distancia, detrás de un árbol, la delicadeza con la que la marquesa bajaba de su calesa, abría la sombrilla, lloviese o hiciese sol, levantaba con la otra mano en un grácil recogido el bajo de su vestido marfil bordado con flores rosáceas y hojas de eucalipto, y caminaba firme y ligera, dejando a su paso un rumor de piropos suaves y de sonrisas templadas.

Volvió a casa Cristóbal saltando, sonriendo, imaginando cómo sería vestir a una dama como aquella. Y nada más entrar en la cocina, su madre sentada al contraluz zurciendo un vestido

mientras una olla bullía, cogía un carboncillo para plasmar en trazos ágiles el último vestido lucido por doña Micaela.

—Cristóbal, hijo, ayúdame con estos botones que estoy muerta de cansancio y ya casi ni puedo enhebrar la aguja —exclamó Martina, soltando un pequeño resoplido y levantándose, como pesada, para retirar del fuego el puchero.

—¿Con qué hilo los quieres, mamá? —preguntó el niño sin levantar la vista de su carboncillo, en el que un vestido de mikado de raso, con los bordados de doña Micaela, parecía cobrar vida.

—¿De qué color va a ser, hijo? Pues marrón, como los botones —sentenció la madre.

Cristóbal miró de reojo a su madre, que seguía de espaldas sobre el fogón de la cocina y sonrió burlón alzando la vista al techo. Después firmó el boceto con un garabato ligero, lo guardó en una carpeta de cartón y lo metió en el cajón en el que su madre tenía los hilos y los botones. Ese cajón era propiedad de ambos, y eso le hacía feliz.

—Mamá, ¿cuándo volvemos al palacio? —preguntó mientras sacaba los platos de la alacena para poner la mesa, era ya la hora de cenar.

—Mañana, hijo, ¿me acompañarás?

—Claro, mamá —exclamó con una sonrisa de extrema felicidad.

—Antes de ir tengo que terminar de rematar los ojales de una blusa y montar ese abrigo, las piezas ya están cortadas —dijo Martina, señalando unas piezas de un paño de lana cálido y azulado.

—En cuanto acabemos de cenar, mamá, te ayudo y lo dejamos terminado, así mañana no tienes que madrugar.

—Me parece bien, hijo —respondió Martina con una sonrisa agradecida.

Cristóbal se acercó a la máquina de coser, miró las piezas, las tocó suavemente, como el que toca un juguete para que cobre vida, e imaginó a los niños de Vista Ona, vestidos de domingo para uno de esos almuerzos al sol en los que la marquesa de Casa Torres reunía en el jardín del palacio a la alta burguesía, artistas de postín y algún miembro de la casa real que, alentados desde hacía tiempo por la reina María Cristina, pasaban sus vacaciones de verano en la costa guipuzcoana.

Martina Eizaguirre Embil, costurera, madre y viuda de José Balenciaga Basurto, había aprendido a sacar adelante su pequeño hogar del número 10 de la calle Zacayo, una casita sencilla y curiosa de Getaria, el mismo día que su marido murió de un derrame cerebral. No faltaba ningún día un puchero de legumbres o verduras en el fuego, ni un vasito con alguna flor fresca puesta en agua sobre la mesa camilla de la salita, ni una sonrisa de amor cuando cualquiera de sus tres hijos —había perdido a dos niñas en su infancia— reclamaban un beso o una caricia.

José Balenciaga, marino, curtido en la mar tantos años de pescador y que había sido también el alcalde de Getaria el mismo año en que nació Cristóbal, cambió la crudeza de su oficio marinero para conseguir ser patrón de una escampavía guipuzcoana, esas embarcaciones de vigilancia aduanera que mantenían el orden y la normalidad bajo el estricto y seguro presupuesto del Ministerio de Hacienda y de Marina. Ese cargo le hacía codearse con soltura con los miembros de la aristocracia y de la monarquía. Ese cargo hizo también que su mujer incrementase sus trabajos de costurera con muchas de las grandes damas de la alta sociedad que confiaban en su discreción, en su honradez y en su maestría con la aguja.

Esa maestría era precisamente lo que había hecho que la marquesa de Casa Torres empezase por encargarle pequeñas composturas, arreglos de bajos, cambios de botones y sencillos remiendos para acabar confiando en su buen hacer con el diseño y la compostura de sus trajes de verano y los de los niños de la familia. Muchos de esos vestidos, a menudo influenciados por las casas de costura de París a las que era asidua, los lucía en sus fiestas y reuniones y cuando le preguntaban por ellos las damas de la sociedad, la marquesa esbozaba una amplia sonrisa. Nada le hacía más feliz que saber que en Getaria había encontrado la aguja perfecta para todos sus caprichos.

Todas esas damas de la alta sociedad que veraneaban en el País Vasco, y las reinas María Cristina y Victoria Eugenia, eran clientas habituales de los establecimientos de moda más punteros de San Sebastián, como las Hermanas Múgica o Paulina Alfaro o la renombrada sastrería Casa Gómez. Por eso, que un día la marquesa de Casa Torres decidiese encargarse a Martina, una costurera sencilla de pueblo, trabajos mucho más importantes que un cambio simple de botones o algún remiendo, le hacía sentirse como una elegida.

Se había parado tantas veces delante de los escaparates de todas esas casas de costura que ya tenía cogido perfectamente el estilo de cada corte, de las sisas, de los bodoques y las pecheras que llegaban de París cada temporada para instalarse en San Sebastián, cuna estival del buen gusto y las fiestas de la alta sociedad.

Terminó Cristóbal de cenar, ayudó a su madre y a su hermana Agustina a recoger la cocina, y sin que hubiese dado tiempo ni a que Martina se sentase, ya estaba ensamblando las piezas del pequeño abrigo de paño azul pastel.

—Tienes que rematar las mangas y el cuerpo antes de unirlos, Cristóbal, para que quede perfecto. —Martina explicaba todo con suave calma, como si nada pudiese alterar el mundo cuando ella hablaba.

—¿Qué botones le vamos a poner al abrigo, mamá?

—Esos de nácar que he dejado en la tapa de la lata roja —respondió ella, señalando la mesa junto a la ventana. Esa mesa por la que entraba la luz del sol en las mañanas de invierno y en la que madre e hijo se sentaban a coser juntos tantas veces. Bueno, a coser Martina, porque Cristóbal observaba y dibujaba sin dejar de escuchar cada palabra de su madre. En muchas ocasiones, anotaba dudas al margen de sus hojas, sencillas nociones que podían ser la clave del éxito de una prenda, como en las recetas de confitería que había dejado escritas su abuelo en esos papeles que amarilleaban por los bordes y que Martina seguía guardando en la cocina en una lata de galletas holandesas.

Cristóbal sabía que debía recordar muchas veces esos pasos exactos, porque, como decía su madre: «En la costura, hijo, como en la repostería, si te saltas un paso, por sencillo que parezca, una tarta no cuaja o un bizcocho no sube».

Miró los botones de nácar que le había señalado y sin estar muy convencido abrió el cajón de los hilos y rebuscó; recordaba que habían quitado a un viejo guardapolvos unos botones enormes, de color caramelo. No paró hasta encontrarlos.

—Mamá, ¿me dejas que también te cosa los botones? —preguntó en la distancia.

—Está bien —respondió ella como aliviada, acomodándose en la butaca y abriendo su cuaderno de notas para organizar las composturas de la semana. Tenía tres encargos aún pendientes del palacio y dos visitas a Zarautz a casa de dos clientas, amigas de la marquesa, que habían solicitado que les tomase de nuevo medidas para unos trajes simples de recreo, de algodón rayado, para jugar al tenis. No sabía, con las tallas que recordaba de aquellas hermanas, si jugarían al tenis o se inflarían a emparedados de rosbif en los jardines de Vista Ona, pero sí sabía

que quedarían perfectos con esa nueva tela marinera, de algodón trenzado, que había encontrado en San Sebastián.

Mientras su madre se organizaba la semana, Cristóbal hundía sutil la aguja en la lana, con destreza, para dejar cosidos los cuatro botones y que su madre viese el resultado completo antes de protestar. Mientras lo hacía, en su cabeza rondaba una y otra vez cómo sería vestir a doña Micaela. Había soñado mil veces con ella luciendo un vestido suyo cualquier domingo en la iglesia. Porque muchos domingos, mientras vigilaba en la distancia su llegada al templo, había querido correr y preguntarle si le dejaba que le diseñase un vestido bonito como esos que ella se compraba en París. Pero nunca había encontrado el valor, quizá por no incomodarla, quizá pensando que su madre le reprocharía semejante abuso.

Terminó con el último, abotonó el abrigo cruzado, estiró los brazos cogiéndolo de los hombros para mirarlo en la distancia, ladeó la cabeza, y esbozó una sonrisa.

—¡Listo! —exclamó, llamando la atención de su madre.

Su hermano Juan levantó la mirada un segundo por encima del libro que estaba leyendo tirado en el sofá. Agustina se incorporó. Martina miró frunciendo el entrecejo, pensativa, no sabía si la penumbra de la salita le estaba jugando una mala pasada, se levantó y cogió el abrigo con asombro.

—Cristóbal, te has equivocado de botones...

—¿Te gustan? —preguntó él, interrumpiendo a su madre y sonriendo.

—¿De dónde han salido? —indagó ella, arqueando las cejas en un signo claro de admiración.

—Los quitamos de aquel viejo guardapolvos verde que deshicimos hace unos meses para convertirlo en una capa corta, ¿no te acuerdas, mamá? Eran tan bonitos que los guardé en el cajón de los hilos.

Martina asintió con la cabeza, se fue hacia la mesa, envolvió el abrigo en un papel blanco, limpio e impoluto, y sonrió orgullosa antes de besar a Cristóbal para darle las buenas noches.

—Está precioso, hijo, precioso. Vámonos a dormir todos, que mañana tenemos muchas cosas que hacer.

—Buenas noches, mamá, que descanses —susurró él antes de meterse en su habitación.

Se sentía orgulloso y feliz, muy feliz.

—Buenas noches, madre, yo aún me quedaré leyendo un rato —dijo Juan.

—Buenas noches a todos —se despidió Agustina.

Despertó al oír toser a su madre, una tos ronca y dura, como de ultratumba. Y corrió hacia su cama. La encontró, pálida, acurrucada bajo la manta, con tiritona. Agustina y Juan ya habían salido temprano a trabajar. Ambos ayudaban a sostener la economía familiar desde que falleció su padre.

—Hijo, estoy que no tengo ni fuerzas para levantarme, me desperté a medianoche con un ataque de tos y destemplada, debo haber cogido frío con la tormenta.

—¿Quieres que vaya a Vista Ona y deje recado de que volveremos otro día? —preguntó, sacando una manta más del armario y arrojando a su madre.

—Ve, pero llévate el vestido y el abrigo, en el palacio te darán el recibí, y le dices a la marquesa que me disculpe y que la veré a final de semana en cuanto me haya recuperado de este

resfriado.

—Muy bien, mamá, tú no te muevas de aquí que vuelvo enseguida y te traigo un pastel de manzana reciente para el desayuno.

—¿Y a dónde me iba a ir, hijo? —preguntó Martina con media sonrisa, viendo cómo Cristóbal salía corriendo ya, con los encargos en la mano.

Vista Ona chispeaba bajo el sol del verano. Sus ladrillos bicolores esmaltados reflejaban el optimismo de un cielo, el del norte, que volvía a tintarse de intenso azul nada más escampar cualquier tormenta. Cristóbal llegó jadeante hasta el umbral de su puerta, sobre la escalinata, bajo una pérgola que en verano estaba llena de flores blancas que desprendían un olor dulce e intenso. No era jazmín, en el norte no aguantaba las temperaturas, pero era una especie poco común en la zona que los jardineros de palacio habían traído de algún lugar, para llenar las fiestas de los marqueses de esas simuladas damas de noche que olían a miel.

—Buenos días, Cristóbal —saludó la doncella, abriendo la puerta de par en par.

—Buenos días, señora, mi madre me envía con los encargos de doña Micaela porque está en la cama, enferma. Me pide que la disculpe y le diga que volverá en cuanto se recupere.

La marquesa, que escuchaba desde el salón principal a Cristóbal y su discurso acelerado, aún jadeante de la carrera desde casa al palacio, salió al jardín preocupada.

—¿Qué le pasa a tu madre, Cristóbal? —preguntó mientras abría el papel blanco que envolvía el abrigo.

—No es grave, doña Micaela, es un resfriado —se apresuró a tranquilizarla.

—Son estas tormentas del norte, anoche refrescó tanto que tuvimos que encender la chimenea para la cena —dijo la marquesa antes de admirar, encantada, el abrigo azul en el que brillaban, encendidos, los botones como caramelos—. Qué maravilla de madre tienes, qué bonito ha quedado, jamás habría imaginado estos botones en un abrigo celeste, dale mi enhorabuena, hijo.

—Muchas gracias, así lo haré —respondió lleno de gozo, henchido por aquel piropo de la marquesa.

—Cariño, cuida mucho a tu madre, trabaja demasiado. ¿Qué haréis cuando se vaya haciendo mayor?

—Cuidarla y trabajar mucho, como mis hermanos, para que ella descansa y sea feliz —dijo sin titubear.

—¿Qué quieres hacer en la vida, hijo? —preguntó la marquesa, orgullosa de aquella respuesta tan madura.

—Me gustaría hacer vestidos bonitos, como estos que usted lleva siempre —contestó Cristóbal, ensalzando el lino rico del vestido de mañana que llevaba la marquesa. Ella sonrió con tierna incredulidad.

—¿Sabes coser? —preguntó ella, admirada.

—Sí —respondió contundente.

La marquesa lo miró con ternura, los dos guardaron unos instantes de silencio, el tiempo se detuvo de golpe en el jardín.

—Si me deja, podría copiar el traje que lleva usted puesto ahora mismo, solo necesito un poco de tiempo y una buena batista de lino —afirmó el niño rotundo.

—¡Qué cosas tienes, Cristóbal! —exclamó ella sin dejar de observarle curiosa.

—Apuesto a que le gustaría comprobarlo —sentenció él sin dudar ni una palabra y viendo como la marquesa ladeaba la cabeza pensativa, esbozaba una sonrisa y le tendía su mano firme y enérgica. Cristóbal dudó un segundo si besarla o estrecharla como hacían los hombres en los pactos de caballeros y sabiendo el carácter decidido de la marquesa, optó por la segunda opción.

Esa noche llegó a la casa de los Balenciaga una caja grande de palacio. Cristóbal le había contado a su madre y a Agustina, que escuchaban incrédulas, todo lo ocurrido. En su tapa había una nota manuscrita de la marquesa, con una letra ladeada pero erguida que se le antojó tan exquisita como la batista que escondía en su interior.

Querido Cristóbal:

Cumpliendo con mi palabra, te mando mi vestido y este lino nuevo de rayas para que me hagas seguir creyendo en los sueños de verano. Espero que te sean útiles para completar nuestra apuesta y que podamos celebrarlo pronto junto con la recuperación de tu madre.

Un saludo afectuoso,

Micaela Elio y Magallón

Cristóbal tendió la nota a su madre, que permanecía asombrada, sentada junto a su hija como dos espectadoras de una función increíble, y sacó de la caja el vestido de la marquesa y los metros de lino nuevo, rico, limpio, de ese color vainilla que tanto le gustaba y sutiles rayas grises. Se lo acercó a la cara, respiró profundo, y sonrió con los ojos húmedos. Agustina se cogió la cara con las manos. A su madre, sin dejar de sonreír, también se le llenaron de lágrimas los suyos.

Limpio la superficie de la mesa de madera con un trapo fino, extendió el vestido sobre ella y empezó a medir, metódico, cada trazo del vestido de la marquesa, que olía a su agua de rosas, como su madre. Cristóbal podía respirar aquel eterno perfume como si el vestido estuviese vivo, mientras empezaba a dibujar el despiece del patrón. Iba anotando con un lápiz recién afilado cada trazo, la sisa, el cuello, la cadera, el contorno, pero empezando por el centro del delantero y la cintura, que había aprendido de su madre que era el eje principal de cualquier vestido para un buen patrón.

Cuando cortaba la tela en el silencio de su casa, concentrado y metódico, podía escuchar el sonido certero del lino, abriéndose en dos al paso del hierro afilado. Era como un siseo lento, pero que no se detenía hasta llegar al final de cada paño de tela.

Los pájaros jugaban en el árbol de la ventana. El sol ya estaba en lo alto cuando tuvo todas las piezas cortadas y estiradas listas para ensamblar. En una esquina del tablero vigilaba la carta de la marquesa, como un faro atento a cada movimiento del pequeño sastre. En el umbral de la puerta, apoyada a ratos y con ternura incansable, su madre observaba cómo aquellas piezas inertes iban cobrando vida según pasaban las horas.

—Si necesitas algo dímelo, hijo, que tampoco es necesario que ni respires por terminarlo hoy como si fuese una carrera con apuestas —dijo Martina mientras removía con un cucharón de madera la olla en la que se guisaba, lentamente, un marmitako de patatas y atún.

—¿Me dices a mí, mamá? —preguntó, concentrado en cada trazo que iba cosiendo, como contando en voz baja las puntadas para que cada costura quedase perfectamente unida de por vida.

—Claro, hijo, a ti, ¿quién más hay en esta casa en este momento que tú y yo? —dijo con media sonrisa dulce y agitando la cabeza mientras se mordía el labio inferior antes de mirar al techo como pidiendo explicaciones.

—¿Qué me decías? No te he oído bien —respondió él, levantando la vista de la última costura recién terminada, pasando un dedo por ella, como por la sutura de una herida cerrada con absoluta precisión de cirujano.

—Que si necesitas algo que me lo digas, que no hace falta que lo termines hoy como si te hubiesen puesto un ultimátum, que debes estar molido de estar ahí encorvado sobre la mesa —añadió.

—No, mamá, gracias, está ya todo controlado, esta misma tarde lo tendré listo y rematado para poder enviarlo a Vista Ona —dijo, incorporándose, levantando la vista hacia la calle y tomando aire.

—¿Ya lo tendrás hoy mismo? No me lo puedo creer, hijo. ¿Qué prisa había? —preguntó la madre, frunciendo ligeramente el ceño.

—¿Prisa? Ninguna. Tan solo quiero demostrarle a la marquesa que no puede retarme porque eso me hace tomar la salida como un corredor de fondo, que no descanso hasta que termino la carrera. Soy testarudo, mamá, ya lo sabes —sentenció.

—¿Qué me vas a contar! —exclamó ella con un suspiro de alivio al ver que casi terminaba la faena y recogía la mesa.

Y cuando el puchero de la comida estaba ya pitando, Cristóbal cogió el vestido con suma delicadeza, lo acercó al maniquí de busto y lo apoyó por encima. La mañana olía a verano del norte, el guiso de marmitako a puerto de mar y el vestido a gloria. Eso pensó Martina, embobada, al mirar la creación de su hijo.

Tenía los muslos de atleta, desarrollados a fuerza de bailar hasta sobre las aguas, una arquitectura corporal que le hacía parecer mucho mayor de sus trece años recién cumplidos, los ojos oscuros y la piel muy clara. Hugo de Mungida Alcaraz sonreía siempre y en vez de caminar parecía que levitaba. Podía recorrer el parque en segundos, exquisitamente, bajo el sol de junio o sus tormentas repentinas, casi sin posar los talones sobre la tierra.

El día que Cristóbal lo vio cruzarlo, bordeando los árboles, saltando sobre los bancos y danzando alrededor de la fuente de piedra, supo que podrían ser los amigos perfectos. Estaba sentado, dibujando figurines con un carboncillo corto en uno de sus libretos de cuartillas blancas cuando Hugo cruzó el parque. Detuvo la mirada en sus movimientos, elegantes y firmes, como los trazos de una firma regia en una carta, y se dejó enamorar por aquel lenguaje corporal. Cuando el muchacho desapareció, Cristóbal seguía con la mirada fija en la fuente, como si la imagen de aquel chaval se hubiese quedado suspendida en el aire y nadie pudiese borrarla jamás. Se levantó, recorrió el parque un par de veces hasta su salida, pero no lo encontró. Y volvió a casa pensando en su timidez, y en por qué no le habría dado un grito antes de perderlo de vista.

Entró correteando hasta la cocina, su madre cortaba sobre la mesa el patrón de un vestido de seda rosa.

—Mamá, creo que en el parque había un ángel —dijo sin llamar la atención de Martina, que sesgaba precisa la seda con pulso firme, siguiendo el hilo de la tela. Seguirlo era obligatorio para que las prendas tuviesen una caída natural y elegante.

—¿Y qué te anunció? —preguntó con media sonrisa.

—Mamá, de verdad, te estoy hablando en serio, había un chico que caminaba como si no pisase el suelo.

—A ver si era un pájaro, hijo, ¿no te habrás insolado? —Martina dejó las tijeras suavemente sobre la mesa, se acercó a su hijo, le tocó la frente y le miró el blanco de los ojos.

—Mamá, mamá, no me tomas en serio... —refunfuñó.

—¿Y qué quieres que tome en serio, hijo, que ahora crees que los ángeles pasean por el parque del pueblo? Eres tan gracioso a veces, Cristóbal. —Le dio un beso en la frente y le pidió

que le ayudase a recoger el costurero mientras ella terminaba de cortar el último patrón de la seda.

Cristóbal frunció el ceño, ayudó a su madre a recoger las cosas para poner la mesa y se acercó al fuego para oler lo que salía de la olla.

—Qué bien huele, mamá, ¿qué es?

—Pollo guisado, pero este ya no vuela como los ángeles —dijo Martina, sonriendo a su hijo, que volvía a tener el ceño fruncido.

—Tengo hambre —sentenció medio enfadado, no podía enfadarse de verdad con su madre porque la idolatraba.

—En cuanto lleguen tus hermanos comeremos, aún es pronto.

No había terminado de poner la mesa cuando se dio cuenta de que había olvidado su cuaderno en el parque, lo había dejado en el banco, despistado, cuando se levantó en busca del chico.

—Mamá, vuelvo en quince minutos —dijo de pronto, salió corriendo sin cerrar la puerta de la casa y sin dar tiempo de que su madre respondiese.

Se había nublado, en el norte era habitual casi cada día de verano que, en minutos, las nubes tapasen el sol y cayese un chaparrón. Llegó al parque justo cuando rompía la tormenta. El banco estaba vacío, ni rastro de su cuaderno, el pequeño carboncillo había caído al suelo embarrado en segundos. Se agachó, lo recogió y volvió callado, caminando bajo la lluvia, con el carboncillo preso en el puño cerrado, hasta llegar a casa empapado y contrariado. En la mesa ya estaban todos sentados, esperando.

—¡Pensábamos que te habían raptado los ángeles! —exclamó su hermano, soltando una carcajada y dando un mordisco tosco a un trozo de pan aún caliente del horno.

—¡Qué gracioso eres, me duele la tripa de tanto reír! —respondió Cristóbal con el ceño fruncido y sin dejar de pensar en el chico del parque.

La siesta consistió en escrutar cada imperfección de la pintura del techo, imaginando las piedras de un río por las que saltaba, ágil, su chico ángel. ¿Y si lo había imaginado?, se preguntaba en silencio Cristóbal intentado ejercitar la memoria, en vano, para dibujar una cara que ni siquiera había podido distinguir en la distancia. No sabía si era rubio o moreno, si tendría los ojos negros o azules, si tendría pecas, le encantaban las pecas, o si siempre sonreiría... No sabía nada de él, pero empezó a imaginarlo como si lo conociese de toda la vida. Cuando empezaba a quedarse dormido su madre entró y dejó sobre la mesilla su cuaderno. Quizá lo había soñado todo.

Sofía Alcaraz de Montarca, marquesa de Alto Aragón y esposa de Julián de Mungida, era una mujer alta y fina, dulce y morena, bella, muy bella, y con unos ojos de un azul casi marino, tan profundos que parecían azabaches. De hecho, nadie pensaba que tuviese los ojos azules salvo cuando lloraba, que se volvían oceánicos y cristalinos como las aguamarinas. Hablaba el francés de la alta aristocracia y no solo por su exquisita educación infantil entre Francia y su Zaragoza natal, ni por sus veranos eternos en San Sebastián en el palacete que su abuelo mandó construir para que sus hijas pudiesen huir de los calurosos y secos veranos maños, ni siquiera por su amistad con la reina Victoria Eugenia, siempre rodeadas de las damas de la corte de la reina madre María Cristina, sino porque durante el curso escolar vivía en París con su hijo Hugo mientras su marido viajaba por todo el mundo exportando sus lanas, sus sedas y sus algodones ricos para las grandes casas de costura. No necesitaba el dinero ni la fama Julián porque le venían de cuna, pero cuando su padre le dijo que tenía que estar al tanto de todo para mantener siempre su fortuna, decidió asumir la gerencia del antiguo negocio de telares que habían heredado generación tras generación y viajar él mismo, sin descuidar ni una operación, multiplicando las arcas familiares hasta el infinito. No había una casa de modas en toda Europa que no comprasen a De Mungida sus exquisitos mikados de seda, sus lanas merinas o sus guipures y gasas de Oriente. El negocio familiar nunca había necesitado más publicidad que sus años de trabajo exitoso y su impecable producto, pero cuando Julián se enamoró de Sofía y se convirtió en el marido de la exquisita marquesa de Alto Aragón, sus exportaciones se expandieron a las grandes casas nobiliarias de Europa y a muchas de sus monarquías. Era un hecho tan innegable como la capacidad que tenía la marquesa de convencer a su marido de que todo lo que ella decidía era la mejor opción, para cualquier asunto en la vida, fuese vital o baladí. Sin embargo, un día, tras una de esas acaloradas discusiones que Hugo escuchaba en silencio desde su cuarto desde niño, Julián desapareció alegando que tenía un importante y largo viaje para cerrar un negocio de sedas y ni su mujer ni su hijo volvieron a verlo por Los Robles en los años posteriores.

Aún no había cumplido los doce años Hugo cuando le dijo a su madre en secreto que quería hacer ballet. Sabía que su padre pondría el grito en el cielo. Una noche de principio de verano, agazapado tras un árbol del jardín de San Sebastián, pudo escuchar cómo se reía de cada explicación de su madre.

—¿Ballet? ¿El niño? Sofia, ¿intentas que me acabe el aguardiente? —preguntó con una risotada Julián de Mungida, llenando de nuevo una copa de cristal tallado y vaciando su contenido de un trago.

—El niño tiene capacidad para ser un buen bailarín clásico. ¿No ves cómo camina, cómo se comporta, cómo baila en el jardín cuando cree que no lo vemos? Deberías sentirte orgulloso de su sensibilidad —alegaba ella, casi imaginando la tajante respuesta.

—¿Sensibilidad? Qué quieres Sofia, ¿convertirlo en una señorita de salón de té? —Volvió a reír ostentosamente, sirviéndose otra copa más.

—A veces me da vergüenza escucharte —dijo concisa y bajando el tono. Ella no necesitaba alterarse para sentenciar en voz alta sus pensamientos.

—A mí me da vergüenza lo que pensarán nuestros amigos cuando vean al niño con un tutú y unas mallas. ¿Has pensado en eso?

—He pensado en irme con él a París para que inicie su año escolar en septiembre allí. Micaela me ha recomendado una escuela de danza muy importante. —Hugo sintió desde su silencio cómo los vellos de los brazos se erizaban como púas.

—¿Micaela? ¿La marquesa de Casa Torres? —preguntó él sin dejar de carcajearse.

—¿Conoces acaso a muchas Micaelas, querido? —ironizó, intentando controlar su dolor por cada respuesta de su marido.

—No te hagas la simpática, Sofia, porque yo no le veo la gracia. —Iba a servirse otra copa cuando su mujer cogió la licorera, la tapó con un tintineo de cristal, se levantó sin aspavientos y lo miró fijamente—. La marquesa de Casa Torres es una excéntrica como tú si piensa que voy a consentir que convirtáis a mi hijo en una palomita mensajera —dijo sin que le temblase el pulso antes de ver cómo a su mujer se le aclaraban los ojos hasta volverse azul, casi turquesa.

—No es ninguna excéntrica y conoce, igual que la reina, los mejores lugares de Europa para estudiar cualquier disciplina. Quieras o no, me iré a París con el niño en septiembre, está decidido —zanjó ella, sabiendo que a su marido, monárquico empedernido por las hembras más que por los varones porque no soportaba a Alfonso XIII, le habría convencido saber que la reina daba su beneplácito a la dichosa escuela. Cruzó dos dedos de su mano derecha dentro del echarpe con el que se había tapado en la noche norteña y dándole un beso dulce en la mejilla, que terminó por desarmar a su marido, se alejó por el jardín. El cielo estaba lleno de estrellas que chispeaban arriba a lo lejos. Caminó hasta el umbral del porche, en la distancia, Hugo alzó la vista mirando también a ese cielo. Si estiraba la mano cerrando un ojo, podía casi tocarlas.

—De acuerdo, pero antes iremos los tres a París a ver esa dichosa escuela. No hay más que decir —sentenció Julián de Mungida creyendo que eso le daba la autoridad de decidir el futuro de su hijo.

Sofia se detuvo un instante, alzó la mano derecha en la distancia, de espaldas sin darse la vuelta, a modo de aceptación cordial, y entró en la casa victoriosa con los dientes apretados para no gritar de la emoción. Al otro lado del jardín, Hugo rompió a llorar silencioso, estaba feliz. Tanto que no podía imaginar que tras ese verano no volvería a ver a su padre nunca más.

—Si te cojo de la mano podemos volar sobre el parque, cierra los ojos, no los abras hasta que estemos por encima de los árboles —le agarró con fuerza, obedeció sin rechistar y cerró los ojos.

Notó cómo su cuerpo ascendía hasta las nubes, era como si levitase y no pesase nada, como si el cielo fuese un colchón de algodón, y un escalofrío de placer le recorriese las piernas desde los dedos de los pies hasta las ingles. Era un pequeño calambre que se iba haciendo intenso y gustoso según ascendía por su piel. El aire olía a rosas, a tierra y a mar. Y era cálido y dulzón instantes después de la tormenta.

—¿Cómo lo haces? —preguntó Cristóbal sin abrir los ojos, agarrado sin miedo esa mano fuerte que lo mantenía suspendido sobre las copas de los castaños.

—¿El qué?

—¡Todo! —exclamó tajante.

—¿Qué es todo? —preguntó su ángel sin nombre con voz pausada y suave.

—Pues esto, volar. Bueno, y bailar. Y caminar como si no pisases el suelo. —Hizo una pausa diminuta, seguía notando un cosquilleo placentero que le subía desde las plantas de los pies—. Y sonreír... ¡Todo! —exclamó, imaginando su espalda ancha, esculpida, sus piernas fuertes y esa mano potente que lo mantenía en las nubes sin dejarlo caer.

—Lo hago sintiendo. Igual que tú cuando tus dedos cogen el carboncillo y plasman en el papel los brincos de los volantes de un vestido al viento.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó incrédulo.

—Sé muchas cosas de ti.

Cristóbal notaba cómo le tenía agarrado con seguridad, pero con suma delicadeza. Su piel era tan suave que parecía como las sedas de los vestidos de la marquesa. Con él todo era natural y sencillo. Nada parecía forzado.

—¿Qué sabes de mí? —volvió a preguntar, abriendo ahora los ojos impaciente.

Allí abajo, lejos, dos perros correteaban entre los árboles; las personas, diminutas, iban y venían del mercado a la plaza, entraban y salían de las tiendas de ultramarinos. La brisa mecía los árboles y hacía ondear, como banderas que no entendían de guerras, las sábanas blancas tendidas al sol en muchos jardines.

—Porque dejaste olvidado tu cuaderno en el banco del parque y lo recogí para que no lo estropease la tormenta. Es fantástico imaginar el movimiento de los vestidos en tus bocetos. Casi puedo sentir las texturas de sus telas.

—¿En serio? —preguntó emocionado.

—Sí. Yo siempre hablo en serio, Cristóbal Balenciaga —sentenció.

—¿Cómo sabes mi nombre? Yo no te lo he dicho.

—Lo sé todo de ti. Recuerda que soy tu ángel. Y no abras los ojos o caerás al abismo.

En ese momento Cristóbal notó que la tormenta volvía a romper la tarde, que se soltaba de su mano y caía en picado al vacío.

—¡Nooo! —gritó, despertando de un brinco sobre la cama, empapado de sudor, como si la tormenta le hubiese calado hasta la realidad. Abrió los ojos, observó cada rincón de su cuarto blanco, inmaculado, y allí estaba, sobre la mesilla, su cuaderno azul. Lo abrió, se lo acercó a la cara y respiró profundo. Olía a... cerró los ojos y respiró de nuevo. Olía a felicidad.

—¿Qué te ha pasado, hijo? —Entraron Martina y Agustina en la habitación sobresaltadas.

—Nada, mamá, solo fue un sueño.

—Qué susto, pensé que te habías caído de la cama. Menos mal, no ha sido más que una pesadilla, hijo, tranquilo.

—No, mamá, no fue pesadilla —dijo él, sonriendo antes de preguntar por el libro.

—Lo trajeron de Vista Ona hace un rato de parte de la marquesa. Alguien debió de encontrarlo y lo dejó allí —respondió su madre, cerrando las puertas del balcón. Agustina salió del cuarto. La tormenta agitaba de nuevo las cortinas y volvía a pintar charcos caprichosos en los adoquines de la calle.

Cuando estuvo terminado y planchado, Cristóbal colocó el vestido en aquel viejo maniquí de busto que había junto a la ventana, la tela de su armazón ya amarilleaba, y lo atusó con delicadeza. Lo ajustó, se separó un metro para observar en la distancia, volvió a acercarse para alinear un milímetro el hombro derecho y cogiendo una cinta ancha que había cortado e hilvanado con uno de los recortes de la tela, bordeó la cintura del vestido y anudó una lazada generosa ajustándola a un lado. Volvió a alejarse un poco y sonrió confiado.

—Mamá, mamá, ven, a ver si te gusta el resultado final —gritó emocionado, deseando que a su madre le gustase tanto como a él.

Martina entró en la salita, la luz del sol de junio había llenado la estancia de ese color vainilla del nuevo vestido que su hijo había creado en exclusiva para complacer a la marquesa de Casa Torres. Ladeó la cabeza hacia la derecha, después hacia la izquierda, se acercó al busto, pasó los dedos suavemente por el escote del vestido, ajustó una sisa al maniquí, dio dos pasos hacia atrás, volvió a ladear la cabeza... Tras unos segundos de silencio, Cristóbal la abrazó con fuerza cuando vio que una lágrima de orgullo recorría su cara limpia.

—Gracias, mamá —dijo con la cara hundida en su cuello perfumado de rosas y talco.

—Gracias a ti, hijo, por hacerme sentir tan orgullosa, verás cuando lo vea tu hermana, ha ido a por el pan, pero vuelve enseguida —balbuceó ella sin poder contener el llanto.

Esa misma mañana Cristóbal remató en la Singer de pedal la lazada, la incorporó al vestido definitivamente y lo embaló, cuidadosamente, tras la aprobación orgullosa de Agustina, para llevarlo al palacio. Estaba tan contento de su trabajo y de que su madre lo hubiese apreciado con tanta emoción que no podía esperar más para entregar el resultado de su apuesta con doña Micaela.

Cuando llegó, la marquesa supervisaba en el jardín las mesas y las sillas que el servicio estaba colocando sobre el césped, arreglaba pequeños centros de flores en jarrones bajos de cristal y estiraba, perfeccionista, alguno de los manteles de hilo blanco que cubrían las mesitas desperdigadas entre los árboles. Parecía que habría una de esas fiestas de las que luego todo el mundo hablaba en el pueblo durante días y días.

—Señora, está en la entrada el niño de doña Martina. Trae un recado para usted.

—Se llama Cristóbal —dijo la marquesa, sin volver la mirada.

—Sí, señora, el niño Cristóbal —corrigió la doncella—. ¿Quiere que recoja el paquete o le hago pasar?

—Que entre, por favor, que entre el señorito Balenciaga —sonrió la marquesa, terminando de supervisar las mesas ya vestidas.

Cristóbal llegó hasta el jardín con la caja a cuestas y una sonrisa como de vértigo. La marquesa lo recibió con alegría, y sin mediar casi ni palabra tiró de la cinta que cerraba el paquete. Sacó el vestido lo extendió sobre el impoluto mantel blanco recién puesto en una de las mesas y calló.

Todo quedó en silencio durante un rato, solo roto unos segundos por dos mirlos que revolotearon de un árbol a otro. Cristóbal tragó saliva, nervioso y excitado. Veía su vestido ahí, expuesto a la luz limpia de la mañana, la brisa traía un intenso olor a mar y a flores.

—¡Santa María! —exclamó la marquesa. Soltó una carcajada, le miró a los ojos y empezó a aplaudir sonoramente con los brazos en alto. Decenas de pájaros empezaron a revolotear saliendo de los árboles. Cristóbal respiró y sintió que hasta el cielo sonreía.

—¡Bravo! —sentenció—. ¡Bravo y bravo! —volvió a sentenciar. Y Cristóbal sonrió, aflojando los dedos de la mano derecha que permanecían cerrados en un puño prieto—. Sabía que lo harías, pero jamás pensé que sería mejor, si cabe, que el original. Quiero que vengas con tu madre esta tarde a merendar con nosotros, vendrán algunas amigas y me encantaría que te conociesen. ¿Aceptas mi invitación? —preguntó la marquesa, tendiendo de nuevo su mano a un Cristóbal que estaba henchido de la emoción.

—Acepto encantado, señora —respondió, estrechando su mano, sintiendo que aquello era el principio de algo muy importante. La brisa hizo revolotear la lazada del vestido en un jardín que se había llenado de pajarillos locos y de cuerdos sentidos.

La tarde en Vista Ona pintaba divertida. Habían llenado el jardín de mesitas con cestas de galletitas y vasos con flores. No hacía nada de calor, al contrario. Y eso, como muchas de esas tardes de junio en Getaria, permitía a la marquesa de Casa Torres hacer esas meriendas de chocolate y churros que le encantaban. Había invitado a todos sus contactos de postín. Ahí fueron llegando sus amigas de París, esas que veraneaban cada año en San Sebastián y que formaban la corte íntima de la casa real; un par de amigas de Zaragoza, con las que había viajado a Francia cada año desde que salieran del colegio y que ahora veraneaban en la zona atraídas por sus veranos sociales; y muchas de las mujeres de la aristocracia, que a menudo compartían eventos estivales, aunque luego no se vieses el resto del año. Así eran los veranos en el País Vasco. Hasta su jardín de altos vuelos también llegó esa tarde de fiesta la marquesa de Alto Aragón con su hijo Hugo, que acostumbraba a acompañarla cuando su marido estaba de viaje o se excusaba con cualquier motivo para no tener que tragarse esas meriendas de estiradas, como él decía, que tanto le aburrían. Hugo, un jovencito de arquitectura ya adulta, era el perfecto comodín para que su madre no llegase sola a ningún lugar atestado de sociedad.

Había un carrito de forja, entoldado con una loneta de rayas blancas y rojas, donde un cocinero removía el chocolate dentro de unas ollas gigantes de barro cocido y lo iba sirviendo en las tazas de loza blancas y azules de Sargadelos que la abuela de doña Micaela había comprado en Galicia casi treinta años antes y que la marquesa sacaba en verano para todo alimento con cuchara, ya fuese un gazpacho, una crema, un marmitako o un postre, de cualquier fiesta importante. Estaba la marquesa repitiendo chocolate, cuando llegaron Martina y Cristóbal. Había en esas fiestas de alta alcurnia un apetito voraz que se compensaba con semanas de dieta austera, pero en público, decía doña Micaela ante el estupor de muchas damas que apenas revolvían los alimentos en los platos sin catar ni media cuchara, lo que es vulgar es no probar bocado.

—Martina, qué bien que hayáis venido. —Soltó su taza en la mesa y se acercó a recibir a su costurera y al niño prodigio.

—Está usted bellísima, marquesa —exclamó Martina, alabando el vestido impecable que su hijo había confeccionado para su primera puesta en sociedad.

—Gracias, Martina, el mérito es todo de él. —Señaló a Cristóbal, que esbozó una sonrisa sin dejar de observar cómo la marquesa se desenvolvía con elegancia entre sus amigas con su

vestido, y en cada giro, ese lino que había cosido con todo el amor del mundo, cobraba vida y sentidos.

—Sofía, querida, te presento a Martina, mi costurera de confianza, y a su hijo Cristóbal, el artífice de esta maravilla que tanto te ha gustado antes —dijo, cogiendo, coqueta, las faldas de su vestido y dando una vuelta sobre sí misma mientras la marquesa de Alto Aragón aplaudía sonriendo.

Cristóbal asintió agradecido y en ese momento, trayendo a su madre una taza de chocolate que humeaba, apareció el ángel del parque. Todo pareció detenerse en el tiempo.

—Este es mi hijo —Sofía hizo las presentaciones oficiales. Cristóbal tendió, tímido, la mano, Hugo se la estrechó, manteniendo el pulso apretado durante unos segundos de más, y la tarde se volvió diferente, casi cálida a pesar de la brisa fresca que mantenía a los invitados haciendo cola en el carrito del chocolate caliente.

—Encantado —dijo el ángel con una voz grave, ya casi olvidada la aflautada adolescencia, y con una sonrisa limpia que a Cristóbal le hizo sentirse casi tan feliz como con las alabanzas a la exquisita confección del vestido de la marquesa.

—Micaela, tendrás que invitarme una de estas tardes al té de las cinco para que Martina y Cristóbal me tomen medidas, necesito algunos cambios en mi ropero y este vestido es sencillamente exquisito —sentenció la marquesa de Alto Aragón, señalando con el churro con azúcar las rayas del lino y mojándolo después, divertida, en su taza de chocolate. Cristóbal asintió agradecido,ladeó la cabeza y volvió la mirada hacia la frondosidad del jardín buscando los pasos de Hugo, su recuperado ángel del parque, que volvía a perderse entre los setos.

—Cristóbal, ve a divertirte, hijo, que hay algunos chicos de tu edad en las mesas de allá, seguro que les encanta conocerte —le animó doña Micaela. Martina concedió con una sonrisa y él se dirigió hacia el carrito del chocolate para después adentrarse en el fondo de la finca. Olía de nuevo a mar y a flores.

—Así que eras tú —dijo desde la penumbra de un seto sobresaltando a Cristóbal.

—¿Quién? —preguntó él, tímido.

—¿Quién va a ser? El que olvidó el cuaderno en el banco del parque. El que me observaba en la distancia. El que dibuja con tiza por los suelos de Getaria...

—Sí, ese soy yo —afirmó Cristóbal, ahora ya frente a frente y mirándolo a los ojos. Los tenía azules. Muy azules. Era castaño rojizo, de piel clara y tenía la nariz y las mejillas llenas de pecas.

—Pues encantado, hombre —sentenció, dándole una palmada en un hombro antes de volverse de espaldas.

—¿Dónde vas?

—A un sitio secreto que me gusta mucho, ¿quieres venir? —preguntó, deteniéndose un segundo y mirando hacia atrás.

—Me gustaría —respondió Cristóbal tímido.

Hugo le hizo un gesto con la mano para que lo siguiese y atravesando una puerta de forja que había al final del jardín se adentraron en un bosque por el que cruzaba un riachuelo poco profundo, pero con buena corriente, para bañarse si uno era lo suficientemente atrevido, porque el agua bajaba helada también en verano.

Se descalzó, Cristóbal lo imitó e hizo lo mismo, siguiendo sus pasos. Desde atrás podría parecer mucho más mayor. Tenía la espalda ancha y fibrosa, los muslos fuertes y el culo

respingón. Con los pantalones remangados y los zapatos en la mano, cruzaron el riachuelo hasta una pradera ladeada desde donde se divisaba el omnipresente azul del mar. Allí se tumbaron mientras la tarde caía, observando cómo las nubes dibujaban animales y objetos en el cielo.

—No vives aquí durante el invierno, ¿verdad? —preguntó, mirándolo.

—Vivo en París con mi madre desde hace un año, estudio allí —respondió sin dejar de mirar al cielo, apoyada la cabeza en los brazos, bajo la nuca.

—¿Qué estudias?

—Danza clásica —respondió. Y ante el silencio de Cristóbal añadió—: Ballet, vamos.

—Sí, sí, sé lo que es la danza clásica. Podría haberlo imaginado al verte caminar por el parque el otro día —añadió, y esbozó una sonrisa.

—Yo pensé que tú eras un espía alemán o algo así —dijo sonriendo.

—¿Un espía? —preguntó Cristóbal, frunciendo el entrecejo.

—Sí, porque me observabas y escribías cosas en una libreta, muy misterioso. Luego, cuando te fuiste y encontré tu libro olvidado en el banco me di cuenta de que dibujabas. Y muy bien —afirmó, ahora ladeando la cabeza para encontrarse con su mirada.

—Gracias —dijo bajito, manteniendo pocos segundos la mirada porque se sonrojaba enseguida.

—¿Te pongo colorado? —preguntó Hugo. Sabía de sobra la respuesta.

—No, bueno, un poco. Pero no, casi no —titubeó, sin saber bien lo que decía e intuyendo que su nuevo amigo se reiría.

—¿Bueno, un poco? —preguntó Hugo, y le dio un ataque de risa que duró casi dos minutos. No podía parar de reír, se incorporó para no ahogarse, quedándose sentado con los brazos abrazando sus rodillas. En cada convulsión por las carcajadas, a Cristóbal le llegaba el perfume dulzón de su piel.

—Un poco, venga —añadió Cristóbal, riéndose también y volviendo la mirada al cielo, ya casi oscuro. La brisa movía ligeramente las flores y las nubes, que se habían teñido de rojo casi a punto de anochecer. Y la vida olía a flores y a él.

Martina puso agua a hervir en un cazo para prepararse un té. Con rodajas de naranja y una rama de canela, como había visto hacer tantas veces en Vista Ona mientras ella prendía con alfileres los bajos de los vestidos de doña Micaela en algunas de sus pruebas. La noche, una vez más, volvía a refrescar y habían vuelto destemplados de la exitosa merienda de la marquesa de Casa Torres.

—¿Qué tal lo pasaste, hijo? —preguntó mientras sacaba dos tazas de la alacena.

—Muy bien, mamá. Fue genial. ¿Cuándo crees que la marquesa nos invitará de nuevo para tomar medidas a la madre de Hugo? —preguntó, curioso, al tiempo que su madre, en la distancia de la cocina, sonreía intrigada.

—¿Tanto te has divertido con tus nuevos amigos? —le respondió con otra pregunta que dejó a su hijo fuera de juego.

—No, o sí. Bueno, supongo que sí. —Se sonrojó.

Martina se acercó, le pasó la mano cariñosamente por el pelo y se sentó con él en la mesa a tomarse el té. Cristóbal dibujaba bocetos en su libreta azul.

—¿Qué dibujas? —le preguntó, observando los primeros trazos de carbón sobre el papel aún virgen.

—Algunas ideas para doña Sofía. Un vestido de noche con una capa con estola le iría muy bien. Es muy guapa y elegante, ¿verdad, mamá?

—Lo es. Y su hijo también, ¿no te parece? —dijo sin mirarlo, quitando importancia a la conversación para que nada lo violentase. Cristóbal siguió dibujando, callado, de nuevo sonrojado, pero con la vista en el cuaderno. Y cuando su madre levantó la cabeza sorbiendo de su taza de té, y él supo que lo miraba, le devolvió la mirada un segundo:

—Sí, es muy guapo también —admitió.

—¿Qué hicisteis hasta que anocheció? —preguntó sin darle mucho énfasis a la conversación, intentando que todo fuese coloquial y natural y no un interrogatorio materno inquisitorio.

—Bajamos hasta casi el mar, por un camino genial. Mamá, ¿sabías que el río pasa por el jardín de la marquesa? Es increíble, estaba helada el agua, pero lo cruzamos descalzos para llegar hasta la ladera de las afueras del pueblo desde la que se ve todo el mar.

—Qué bien. Sí, sabía que los niños de Vista Ona se bañan a menudo ahí en verano. Pero nunca lo he visto en persona.

—Pues es increíble, mamá. Y la ladera también.

—¿No tuviste frío?

—No, al contrario. Volví con los mofletes colorados —dijo sonriendo.

—Te va a gustar mucho este verano, tu nuevo amigo, tus nuevos bocetos... lo sé. Y me alegra mucho, hijo —añadió Martina, mirando a su hijo con generosidad.

—Me gusta la idea de que Hugo vaya a pasar aquí todo el verano —detalló Cristóbal. Cerró su cuaderno y besó a su madre.

—Pero ten cuidado, Cristóbal, nadie te entenderá como yo te entiendo, hijo, nadie. Y el mundo no está preparado para entender muchas cosas del corazón.

—¿Crees que hago algo mal, mamá? —preguntó bajito.

—Yo solo creo que la vida es ya muy complicada para complicárnosla más aún con los dimes y diretes de la gente —sentenció.

—Pero ¿es malo que me guste tener un nuevo amigo como Hugo? —preguntó de nuevo, buscando la complicidad de la única persona, lo supo en ese instante, que podría entender todo lo que sentía en cada momento.

—Creo que todo lo que sientas será bonito si lo sientes con el corazón —le tocó la cara con su mano delicada.

—Gracias, mamá.

—Vamos a dormir, que mañana tengo muchos recados que hacer, necesito hilos y unos botones y quiero acercarme al mercado a comprar fruta y pescado. ¿Vendrás conmigo para ayudarme?

—Claro, mamá. Tú despiértame cuando te levantes.

—Muy bien, hijo, buenas noches. Que sueñes con los angelitos —dijo, sonriendo con dulce picardía.

—Tú también, mamá —respondió él con media sonrisa como si no hubiese oído el chascarrillo de su madre.

—Lo haremos, hijo, lo haremos, y solo una cosa más...

—Dime, mamá. —La miró con atención.

—Todo lo que sientas en la vida me lo puedes contar, porque ya lo sabré antes de que tú lo dudes, pero no creas que puedes contárselo a cualquiera, otros no entenderán tu corazón como yo —dijo casi en un susurro, pero sin dudar ni una palabra.

—Lo sé, mamá, lo sé bien.

Esa noche apenas pudo dormir, daba vueltas en la cama una y otra vez, se levantaba a su mesa para dibujar, pero no lo conseguía. Volvía a la cama un rato y observaba las luces y las sombras que proyectaban en el techo las ramas del árbol y la farola de la calle. Y volvía, una y otra vez, a recordar su paseo hasta la ladera, el agua helada del río congelando sus tobillos, la espalda fuerte de Hugo, su ataque de risa contagioso y el olor característico de su piel. Ese olor como a fruta madura y a mantequilla tostada.

Había imaginado París muchas veces, allí se hallaba la cuna de la alta costura internacional. Pero ahora, además de sus sueños de pisar sus calles y sus tiendas de moda, de entrar a observar cada sombrerería, cada pequeño taller de costura, cada mercería clásica y meter los dedos en sus cajas de botones de colores o desbaratar sus estantes de hilos, Cristóbal soñaba con instalarse en una pequeña buhardilla desde donde mirar la puesta del sol sobre los tejados de la ciudad y aunque fuese poder ver a lo lejos la punta de la Torre Eiffel. Esa que suponía que siempre miraba erguida al mundo. Imaginó a Hugo en su conservatorio, levantando el polvo de una tarima recia y con solera, con sus pies fuertes dentro de unas zapatillas de cintas con el blanco sucio ya de muchas horas de ensayos.

Cuando despertó, la mañana era azul y fresca en Getaria, no sabía bien si lo había imaginado despierto, si lo había soñado, si era una premonición, pero en su mente estaban vivos y casi tangibles rincones de Francia que jamás había visitado y un escalofrío de gusto recorrió sus piernas cuando posó los pies en el terrazo helado. En el norte, el suelo de las casas estaba frío hasta en verano.

Oyó a su madre y a Agustina trastear con el desayuno en la cocina entre risas, olía a café recién hecho, saltó de la cama y se apresuró. El mercado les esperaba.

La plaza estaba llena de puestos coloristas. Fruteras con tomates que explotaban de un rojo subido; floristas que mantenían en cubos de metal margaritas y claveles de todos los colores; el quesero de siempre, que traía desde muchos puntos de España, de Holanda y de Francia quesos que olían fatal, pero que sabían a manjar de dioses... Y un zapatero remendón, que era capaz de cerrar un agujero de un zapato en el mismo tiempo que Martina hacía la compra de las verduras y los salazones y se distraía hablando con Elisa, la vieja florista, mientras elegía un ramillete de margaritas blancas y otro de claveles rosas o de rosas de té.

—Mamá, te recojo en un rato donde el zapatero, voy a ver el puesto de las especias —dijo Cristóbal mientras se adentraba entre los tenderetes llenos de gente.

—Muy bien, hijo —respondió ella, llegando a la esquina de la florista.

—Felicidades, doña Martina, me han contado que ayer el niño fue el protagonista en la fiesta de doña Micaela —dijo Elisa con una sonrisita medio torcida que dejaba ver el hueco oscuro de dos dientes caídos.

—¿Cómo se ha enterado tan pronto? —preguntó, ocultando su orgullosa emoción y un tanto molesta por el retintín de la vieja.

—Ya sabe usted, señora, que en el pueblo corren siempre las noticias, igual una defunción que un alumbramiento. A lo que no estamos acostumbrados es a que los niños cosan vestidos en vez de jugar a la pelota, así que la noticia ha corrido como la pólvora.

—Pues tendrán que acostumbrarse porque Cristóbal ya domina la aguja y la máquina mejor que yo —soltó con aplomo Martina, acercándose una rosa de color vainilla y embriagándose con su perfume.

—Esas huelen hasta que se deshojan, son inglesas pero cultivadas aquí, ¿quiere unas?

—Sí, póngame media docena —zanjó la charla antes de que la vieja Elisa volviese a importunarla con sus chismes.

—Estas se las regalo yo, doña Martina —dijo, sabiendo que su comentario anterior no había sido bien recibido.

—No se moleste, Elisa, se lo agradezco, pero cóbreme todo, que no está la vida para dispendios —sentenció.

—Insisto en que las rosas se las regalo, no acepto un no como respuesta —gruñó la vieja con cara de pocos amigos, y Martina, por no demorar una discusión absurda, sacó de su bolso un pequeño monedero y pagó, con una sonrisa de agradecimiento, el resto de las flores.

Cuando se dirigía ya a por a su hijo, en el puesto del zapatero, un rumor sordo de chismorreos corrió por el mercadillo.

—Es doña Micaela —decían en susurros, de puesto en puesto.

—Y la marquesa de Alto Aragón —exclamaban otros de boca en boca.

—Están aquí las marquesas —cuchicheaban los de más allá.

Y entre el alboroto, Micaela y Sofía se abrían paso con sendos cestos de mimbre y sus pamelas delicadas con lazadas de algodón. Era tan poco usual que fuesen al mercado que las pocas veces que lo hacían, juntas o separadas, se revolucionaba toda la plaza.

—Querida Martina, qué gusto volver a verla —exclamó Sofía al llegar a la esquina de las flores.

—Igualmente, marquesa —respondió ella, ladeando suavemente la cabeza.

—Anoche fue una velada inolvidable y me encantó que estuviese con Cristóbal —añadió Micaela con su mejor sonrisa.

—Me gustaría que viniese a casa esta semana con él para hacerle algunos encargos, si a usted le parece bien —anunció Sofía.

—Será un placer, marquesa, el día que usted disponga iremos encantados.

—Pues perfecto, le mandaré recado con el día y la hora en cuanto me organice. Muchas gracias, Martina —tendió Sofía su mano y ella se la estrechó con delicadeza.

Volvieron a casa comentando el encuentro, ella encantada de saber que su hijo era el nuevo centro de atención de las mujeres más importantes de la provincia, más allá de los inoportunos chismorreos del pueblo por su sensibilidad con la moda. Él ilusionado por poder satisfacer a sus primeras clientas oficiales y contento de imaginar un nuevo encuentro con ese Hugo pecoso que se había convertido en un ángel de carne y hueso, de sonrisas y de complicidades.

Se despertó con el tintineo de las chinas en los cristales de su balcón. Una, dos, tres, cuatro y hasta cinco. Cuando se levantó de la cama y abrió la ventana, la calle estaba en silencio, vacía, iluminada débilmente por el farolón de forja de la esquina. Cristóbal sacó medio cuerpo. Sobre el alféizar, delatando aquello que estaba claro que no había imaginado, esperaban chivatas un par de esas chinas que no habían rebotado hasta la calle. Volvió a mirar a ambos lados, hasta el fondo, pero nada se movía. Se metió en la cama de nuevo, sin dormirse ya, hasta que empezaba a amanecer. En su cuaderno, abierto desde la madrugada en una página casi en blanco, había anotado a lápiz la cita de esa mañana.

10 am

Palacio de Alcaraz.

Tomar medidas a la marquesa de Alto Aragón.

Había amanecido fresco, más de lo habitual, el cielo encapotado y un viento moderado del norte que traía perfumes de mar picada. Abrió el armario, sus puertas sólidas con espejo de luna chirriaban como cuando llegaba el invierno, y sacó una chaqueta gordita de punto gris, una de sus camisas de algodón blanco y se metió en el baño. Su madre preparaba el desayuno ya vestida y peinada, con esos moños altos y huecos suyos que parecían suflés recién horneados.

El palacio de Alcaraz era un edificio regio, de piedra sólida, ventanales de cuarterones de madera y cubiertas a dos aguas de teja color crema que el tiempo había tintado de musgo y solera. La entrada a la finca se hacía por un camino recto y largo, tan largo que no se adivinaba la edificación desde la cancela, bordeado de robles. Era una réplica exacta del que tenían en Aragón, a los pies de los Pirineos. El abuelo de Sofía, un terrateniente exitoso y extravagante, lo mandó construir con los mismos materiales que el original, porque nada le gustaba más que sentirse en casa, en la misma casa, estuviese en Pirineos o en el País Vasco. En ambos palacios, ordenados sus jardines también en idénticas proporciones, se habían plantado desde la entrada de la finca hasta la casa principal, cincuenta robles de gran porte en dos filas paralelas de veinticinco, delimitando un camino imperial y regio. Esos árboles centenarios daban nombre a ambos palacios. Los Robles. Aunque en San Sebastián todo el mundo lo conocía como el palacio

de Alcaraz. Y algún anciano del lugar lo llamaba, en bajito y chismorreando, la Casita del Príncipe.

Llegaron al palacio Cristóbal y Martina a la hora acordada, con británica puntualidad. Les había recogido un coche con chófer de la marquesa de Alto Aragón. La cancela, una verja forjada de cuatro metros de alta, permanecía abierta de par en par, un mozo de cuadra junto a ella la cerró en cuanto entró el coche. Madre e hijo miraban incrédulos el camino imponente, la vasta finca, la monumentalidad de todo lo que les rodeaba.

—¿Mamá, la marquesa de Alto Aragón es más importante que la marquesa de Casa Torres? —preguntó confundido Cristóbal a una madre pasmada que dudó unos segundos lo que debía responder.

—Las personas no son importantes por lo que poseen, hijo, sino por lo que son en su interior —sentenció con un suspiro ligero cuando el coche se detuvo ante el umbral del palacio. Un porche recio, de columnas kilométricas, daba la bienvenida al monumental edificio de piedra.

—Querida Martina, querido Cristóbal, qué gusto teneros en mi humilde casa —exclamó la marquesa, saliendo al encuentro del coche. Lo hizo con tanta pompa y engolamiento que ambos creyeron que estaba ironizando. Eso, o que había bebido un par de copas de licor. Pensó, discreta y extrañada, Martina antes de responder.

—El gusto en nuestro, marquesa, se lo aseguro.

Cuando entraron al salón principal, Cristóbal no podía dejar de escrutar cada rincón de aquel lugar, el desayuno estaba dispuesto sobre una mesa en mitad de la estancia, vestida con manteles de hilo blanco. Té, pastelillos de manzana y canela, zumos en botellas de cristal, frutas de temporada en fruteros de plata, huevos cocidos, quesos...

Al otro lado del salón, se había dispuesto un podio de tarima elevado, como en las mejores casas francesas de moda, para que la marquesa se subiese y le tomasen medidas y composturas.

Estaban desayunando y charlando cuando entró en la estancia Hugo. Venía de montar a caballo, con el pelo revuelto, los mofletes encendidos y la camisa semidesabrochada.

—Buenos días a todos —casi gritó, acercándose a la mesa y engullendo un pastelillo de un bocado.

—Hijo, ¿por qué no subes a tu habitación, te acicalas un poco y te unes después a nuestro desayuno? —preguntó casi como en una orden Sofía.

—Es que me muerdo de hambre —respondió él, haciendo caso omiso, hablando con la boca llena.

—Lo sé, cariño, pero no estaría bien que los pelos de tu caballo acabasen flotando en este té exquisito que nos han preparado con tanto cariño. Te esperamos en quince minutos, date prisa —sentenció la madre, sin dar opción a la réplica.

Cristóbal se quedó observando la escena, sin levantarse de su butaca, mientras Hugo le guiñaba un ojo y desaparecía, burlón, con la boca aún llena del pastel de manzana.

—Verás, Cristóbal, he pensado en que me tomes las primeras medidas generales y así ya me puedas hacer todo lo que quieras e imaginemos juntos. Vamos, que quiero que seas mi costurero personal. ¿Qué te parece?

Él se había quedado en silencio, masticando y tragando como podía su porción de pastel antes de atreverse a digerir lo que la marquesa le acababa de proponer. Martina lo miró con un ademán sutil de cabeza esperando a que el niño tragase y dijese algo. Sobre un aparador francés, a un lado del salón, un marco de plata labrada exponía uno de los posados reales de Alfonso XIII. Sentado, con las manos cogidas delante del cuerpo, su bigote inconfundible y su pelo engomado con raya a un lado. Martina pensó que sería una costumbre de tributo en la casa de la aristocracia, aunque no recordaba haber visto ningún retrato del rey en el palacio de la marquesa de Casa Torres.

—Será un orgullo, señora. Acepto con agradecimiento su oferta —respondió por fin Cristóbal, ante el suspiro sordo de alivio de su madre y el aplauso sonoro de la marquesa, que igual se comportaba con sutil delicadeza que con popular campechanía según le venía en gana. Y eso, decían, era lo que la hacía ser tan querida y considerada en el círculo más íntimo de la reina Victoria Eugenia.

—Pues no se diga más, en cuanto terminemos el desayuno, me pongo en tus manos. Y mañana, sin falta, iremos a San Sebastián a Casa Gómez a elegir muchas telas, quiero que me hagas un guardarropa de verano de ensueño —dijo Sofía, levantando su taza de té y brindando al aire.

—Pues yo iré con vosotros —sentenció Hugo, entrando de nuevo en la sala, con el pelo mojado y repinado y una camisa blanca e impoluta. Su madre le observó en silencio—. Bueno, si me dejáis —añadió.

—De acuerdo —dijo Sofía por fin—, saldremos por la mañana después del desayuno. Os quiero en la puerta puntuales a las once. Ni un minuto más.

Cristóbal no sabía aún ni qué decir. Podía notar cómo el corazón le latía como si hubiese hecho una carrera kilométrica. Martina sonreía feliz terminando su té. Hugo volvió a engullir otro pastelillo. Alfonso XIII vigilaba la sala.

No dejó de hablar durante todo el camino de vuelta. Iba acelerado, bajo un sol que ya apretaba, saltando entre los adoquines mientras Martina paraba de cuando en cuando para tomar aire bajo las sombras de los árboles.

—Si vamos a este ritmo llegaré a casa con los pies por delante hijo —dijo en un resuello.

Y con esa hiperactividad que no podía evitar por la pura emoción, pasó el día y parte de la noche Cristóbal haciendo bocetos e imaginando cientos de patrones. Cuando ya no pudo más y cayó derrotado en la cama estaba casi amaneciendo.

Llegaron a las once, puntuales al encuentro en el palacio de Alcaraz. La marquesa de Casa Torres se había unido a la expedición y charlaba animadamente con la marquesa de Alto Aragón, ambas vestidas en batista, una azulada y la otra beige, y con casi idénticas sombrillas de puntilla blanca.

—Buenos días a todos —dijo Martina, sonriendo al llegar.

—Buenos días, no podía perderme por nada del mundo este primer día de la nueva vida de nuestro Cristóbal —respondió la marquesa de Casa Torres, guiñando un ojo a su discípulo.

—Para nosotros es un verdadero placer, marquesa —aseguró Martina mientras Cristóbal afirmaba emocionado con la cabeza.

—He querido que sea Micaela quien presente a Cristóbal en nuestra querida sastrería Gómez, nadie mejor que ella conoce su taller y sus maravillosos patrones —anunció Sofía.

A Cristóbal le empezaron a temblar las piernas de la emoción y aún no habían llegado. No sabía qué decir. Le pasaban por la cabeza mil historias, todas ellas llenas de aventuras nuevas. Cuántas veces se había detenido ante aquel escaparate para soñar despierto, las mejillas encendidas, los ojos fotografiando patrones, texturas, composturas...

La sastrería Gómez era una institución en el corazón de San Sebastián. Era el centro social de las damas de la corte de la reina Victoria Eugenia y lugar de culto para todas las damas de la aristocracia española que pasaban por su boutique cada verano para confeccionar sus vestidos. Cristóbal sonrió nervioso al detenerse de nuevo ante el umbral de la puerta. Esta vez no era para soñar desde la calle, esta vez iba a bucear en sus entrañas y eso le producía una emoción que casi no podía explicar con palabras.

Olía a madera y a algodón limpio. Un perfume singular, pensó Cristóbal nada más entrar en la tienda, observando las cajas de los sombreros, los estantes de las telas, los percheros afrancesados, los maniqués que casi cobraban vida. Su mente voló de nuevo hasta París imaginando que esos bustos de madera de repente revivían y salían del escaparate para recorrer la ciudad. Podía imaginar la volatilidad de las telas de sus vestidos paseando por las calles, los sombreros sobre sus cabezas pululando bajo las ramas frondosas de los árboles de Champs Elysées. Y en ese momento sus bocetos, las horas de insomnio, las fantasías de la pasada noche, tomaron forma y sentido...

—Este es Cristóbal Balenciaga, el pequeño genio del que os hablé ayer. Quiero que le enseñéis unos días vuestro trabajo y que valoréis su empeño con el mismo cariño que yo valoro vuestro oficio —dijo la marquesa de Casa Torres, alzando una voz amplia y rotunda como una sentencia.

—Así será, marquesa —respondió con una respetuosa reverencia el sastre mayor, antes de añadir—: Bienvenido a tu casa, Cristóbal, espero que disfrutemos juntos de este maravilloso trabajo para el que hemos nacido.

Cristóbal, que había enmudecido mientras su madre rompía a llorar y la marquesa le pasaba cariñosa una mano por la espalda, vio a Hugo al fondo de la sastrería sonreírle y guiñarle un ojo. Y en ese momento supo que nunca tendría suficiente gratitud para todas esas personas. Ni para su mentora, la marquesa de Casa Torres; ni para su cómplice ese día, la marquesa de Alto Aragón; ni para el impulso de todas sus locuras, ese Hugo pecoso con cuerpo de escultura romana.

A tardecía más temprano ya y se notaba en el olor del mar y en esa la luz limpia y potente del Cantábrico que se volvía ambarina y hasta dulzona cuando se acercaba el otoño. Había llegado la mitad de septiembre casi en un parpadeo y tocaba despedirse de muchas cosas a las que Cristóbal se había aferrado ese verano, más allá del taller de la sastrería Gómez. Ya no habría tardes de bañarse en el río, solos, ante la inmensidad de ese mundo privado y clandestino de risas y complicidades que se abría al mar inmenso como una puerta de libertad infinita. Ni vivirían esas noches juntos, tumbados bajo las estrellas, contando historias y secretos. Habían formado esos meses estivales Hugo y él un mundo de dos en el que no cabía nadie ni nada más que la felicidad. No había hueco para otra cosa. No lo había porque ninguno había querido que fuese de otra manera que no les perteneciese a ellos mismos, como un tesoro compartido en la eternidad. Se habían escrito en la piel del alma infinidad de mensajes que no iban a olvidar pasase lo que pasase, o eso deseaban, pero el final de una etapa había llegado e igual que Hugo había sido su cómplice en el desembarco como aprendiz de sastre de la Casa Gómez, ahora le tocaba a él ser cómplice del futuro de su amigo en la Escuela Superior de Danza de París. No cabían los egoísmos. Sus vidas, hasta entonces paralelas, aunque hubiese sido por un solo pero intenso verano, se bifurcaban en ese momento de manera brutal y ambos sentían que algo escocía.

—Qué rápido se me ha pasado el verano. Es increíble lo deprisa que va la vida cuando te gusta lo que vives —dijo Hugo, sentado sobre la ladera; la hierba había crecido de nuevo y se había vuelto de un verde más oscuro, mirando a un mar omnipresente que lo abarcaba todo, hasta la nostalgia.

—¿Cuándo te vas? —preguntó Cristóbal con un hilo de voz, como no queriendo formular la pregunta, ni saber la respuesta.

Hugo calló unos segundos, sin dejar de mirar el horizonte. Cristóbal al lado, enredando los dedos en la hierba fuerte sin poder mirarlo.

—Pasado mañana viajamos a Zaragoza para hacer las maletas de todo el año y al día siguiente nos vamos ya a París. —Se hizo un silencio largo y denso hasta que Hugo continuó hablando—: Me despido de esto hasta no sé cuándo —dijo lentamente, pero sin inmutarse para no romperse y notando cómo Cristóbal arrancaba de la tierra un manojo de hierba fresca y lo lanzaba a un lado con un sollozo sordo.

Volvieron por el camino de siempre, el de cada tarde de risas y felicidad, pero ahora en silencio, pateando la tierra al compás, sabiendo ambos que la vida los separaba irremediabilmente sin tener prevista una fecha concreta de reencuentro. Y cuando ya casi entraban en el término del pueblo, en ese punto en el que el campo daba paso a las primeras casitas de piedra, y en el que dividían siempre sus caminos hacia sus respectivas casas, Hugo se detuvo en seco, abrazó a Cristóbal por la espalda y le dio tres besos seguidos en el cuello.

—No sé despedirme —susurró antes de desaparecer por su lado, sin volver la cabeza gacha, mirando el suelo que pisaba para no ver nada más, perdiéndose en el horizonte. La tarde ya se había fugado casi del todo y dibujaba a lo lejos nubes rojizas que barruntaban tormenta. Y Cristóbal, que había roto a llorar, supo que tardaría mucho tiempo en volver a encontrarse con él.

Los meses del invierno se hacían duros en el norte. El día que no había ventisca, llovía, o si no, nevaba. A Cristóbal le castañeaban los dientes en cuanto se abría dos veces seguidas la puerta de la sastrería. Y a pesar de ser invierno, esa puerta se abría continuamente porque la clientela de Casa Gómez era fiel y asidua. No había días muertos ni tiempo para el aburrimiento. Si no se tomaban medidas para un vestido, se hacían arreglos y composturas para otros, o se recibían pedidos de telas, o se medían cabezas para tocados. No había horas del día en las que esa campanilla tintineante, de metal dorado, que colgaba sobre la puerta, dejase de sonar. A menudo lo hacía con tanta continuidad que podía hasta imaginar los compases de una partitura. La música resultante dependía del ritmo de la calle y de cada día. Era curioso, los días soleados la gente disfrutaba más de los paseos y sonaba más tranquila. Los días fríos y ventosos no dejaba de sonar y la tienda se abarrotaba.

Todas las mañanas, nada más llegar, limpiaban el polvo a conciencia de los mostradores de madera maciza, oscura y brillante como el chocolate; de las estanterías donde se exponían los sombreros; y, casi como si se tratase de una joyería, de los estantes de los tocados y los complementos; así como de las mesas gigantes, paralelas, que formaban un pasillo perfecto donde se cortaban los rollos de las telas, importadas casi todas de Londres y París. Muchas de ellas llegaban hasta San Sebastián a través de la empresa familiar de Hugo, y eso era uno de los activadores de recuerdos cada día en el trabajo. La calidez de esas telas lo trasladaba a los abrazos de su amigo; y la pulcritud de las maderas de los muebles, y el orden, a la confitería de su abuelo. Todo estaba en perfecta armonía, «porque así es como a la gente le entra la gana de consumir cada pastel y cada bombón». Parecía escucharle decir eso con aquella voz ronca y modulada que recordaba de él.

—Puedes hacer el marrón *glacé* más exquisito, que si lo envuelves en papel de periódico ya no apreciarás jamás su increíble sabor y delicadeza. O puedes hacer un bombón regular, normalito, que si lo envuelves en papel púrpura y con una llamativa lazada, su mediocridad te parecerá hasta deliciosa. Así es de tramposa a menudo la mente humana, Cristóbal —recordaba las palabras lejanas de su abuelo cuando él era un enano que se arrimaba al mostrador de madera impoluta de la confitería, de puntillas, y llegaba justo a asomar los ojos por encima de la

superficie para alcanzar a ver las tarteras altas y las fuentes con las exquisiteces mejor presentadas.

—¿Abuelo, y tú haces los dulces buenos o mediocres? —preguntó, sabiendo que el viejo frunciría el ceño y levantaría una ceja al instante.

—Yo hago delicias y las envuelvo como delicias, porque la repostería es como una obra de arte, si lo haces sin amor no tiene valor. Con amor, mi niño, con amor. Solo así tienen sentido las verdaderas cosas de la vida.

Cristóbal parecía que estaba escuchando a su abuelo, como si el tiempo no hubiese pasado y se lo hubiese llevado, al igual que a su padre, tan temprano. En ese momento sonó la campanilla de la puerta. Salieron a atender y desde el taller escuchó la voz inconfundible de su mejor clienta.

—Buenos y fríos días, qué gusto volver a verlo después de tantas semanas. —La marquesa de Casa Torres no solía pasar en los meses del invierno por Getaria.

—Buenos días, doña Micaela, qué placer verla por aquí en este tiempo.

—Ya sabe que a mí el invierno no me gusta demasiado, así que hasta que no empiece el buen tiempo me verán poco por aquí.

—Lo sabemos, lo sabemos —asintió el sastre mayor con una sonrisa servil—. ¿Y en qué podemos ayudarla?

—Pues mire, he venido unos días para que me hagan un par de abrigos y algunos vestidos maravillosos para un viaje muy especial. Pero quiero que me los haga Cristóbal, como siempre. ¿No está hoy en la tienda?

—Será un placer, marquesa, qué alegría verla de nuevo —anunció él, saliendo apresurado y dispuesto del taller al encuentro con la marquesa, que se fundió con él en un abrazo sincero y nada protocolario.

—Vaya si has crecido, hijo, te estás haciendo un hombretón larguirucho —exclamó con una risotada, justo antes de que el sastre mayor le anunciase la buena nueva.

—Por cierto, marquesa, queremos que sea la primera en saber que dentro de un mes, para marzo, abriremos nuestra nueva sastrería boutique y que Cristóbal, que es un aprendiz habilidoso y disciplinado, va a ser nuestro talismán en este nuevo proyecto.

—¡Qué maravilla! —exclamó la marquesa, aplaudiendo con los brazos en alto.

—Se llamará New England —anunció el sastre.

—¡Me gusta! —dijo ella tajante.

—Será un placer para nosotros que acuda usted a nuestra inauguración, donde les mostraremos a nuestras mejores clientas todas las novedades de Londres y París de la nueva temporada.

—No me lo perdería por nada del mundo. Muchas gracias por su amable invitación. Espero poder tener antes de eso mis abrigos hechos para poder viajar a París —anunció. Y a Cristóbal, en ese mismo momento, el corazón le dio un brinco.

—Los tendrá, no lo dude, ¿verdad, Cristóbal? —preguntó retóricamente el sastre, aunque él seguía ausente, con el corazón acelerado—. ¿Verdad Cristóbal? —repitió con voz más alta el sastre mayor.

—Por supuesto, marquesa, los tendrá a tiempo. Ahora mismo le tomaré nota de todo lo que necesite y le enseñaré telas para proponerle patrones que le gusten —respondió al fin retomando el aliento.

—Pongámonos con ello, no perdamos tiempo —dijo ella, quitándose decidida los guantes y el sombrero.

Cristóbal la acompañó hasta la salita que había al fondo de la tienda, ahí atendían a las clientas y les invitaban a tomar algo tranquilamente.

—¿Le apetece un té? ¿Un chocolate caliente?

—Un chocolate me vendría fenomenal —respondió la marquesa sonriente, recordando aquella chocolatada en el jardín de Vista Ona en la que presentó en sociedad a Cristóbal. Y en cuanto este volvió con la bandeja con las tazas y la chocolatera humeante, la marquesa lo miró con cariño viendo en lo que se iba convirtiendo el niño aquel que recordaba en su memoria estival.

—¿Qué le gustaría llevar a París? —preguntó Cristóbal, que se había servido otra taza para acompañar a la marquesa. Respiró el aroma del chocolate y volvió otra vez de golpe a la confitería de su abuelo. En su mente sonó de nuevo esa voz ronca y rotunda: «Con amor, mi niño, con amor. Solo así tienen sentido las verdaderas cosas de la vida».

La vida volvía a detenerse, a pesar del trajín de las calles de San Sebastián. El olor a chocolate y canela, a nata recién batida, a mantequilla caliente y a bizcochos volvió a agolparse en su mundo. Le hizo retroceder en el tiempo de golpe y quedarse ahí, como acurrucado, en la vieja confitería del abuelo. Así olía la memoria de su vida, la nostalgia y hasta la ausencia de su padre. Así olían también los recuerdos de las meriendas en el río con Hugo.

—Quiero un abrigo entallado y bonito. Que abrigue mucho, me han dicho que en París hace un frío polar estos días. Pero que a la vez sea muy ligero, que no pese, que no necesite quitármelo cada vez que suba en un coche. Quiero que no sea muy llamativo, no necesito que sepa todo París que ha llegado una loca por la moda a la ciudad, pero que a la vez sea admirado con discreción por la gente cuando pasee por las calles. Quiero que no sea muy colorista, pero que tampoco sea un luto. Quiero que... bueno, hasta ahora, ¿es todo eso posible? —preguntó, tomando aire después de su parrafada.

—Todo es posible si se hace con amor marquesa. Solo así tienen sentido las verdaderas cosas de la vida —repitió en voz alta la frase de su abuelo.

—Pues tú dirás, no tengo nada más que hacer hoy —dijo ella, llenando de nuevo su taza de chocolate y acomodándose en la butaca.

Cristóbal se acercó al estante de las telas y empezó a imaginar. Sacó una pieza de lana gris, rica y suave, cálida y suntuosa, luminosa... La extendió sobre la mesa de cortar y pidió a la marquesa que se acercase.

—Esto es exactamente lo que ha descrito, ni a propósito podría haber definido mejor una fibra tan divina como esta —sentenció.

—¿Qué es esta maravilla? —preguntó ella, pasando ambas manos por el largo de la pieza y descubriendo la sutileza de su tacto.

—Cachemir —respondió Cristóbal, sabiendo que había vuelto a impresionar a la marquesa.

—Esto es justo lo que había soñado, no necesito ver nada más.

—Si le parece, marquesa, le voy a tomar las medidas oficiales para tenerlas ya siempre en mi cuadernillo personal —anunció con emoción.

—Vas a ser tan grande como te propongas querido, lo presiento —vaticinó la marquesa mientras se despojaba de su ropa para ponerse en las manos de su modisto. Aquel primer vestido que le hizo fue calcando el patrón de uno suyo, pero ahora la cosa caminaba mucho más lejos,

ahora se ponía en sus manos, tan solo cubierta por su combinación interior, para que Balenciaga tuviese registrado cada centímetro de su piel y cada trazo de su anatomía.

—Vamos a empezar por el contorno del pecho, levante un poco los brazos, es solo un segundo —dijo, rodeando el busto de la marquesa con la cinta métrica y anotando en su cuadernillo—. Seguimos por la cintura, vuelva a separar los brazos un poco, por favor. —Bordeó esa cintura estrecha con un inapreciable suspiro de admiración, dejó un dedo metido entre la cinta y el cuerpo.

—Puedes ajustarlo más, querido, ya sabes que me gusta marcar cintura —confirmó.

—Siempre metemos un dedo de holgura marquesa, no se preocupe, es necesario para la holgura de cualquier prenda, para ajustarla después siempre hay tiempo. Es más fácil reducir una prenda que tener que ampliarla —le explicó.

—Ah, vaya, no se me habría ocurrido nunca, por eso no soy modista —dijo ella con una medida carcajada.

—Vamos con la cadera —prosiguió, agachándose un poco para dejar la cinta perfectamente recta y paralela al suelo.

—¿Me las dirás o serán secretas? —preguntó, coqueta.

—Se las diré si quiere, pero no crea que las medidas son para todos igual. Cada cuerpo es un mundo y nada tienen que ver las mismas medidas en una mujer o en otra —explicaba con cariño Cristóbal mientras seguía midiendo y anotando.

—Eso es verdad, nada tenemos que ver unas con otras, aunque nos empeñemos en parecer las mismas, esa es la trampa más peligrosa de la moda, me temo. ¿O me equivoco? —se preguntó.

—No se equivoca, a menudo nos empeñamos en creer que todo vale para todo, incluso para todos. Y no es así. Dese la vuelta, por favor, vamos a empezar con los anchos, no mueva los brazos que voy a medirle el de espalda —continuó.

—Recuerdo de pequeña cuando mis amigas se empeñaban en meterse en los vestidos de sus hermanas, daba igual si una era gorda y baja y otra alta y delgaducha, si no entraban o les quedaban inmensos maldecían diciendo que aquellos vestidos estaban mal hechos, pobres ilusas —aclaró.

Cristóbal sonreía y asentía. Su cuadernillo ya estaba lleno de garabatos, de flechas, de números y anotaciones sobre un figurín exquisito que había dibujado en un segundo sin que la marquesa se hubiese dado ni cuenta.

—¿Esa soy yo? —preguntó halagada.

—Esa es la mujer que quiero coser, la que vi por primera vez caminando hacia la iglesia de San Salvador. Sí, es usted en mi retina —respondió él sin levantar la vista de su cinta métrica, pero notando cómo doña Micaela se hinchaba de orgullo.

Cuando la marquesa salió de la tienda ya habían cerrado al público. Cristóbal se llevó a casa la pieza elegida. Esa noche, después de cenar, como había viento del norte golpeando las ventanas sujetó bien los postigos, se sentó en la mesa de la salita mientras su madre y sus hermanos ya se habían retirado a dormir y empezó a dibujar su patrón.

Se despertó sobre la mesa, somnoliento, cuando la claridad empezaba a iluminar la salita. Apagó la luz, cerró su caja de costura y se fue a la cama. Aún quedaba un largo rato para desayunar y salir hacia la sastrería. En el maniquí de busto, el abrigo ya estaba confeccionado y montado. Tenía unas solapas grandes que se cerraban envolviendo el cuello como si fuese una preciada escultura. El talle estrecho enmarcaba el inicio de un vuelo inmenso, como si el abrigo se convirtiese de repente en una campana generosa, pero que resultaba ligera y volátil y que se abría sutil para poder intuir el vestido que fuese a cubrir.

Agustina lo sacó con cuidado del maniquí y se lo probó delante de su madre, que ya preparaba el café cuando entró Cristóbal en la cocina.

—Yo quiero uno igual, hermano —dijo, dando vueltas para notar cómo el abrigo se abría sobre su camión, como si fuese una seda sutil, envolviéndose en sus solapas y cerrándolas con ambas manos hasta que cubrieron su cuello.

—¿Te gusta? —preguntó, orgulloso, aunque presentía la respuesta por el gesto placentero de su hermana dentro del abrigo.

—No me gusta, me tiene embriagada —dijo ella, cerrando los ojos y apretando los labios en un beso al aire.

—Es absolutamente maravilloso, hijo —añadió Martina.

Antes del mediodía, como habían quedado, llegó la marquesa a la sastrería con la misma ilusión que una niña a punto de abrir un regalo de cumpleaños misteriosamente envuelto. Cuando lo vio —el sol del invierno entraba tímido por los ventanales de Casa Gómez, pero había llenado el vestidor del fondo con una luz limpia que formaba medidos destellos en el cachemir—, se quedó embobada. Guardó silencio durante casi tres minutos, que a Cristóbal le parecieron tres horas, y se despojó de su abrigo para que le probasen su nueva adquisición.

—Parece seda, Dios mío —dijo cuando Cristóbal le ajustó los hombros y le cerró las solapas sobre el cuello, notando en sus mejillas la suavidad exquisita de la lana.

—Me alegro mucho de que le guste, marquesa, es un honor que vuelva a confiar en mí otra vez —dijo, emocionado y orgulloso de lo que veía. Era una sensación increíble observar su trabajo cuando ya cobraba vida en el cuerpo de sus clientas.

—Tendré que traerte algo bonito de París, como regalo de agradecimiento —sentenció doña Micaela.

—No es necesario, es mi trabajo y lo hago con sumo placer —aseguró.

—Sé que es tu trabajo, pero me gusta agradecerte que lo hagas para mí con tanta premura y cariño. ¿Qué te apetecería de París? —insistió la marquesa.

Cristóbal pensó entonces en Hugo, porque era sin duda lo que más le apetecía de toda Francia y buscando las palabras, como le había dicho su madre hacía poco para no denotar algo que otros no entenderían, pidió con disimulada y discreta informalidad.

—No necesito nada, pero me gustaría hacerle llegar a Hugo de Mungida un boceto de un retrato que empecé en verano y que ya tengo terminado. Si me hiciese el favor de llevárselo a París, me sentiría más que recompensado —dijo con toda naturalidad, sin darle más pasión, ni importancia.

—Cuenta con ello, Cristóbal, lo haré encantada. Puedes traerlo mañana si quieres, vendré a recoger el abrigo y a liquidar mi cuenta. Si lo tienes preparado, me lo llevaré para entregárselo en mano en cuanto lo vea en París —añadió la marquesa con una sonrisa.

—Así lo haré, muchas gracias —respondió, sonriendo tímidamente.

—De todos modos, como eso no es un deseo cumplido sino un simple trámite, te traeré de París lo que me parezca y no admito un no como respuesta, ¿has entendido? —zanjó ella contundente.

—Sí, señora —dijo él, disimulando ahora una sonrisa burlona y triunfadora solo de pensar que si la marquesa creía que no era un deseo la oportunidad de poder volver a tener contacto con Hugo sin levantar ninguna sospecha, es que su deseo se le había concedido con todas las de la ley. No había ninguna otra cosa que le importase más, según se adentraban en el invierno, que saber que en unos pocos días Hugo volvería a pensar en él cuando recibiese su carta. Había estado triste desde que se separaron pensando que no volvería a saber de él hasta el siguiente verano y la posibilidad de volver a tener contacto, aunque fuese por carta, le agitó el corazón. Se notó tan sofocado que deseó que la marquesa se marchase de una vez para que no lo detectara.

En cuanto doña Micaela salió de la tienda, corrió al vestidor para mirarse en uno de los espejos. Si nadie había caído en la cuenta de que estaba emocionado es que estaban todos ciegos. Tenía las mejillas ardiendo y la nariz colorada como los niños cuando intentan esconder una trastada. Sonrió, pensó en lo fácil que resultaba hacer feliz a alguien sin saberlo, sin apreciar lo importante del alcance de esas pequeñas acciones como la de llevar una misiva a otro país, que para él era como abrir una ventana directa a su nuevo mundo. Se aflojó la chaquetilla tomando aire y suspiró. Aquel calor de su piel le devolvió de golpe a todas las dulzuras del pasado verano.

Había estado todo el día deseando llegar a casa para poder escribir la carta y ahora que ya estaba en ella, en el silencio de su habitación y su madre y Agustina al otro lado del pasillo profundamente dormidas, no le salían las palabras. A pesar de la tranquilidad de la noche, el corazón seguía agitado. No sabía qué escribir. Había emborronado tres cuartillas ya antes de arrugarlas. Y al final, recordando la primera vez que lo vio cruzando el parque aquel principio de verano, decidió terminar el dibujo, que era lo que mejor sabía hacer para expresar sentimientos.

Sonó la vieja cancela de la calle. Después la llave torpe en la cerradura. Era Juan, que muchas noches volvía tarde de trabajar en el puerto para aportar otro sueldo a la economía de una familia que se había tenido que reinventar al morir su padre.

—¿Qué haces despierto, niño? —preguntó, guiñando un ojo y revolviendo el pelo de su hermano en un gesto poco usual en él.

—Intentaba terminar un encargo que tiene que llevarse a Francia la marquesa de Casa Torres —respondió, observando a su hermano mayor. Se había hecho un hombre en toda regla. La vida a veces obliga, pensó. Tenía los brazos fuertes y la espalda ancha. Y esa noche, aunque intentaba disimularlo, olía a vino.

—Siempre eres tan responsable, hermanito —dijo él sonriendo.

—Es lo que nos toca, Juan, mira tú también a las horas que llegas de trabajar en el puerto, debes estar molido —dijo, obviando lo que el vino delataba.

—Bueno, cuando terminé la jornada pasé un rato por la cantina, si no te evades un poco te mueres de pena. Pienso muchas veces en lo injusta que es la vida. Pienso en lo que debe sufrir mamá cuando no la vemos. Y pienso mucho en papá, ¿tú no? —preguntó con los ojos empañados.

—Yo siempre, Juan —respondió, conteniendo la respiración y apretando los ojos en vano para no llorar. Era la primera vez que ambos hablaban de su padre desde el día de la desgracia.

—Ven aquí —dijo sollozando su hermano, pero levantando la voz intentando aparentar sin éxito que él no se rompía ante la adversidad de la vida. Lo abrazó y juntos, como nunca habían hecho desde el mismo día de la muerte de José Balenciaga Basurto, derramaron todas las lágrimas contenidas todo ese tiempo, como un río que no hizo sino purificar heridas y llevarse corriente abajo cualquier diferencia entre ellos.

—¿Nunca te ha pasado que intentas describir algo que está nítido en tu mente pero no encuentras las palabras correctas para plasmarlo? —preguntó Cristóbal.

—Me pasa continuamente. Hay noches que dejaría notas a las señoritas que cantan en la cantina, pero nunca encuentro las palabras —respondió, repuesto y con ironía.

—Venga, Juan, que te estoy hablando en serio —protestó.

—Y yo también, ¿qué te crees? —volvió a ironizar.

—Eres imposible —refunfuñó.

—A ver, hermanito, yo creo que la mejor manera de contar eso que tienes en la mente, o en el corazón o en ambos sitios, es activando los recuerdos y las emociones. Inténtalo, a mí me funciona —dijo por fin su hermano mayor antes de desearle las buenas noches, dándole un beso en la frente y volviendo a revolver su pelo con su mano.

Cristóbal sintió que se había emocionado. Su hermano no le había abrazado ni besado nunca desde que tenía uso de razón. Y esa noche, como si fuese una señal, se dio cuenta de que las cosas más simples y pequeñas entre las personas que quieres podían ser los escudos más potentes para cualquier tempestad.

Haciendo caso a su hermano recuperó la memoria de aquella lejana mañana de tormenta en el parque de Getaria y casi de manera automática empezó a plasmar cada detalle del baile grácil de su ángel sobre el murete de piedra de la fuente. Cuando lo hubo terminado, sonrió. Escribió dos líneas y lo metió en un sobre grande despacio, sin dejar de recordar, antes de cerrarlo.

Querido Hugo:

Las palabras nunca se me dieron bien, así que te mando este boceto que he hecho con todo mi cariño, con el primer recuerdo que tengo de ti.

Tè echo mucho de menos, mucho. Aquí las cosas van muy bien. Dentro de poco abriremos una nueva sastrería boutique en San Sebastián en la que me van a dejar diseñar para nuevas clientas. Estoy feliz. Espero que París te esté tratando como mereces. Me encantaría volver a disfrutar de nuestras noches de estrellas y nuestros picnics en el río. Ojalá vuelvan un día. Ojalá.

Tu amigo del alma,

Cristóbal

Cerró el sobre y lo lacró, sellando todos los secretos. Y esa noche volvió a dormir de un tirón como un niño grande, sin temores ni alteraciones, hasta que el pitido de la cafetera y el sol lo transportaron a una nueva mañana.

No habían transcurrido ni tres semanas completas desde que la marquesa de Casa Torres viajase a París cuando llegó la primera de las muchas misivas que compartirían desde entonces aquellos niños estivales, amigos eternos de un verano irreplicable, separados irremediabilmente por el tiempo y la distancia.

Querido Cristóbal:

Yo tampoco soy un experto en palabras escritas, pero aquí estoy. Me encantaría que pudieses ver lo bien que queda tu boceto encima de mi escritorio. Lo miro cada mañana cuando me siento a desayunar

antes de irme a la escuela de danza.

Aquí en París la vida pasa deprisa, todo el mundo va corriendo a los sitios, no sabes cómo echo de menos yo también la tranquilidad de nuestro verano en España, el olor del mar, las mañanas de mercado... Nada me gustaría más ahora mismo que caminar con los pies helados dentro del agua del río para cruzar juntos a nuestra ladera.

Me alegra mucho saber lo de tu nuevo trabajo, te deseo lo mejor, amigo mío.

Cuídate mucho.

Guardó la carta en el sobre después de leerla dos veces. Pensó que la magia de aquel verano en el que se conocieron nunca más se repetiría, al menos de esa manera, pero que eso los uniría para siempre, aunque solo fuese en lo más emocional de la memoria. Nada había más sencillo y más potente para el recuerdo que una noche viendo las estrellas, un paseo a escondidas entre las aguas de un río helado, una siesta de montaña, el olor de las tormentas juntos, las chinas llamando en el cristal en mitad de la noche, un helado compartido, el primer abrazo en la oscuridad con las luces de una verbena tintineando a lo lejos...

Volvió a sacar la carta del sobre y a leerla por tercera vez. Y lloró. Pero ya no sabía si era de tristeza por no tenerlo o de alegría por haberlo tenido. Seguramente, pensó, era por ambos motivos.

1911

Getaria, julio

Había cumplido en enero los dieciséis, un Cristóbal flaco y alto, con porte de cigüeña real como decía la marquesa de Casa Torres, y ya maestro aprendiz aventajado en la sastrería New England.

Una tarde fresca de julio de aquel verano de 1911, una carta de Vista Ona llegó hasta la casa familiar de Getaria. Martina, sin darle más importancia que la de un aviso habitual para cualquier encargo de la marquesa, dejó sobre la mesa de la cocina la misiva. Y ahí estuvo hasta bien entrada la tarde, casi cuando anochece, esa hora en la que llegaba cada día Cristóbal de la sastrería.

—Qué bien huele, mamá, ¿qué hay para cenar? —preguntó con hambre.

—Guiso de ternera, pero aún le queda un buen rato hasta que engorde la salsa y le añadiré unas patatas —respondió su madre desde el fuego mientras su hijo se acercaba por la espalda para dejarle un beso en la nuca. Llevaba el cuello siempre despejado y limpio bajo sus moños románticos.

—Te he dejado ahí un aviso de palacio, hijo. —Martina y Cristóbal se referían desde hacía años a la residencia de la marquesa de Casa Torres como palacio, sin que hiciese falta más definición para que ambos supieran a qué concreto lugar aludían. Para ellos no había otro palacio en toda la provincia bajo esa designación ya acostumbrada. Ni siquiera el palacio real de Miramar, frente a la Concha de San Sebastián y residencia de verano del rey Alfonso XIII y la reina Victoria Eugenia. Y esto, a la marquesa siempre le hacía reír a carcajadas.

—¿De palacio? —preguntó extrañado Cristóbal, porque desde hacía tiempo la marquesa ya no mandaba avisos a casa, ya que llegaban directamente a la sastrería.

—A mí también me ha extrañado —apostilló Martina.

Cristóbal había abierto el sobre atropelladamente, rasgando parte del papel que tuvo que juntar con pulso para poder leer la letra elegante y erguida de la marquesa. Era como ella, pensó.

Querido Cristóbal:

Ante todo, te pido disculpas por avisarte con tan poco tiempo, pero me gustaría mucho que tú y tu madre vinieseis mañana por la noche a Vista Ona a una cena informal en la que creo que es necesario que estés. Mañana sabrás el porqué. Sé que te gustará descubrir el motivo y me hará feliz poder contar con vosotros en casa.

Un abrazo afectuoso

Micaela Elio y Magallón

Terminó de leer, estaba mudo y absorto. Una única palabra llegó a su mente. Hugo.

—Hijo, ¿pasa algo? —preguntó Martina, extrañada.

—Nada, nada, mamá. La marquesa nos invita a cenar mañana en Vista Ona. Una cena informal, según dice.

—¿Y por qué te has quedado mudo? Parece que hubieses visto a un fantasma.

—Por nada, mamá, de verdad, solo pensaba en el motivo —respondió, tendiendo los dos trozos de papel de la carta a su madre que leyó y sonrió aliviada.

—Pues habrá que aguantar la curiosidad hasta mañana. La cena estará lista en menos de diez minutos —dijo mientras añadía las patatas al guiso, lo tapaba y lo retiraba del fuego.

No pegó ojo en toda la noche. La idea de que fuese Hugo la sorpresa de la cena de la marquesa era tan improbable que estaba descartada, pero que fuese una de esas cenas de celebración del verano a las que aistían todas sus amigas le rondaba el pensamiento desde el mismo momento en que terminó de leer la invitación. Y si eso era así, acudiría la marquesa de Alto Aragón. Y si ella iba, podría hacerlo acompañada de su hijo Hugo como acostumbraba.

Pero si todas esas maravillosas coincidencias se daban, por capricho del azar, ¿habría Hugo aguantado en silencio, sin decirle nada, para darle la sorpresa en palacio en vez de organizar una de sus quedadas de antaño los dos solos?, se preguntaba una y otra vez y al final acababa desechando la idea y buscando en su mente otros pretextos para que doña Micaela, que a pesar de sus locuras era una mujer sumamente organizada, no les hubiese avisado con una semana al menos de un acontecimiento, como hacía siempre. En ese momento de duda volvía a juntar los dos trozos de la carta y a releer detenidamente, buscando en cada trazo de tinta y en cada palabra un rayo de luz que iluminase esa duda que le había mantenido toda la noche en vela.

Llegó a la sastrería como una aparición, paliducho y alicaído.

—¿Hemos tenido una noche romántica chaval? —preguntó el sastre mayor, según le vio entrar, burlándose de él con una sonora risotada.

—Fue una noche de insomnio —resolvió con un ademán de mano ligero, como diciendo que no pasaba nada. Pero pasaba, sí pasaba, porque según transcurrían las horas, la incertidumbre se hacía grande y oscura, como las nubes de los días de tormenta.

Estuvo toda la jornada pendiente del viejo reloj de cuco que había sobre el mostrador principal de la tienda, ese al que el sastre maestro daba cuerda con una pequeña llave dorada cada mañana, antes de volver a cerrar con delicadeza la puerta de madera y cristal que cobijaba su caja del tiempo. Y cuando dio las cinco, la hora en la que recogía los rollos de tela que habían quedado sin organizar y dejaba cada cosa en su lugar para que la sastrería siguiese pareciendo siempre una postal de antigua joyería, ya tenía todo ordenado y limpio. Los mostradores brillaban como si sobre ellos hubiese llovido.

El camino de vuelta fue casi al galope, tanto que entró en casa relinchando como un caballo tras una carrera de fondo. Su madre no estaba, debía de haber salido a hacer algún recado de última hora. Abrió el armario de la despensa, sacó una caja de galletas y estrujó media docena en un tazón blanco de loza lleno de leche. Cuando llegó Martina se lo encontró dormido sobre la mesa de madera, los dos trozos de la carta mojados de leche y el tazón con los restos medio derramado.

—Despierta, Cristóbal, despierta. Qué cosas, me has recordado a tu padre cuando llegaba de madrugada de la escampavía las noches de vigilancia aduanera —dijo Martina con nostalgia, pasando la mano por el pelo de su hijo que se desperezaba como si hubiese pasado toda la noche en letargo profundo sobre la mesa de la cocina.

Se había puesto, como los niños buenos en sus primeras citas, una camisa azul de algodón con jaretas, porque sabía que era el color que más le gustaba a Hugo. Perfectamente planchada y almidonada con amor por su madre, que estaba preciosa, pensó, con su vestido de batista de falda ligera y talle fruncido, de rayas azules y vainilla y su moño alto.

—Hijo, tampoco hace falta que llegemos a palacio como si nos viniese persiguiendo el diablo —soltó Martina, sin darle tiempo a Cristóbal ni a tomar aire para responder.

—Es que llegamos tarde madre —soltó en un resuello.

—Pero si ni se ha puesto el sol —sentenció ella, deteniendo el paso bajo uno de los robles del camino a Vista Ona, ya casi llegando, para tomar aire y observar cómo la tarde caía anaranjada entre sus copas.

En el jardín de palacio se había dispuesto una mesa redonda amplia, vestida de lino tostado, con una cristalería alta y sencilla y una vajilla española de loza color crema. Unos centros de flores con rosas champán y unos candelabros de cristal con velas blancas iluminaban ya el final del atardecer. Cristóbal contó discreto los servicios, mientras la marquesa de Casa Torres recibía a los primeros invitados. Había un señor muy alto y grande y perfectamente arreglado, que tiraba de vez en cuando de un bigote largo y rizado como si le picase, acompañado de una señora alta y flaca, que llevaba un vestido beige de hilo de seda bordado con pequeñas filigranas doradas. Parecía que se había vestido a juego con la mesa, pensó, esbozando una sonrisa fugaz. Otras dos señoras, una muy flaca, la otra más bien gruesa, se habían vestido a juego también con el ambiente; una en un tono crema más subido y la otra con un sencillísimo vestido, con lazada amplia y unas camelias cosidas en el talle, en un lino crudo maravillosamente ajustado a la cintura, a pesar de la talla de su propietaria. Había servicios para nueve comensales. Contando al señor del bigote y su acompañante, a las dos señoras del fondo, a su madre, a él mismo y a la propia marquesa, quedaban dos sillas por adjudicar. La marquesa de Alto Aragón y Hugo, zanjó en su mente notando cómo el corazón se le aceleraba por momentos.

—Cristóbal, querido, ven, quiero presentarte a don Tomás Carasa, un hombre que espero que sea muy importante en tu futuro más inmediato.

Carasa era dueño de los Grandes Almacenes Au Louvre, la sucursal en San Sebastián de los prestigiosos les Grands Magasins du Louvre de París.

—Encantado, Cristóbal, nos ha dicho la marquesa que eres un maestro en el manejo de la aguja y en New England no escatiman en elogios cada vez que hablan de su mágico aprendizaje —

dijo el señor del bigote rizado con mucha pompa, mientras su mujer, la señora alta y flaca, asentía con la cabeza observándolo como si fuese una escultura griega en mitad de un jardín encantado.

—Un placer conocerlo —respondió Cristóbal, estrechando su mano regordeta y gigante.

No imaginaba a nadie cosiendo cristales en un guipur con unas manos como aquellas, pero la fama de sus nuevos almacenes era ya exquisitamente popular.

—Te presento también a doña Amalia, la marquesa de Trenvil. —Acercó a Cristóbal, cogiéndole por la espalda, hasta la señora gruesa vestida de lino crudo.

—Encantadísima, hijo, yo también he oído hablar maravillas de tu trabajo en New England. Tendré que ponerme en tus manos pronto para que hagas conmigo lo que quieras. Fácil no lo tienes porque no pienso dejar de comer —dijo ella con una risotada y sin soltar ni la copa de champán ni la tartaleta de gambas que tenía aferrados con una misma mano y estirando la otra, que Cristóbal estrechó suavemente.

—Será un placer, señora, estar a la altura de quien le ha cosido este maravilloso vestido que lleva hoy, le doy mi enhorabuena a su modista.

—Lo que no consiga la severa Gabrielle Chanel, no lo conseguirá nadie. Ella es lo más divinamente irreverente que tiene ahora mismo la costura parisina —apostilló, terminándose el canapé.

A Cristóbal, que había oído hablar tantas veces de Chanel entre su selecta clientela, los ojos se le incrustaron en cada costura de su vestido, bebiendo de ellas.

—Pues en cuanto llegue la marquesa de Alto Aragón estaremos listos todos para sentarnos a cenar —sentenció la marquesa de Casa Torres.

Y en el jardín, que se había quedado casi como él, sin aliento, se hizo la noche y el cielo se llenó de miles de estrellas.

—Querido Cristóbal, te has hecho un hombre, pero un hombre fino y elegante como tu madre — dijo en voz tan alta la marquesa de Alto Aragón que todos los invitados sonrieron al unísono. Pero él, que se había desmoronado al ver entrar a la marquesa con otra señora en vez de con Hugo, supo que esa noche ya no sería lo idílica que había soñado y que su amigo seguiría siendo solo un recuerdo por mucho tiempo.

—¿Cómo está tu hijo, Sofía? Pensé que vendría contigo —preguntó educada la anfitriona—. No lo veo desde que estuve la última vez en Francia, claro.

—Está enorme y mayorcísimo. Este verano se queda también en París, la danza es un sacrificio absoluto, no lo entiendo, pero me lo han secuestrado y no le dejan abandonar el conservatorio hasta el año que viene que cambiará de ciclo. Solo vendrá a España en Navidad, para pasar la Nochebuena en Aragón. No sabes lo que lo echo de menos los meses que no estoy en Francia —dijo con una sonrisa ligera.

El jardín de Vista Ona parecía que había perdido de golpe la luz cálida de las velas. Nada era tan mágico ahora que sabía que no volvería a verlo otra vez en todo el año. La cena transcurrió lenta y tediosa, nada le importaba en ese momento. Solo los deliciosos pliegues que formaban las mangas y las flores del vestido de Chanel de la marquesa de Trenvil consiguieron distraerlo de vez en cuando de su tristeza. Miraba y volvía a mirar para estructurar en su mente la cantidad de tela y cómo cortarla para que le saliesen esas camelias tan exquisitamente perfectas.

—Deberías venir a París, Cristóbal, te encantaría ver cómo trabajan en la casa de Gabrielle Chanel. Ella es una mujer absolutamente hechizante —dijo la marquesa de Trenvil de repente, como cambiando de conversación y sabedora, sin duda fue la única tan perspicaz, de que al joven modista le había entristecido aquella ausencia.

—¿Usted vive en París? —preguntó él tímidamente.

—Vive en la rue Cambon, en uno de los pisos más codiciados de la ciudad en este momento, justo al lado de Chanel Modes. Deberías ir a visitarla un fin de semana de estos —interrumpió la marquesa de Casa Torres casi con tono de envidia.

—Por supuesto, querida Micaela, será un placer que Cristóbal pase en casa unos días con nosotros —resolvió ella con una sonrisa de complicidad.

—Me encantaría, marquesa, ahorraré para poder visitar Francia tan pronto como pueda, es uno de mis sueños —respondió tímidamente él, con discreto placer, porque un cosquilleo le había rondado por dentro solo por saber que alguien le brindaba la oportunidad de desembarcar en París en un corto espacio de tiempo.

Martina miró a su hijo con todo el amor del mundo, ella era testigo silencioso de cada uno de sus deseos, aunque ni él mismo lo supiese siempre.

—Pues no se hable más, en cuanto pase el verano organizamos un fin de semana de otoño en mi ciudad favorita de Europa, me muero siempre por pasear por sus calles cuando empiezan a caer las hojas. Yo me hago cargo del viaje, prometido —anunció la marquesa de Casa Torres.

—Yo me hago cargo de la estancia —añadió la marquesa de Trenvil, observando con cómplice disimulo cómo los ojos de Cristóbal brillaban de nuevo como si navegasen en ellos todas las velas blancas encendidas de la mesa de lino impoluto en esa noche. Una noche de verano, cálida, estrellada y dulzona, que volvía a ser de repente un barco de emociones.

Volvió a casa con su madre y se despidieron enseguida porque era tarde. Se metió en la cama sin sueño, sabía que no se dormiría, así que se levantó de nuevo, abrió el armario, cogió una chaqueta de punto y salió sin hacer ruido. Caminó hasta perderse del pueblo y llegar a la ladera, más allá de palacio, para tumbarse sobre la hierba salvaje con el vago deseo de recordar cada noche de aquel verano que ya solo era de los dos. El mar estaba calmado, las luces del puerto chispeaban a lo lejos. Olía a flores frescas y a limpio, como aquel jabón de pastilla que usaban en casa de Hugo para lavar sus camisas. Permaneció ahí, soñando despierto, contando estrellas, respirando aquel perfume que sabría reconocer a ciegas estuviese donde estuviese del mundo. Y cuando el frío húmedo de sus veranos vascos empezaba a entumecer sus músculos, desanduvo el camino sin dejar de pensar en su amigo.

Me he pasado la noche pensando en ti. Esta noche hemos cenado en Vista Ona con tu madre. No sabes la de veces que he estado tentado de preguntar mil cosas sobre tu vida en París, pero me contuve.

Me he enterado hoy de que este verano tampoco vienes a Getaria. No imaginas lo que extraño nuestras noches de estrellas. ¿Sabes? Después de la cena he bajado hasta nuestra ladera. Me he quedado ahí varias horas soñando contigo con los ojos abiertos, pensando en cada gesto nuestro.

Necesito verte ya, lo necesita mi corazón.

Cristóbal

Ni siquiera encabezó la carta, no hacía falta ya con todas las que se habían cruzado el último invierno. La escribió nada más llegar a casa y antes de meterse en la cama por segunda vez. Fuera, el campo seguía oliendo a sus veranos del norte.

—Debería conseguir coser organzas en forma de camelias tan esponjosas y perfectas como las de Chanel —se dijo en voz baja, dando vueltas en la cama hasta que viendo que no pegaría ojo se levantó de nuevo y se instaló silencioso en la mesa de la cocina con sus rollos de tela, unas tijeras, aguja e hilo.

Deshizo con delicadeza un rollo de organza coral, de tono subido, sobre la mesa limpia y empezó a cortar tiras alargadas y estrechas. Calculó que unos diez centímetros de ancho serían perfectos para esas tiras de casi dos metros de largo. Una vez cortadas y extendidas, fue doblando

una a una por el ancho y cosiéndolas hasta convertirlas en unos rulos aplastados de idénticos tamaños. Después, con paciencia y mimo, fue enrollándolos uno a uno, dando puntadas de hilo cada varias vueltas y haciendo pliegues apretados hasta que las camelias se fueron formando solas como por arte de magia. Cuando las hubo terminado todas, diseminadas sobre la mesa impoluta, sonrió con orgullo. No hizo falta repetir ninguna, estaban perfectas, turgentes pero sutiles como si hubiesen nacido esa misma noche en un idílico jardín.

Se levantó hasta el maniquí, enrolló sobre el pecho el resto de la tela que había quedado, cruzando sus extremos a la espalda, lo aseguró con alfileres y empezó a pinchar, con estratégica sutileza las camelias al talle, como en un racimo lateral y asimétrico que convirtió el busto, una vez que estuvieron todas cosidas, en una elegantísima escultura.

—¿Qué pensaría esa francesa Chanel si lo viese? —se preguntó en voz alta observando su hazaña; dio unos pasos atrás y ladeó la cabeza ligeramente para captar las perspectivas que ese conjunto podría formar sobre una falda de varias capas de organza o muselina. Y sonrió con satisfacción.

—Se quedaría asombrada y enamorada —dijo su madre emocionada, entrando en la cocina desde la oscuridad de la casa y sobresaltándole.

—Por Dios, mamá, casi me da un ataque al corazón. ¿Qué haces despierta a estas horas?

—Te oí trabajar, me levanté y no quise molestarte porque ha sido maravilloso ver cómo te afanabas en silencio, hijo.

—¿Has estado todo este rato mirando sin decir nada? —preguntó con ojos de admiración profunda.

—Sí. Y tu hermana, pero ella se fue a la cama poco antes de que terminases. Y las dos sabemos que la señora Chanel estaría tan sorprendida como yo de todo lo que eres, hijo, cada día me siento más orgullosa.

—¿Qué vas a decir tú, mamá? Eso es lo que deben decir todas las madres de todos sus hijos.

—No, hijo, no. Lo digo con toda objetividad, solo tengo que ver cómo te miran las amigas de la marquesa de Casa Torres, cómo observan tus vestidos en sus cuerpos, cómo te admiran en la sastrería...

—Bueno, mamá, gracias por ser mi mejor admiradora siempre. No sé qué haría yo si no te hubiese visto desde niño hacer las cosas como las haces. Tú has sido mi maestra más cualificada.

—Ojalá pudiésemos irnos ahora mismo a París a vivir unas semanas, pero no está la vida para semejante gasto. —Cristóbal vio a su madre emocionarse y se emocionó con ella.

—Iremos, mamá, te lo aseguro, ahora que tengo tanto trabajo podremos hacer muchas cosas que tenemos pendientes. —La abrazó, ella seguía mirando las camelias de coral cosidas al busto, imaginando a todas esas mujeres que estaba segura que un día lucirían por las calles más señoriales de París las femeninas y eternas creaciones de su hijo. Y su orgullo sincero volvió a apoderarse de todo. En Getaria ya amanecía. El sol entró en la cocina para llenarla de luz limpia, iluminando como un monumento el vestido coral y sus afrancesadas camelias.

New England había encendido sus luces media hora antes de lo normal. En el País Vasco, en cuanto llegaba el otoño oficialmente, ya llevaban días y días de mal tiempo y viento. Las hojas empezaban a dibujar corros ocres en las esquinas y la luz blanca y azulada de los veranos cantábricos se volvía enseguida acerada y grisácea. Cristóbal había sacado hacía al menos una semana el abrigo de paño gris del armario y se lo puso abotonado del todo porque el frío de la mañana se había instalado en las calles de San Sebastián definitivamente.

—Buenos días —saludó con una sonrisa el sastre mayor, que había reunido antes de abrir al público a todas las costureras y a los nuevos aprendices. Todos estaban acicalados, peinados a conciencia, en fila y listos como para la presentación militar de un batallón cuando llegó a la sastrería.

—Buenos días —dijo, cohibido, al entrar. Y en ese momento todos empezaron a aplaudir al unísono mientras el sastre mayor le abrazaba palmeando su espalda sonoramente.

—¿Qué pasa? No entiendo nada —preguntó con cara de asombro, mirando a cada uno de sus compañeros, que sonreían felices.

—Cristóbal, estoy muy orgulloso de haberte tenido todo este tiempo en mi sastrería. Has sido un trabajador incansable y ejemplar. Eres muy bueno en tu oficio y sé que hoy, aunque te perdamos, será un día importante para todos porque vas a continuar en otros lugares la buena escuela que has adquirido en nuestra empresa —dijo en un discurso grandilocuente el sastre, anciano ya, bajo la mirada vidriosa de todas las costureras y la sonrisa cómplice de los nuevos aprendices.

—Pero ¿qué pasa? Parece que me vaya a morir —anunció con una risa floja fruto de los nervios.

—Pasa algo muy simple, jovencito. Pasa que don Tomás Carasa nos ha pedido oficialmente que te dejemos entrar a formar parte de su taller como uno de los nuevos sastres de los Grandes Almacenes Au Louvre, y la marquesa de Casa Torres nos ha recomendado que te dejemos marchar para seguir creciendo dentro y fuera de España.

Cristóbal notó que le temblaban las piernas. Miró a sus compañeros, contenidos todos para no derramar antes de tiempo sus emociones y se acercó a cada uno de ellos para fundirse en un abrazo que terminó con vítores y muchas palmas.

—No te perdemos, hijo, hemos ganado todo este tiempo un sastre inigualable, un compañero excelente y un amigo para siempre. Nos sentimos muy orgullosos de que hayas formado parte de nosotros y ahora te deseamos que vuelas alto, muy alto, para que podamos seguir disfrutando de tu excelencia —zanjó el sastre mayor y todos volvieron a aplaudir mientras el anciano sabio y Cristóbal se abrazaban de nuevo.

—Gracias a usted por ser mi maestro y mi guía en todo este camino y por enseñarme muchas cosas de la vida —respondió en un susurro porque la emoción le había robado hasta la voz.

—Ha sido un auténtico placer, señorito —dijo la costurera jefe, erguida, orgullosa y henchida de felicidad, llenando de lágrimas un pañuelo de hilo que guardaba siempre en el puño de su manga.

—No me voy muy lejos, vamos a estar cruzándonos en estas calles muchos años más, ya veréis, y nunca me voy a olvidar de ninguno de vosotros. Muchas gracias a todos, de corazón —dijo, dándose la vuelta, sin mirar atrás, porque le costaban un mundo las despedidas. Y salió de la tienda tomando de nuevo el camino de vuelta a casa para contarle la noticia a su madre, sin parar de llorar hasta que llegó al umbral de su puerta. En Getaria había salido el sol.

Cuando entró la marquesa de Casa Torres en la nueva sastrería, sin verla y sin oírla hablar, Cristóbal supo que era ella simplemente por el repicar de sus zapatos en la barnizada e impoluta tarima. Eran inconfundibles, cortos pero enérgicos, concisos pero seguros, como si nada se le interpusiese en su camino. De hecho, así la veía él desde aquel primer encuentro, años atrás. Como una mujer concisa y segura, jamás se andaba con rodeos, ni dudaba. Seguramente, pensó, no había nada en su vida que se hubiese propuesto sin conseguirlo. Llegó con un abrigo de doble botonadura, de un paño gris perla impecable que parecía alpaca y un cuello amplio de esmoquin de zorro plateado. Los zapatos, abotinados y con lazadas de raso, en una piel gris marengo tan perfecta que parecían recién estrenados. Pasó directamente al vestidor, por petición personal, y cuando estaban los dos solos se desabrochó el abrigo. Cristóbal se quedó en silencio un minuto, observando como el que mira un cuadro expuesto en un museo.

—¿Y bien? —preguntó la marquesa.

Otro minuto más de silencio mientras observaba las puntillas rosas en las impolutas jaretas blancas de algodón, el talle alto, el escote limpio y nutrido.

—¿Vas a quedarte callado hasta mañana? —volvió a preguntar, despojándose del todo del abrigo y dando una vuelta sobre sí misma.

—Muy bonita la combinación, ¿parisina? —preguntó sin dejar de mirar a la marquesa con disimulada sorpresa. Lo raro no era que se hubiese quedado en ropa interior nada más entrar en el vestidor. Lo inaudito, no por ello menos maravilloso, pensó Cristóbal, era que hubiese salido a la calle sin vestido, simplemente con la ropa interior bajo el imponente abrigo.

—Sabía que nada te sorprendería querido. Y sí, es parisina —respondió la marquesa con un guiño de su ojo derecho.

—¿Y a qué se debe el que vaya usted desafiando a los resfriados que pululan por la ciudad en pleno otoño? —preguntó él, ahora con cierta sorna.

—Pues a que me desperté con este temporal. Es lo único que odio del norte, un día ni te das cuenta y el frío se ha instalado en tu armario sin avisar —dijo ella intentando mostrar enfado, pero sin conseguirlo.

—¿Y? —preguntó él de nuevo con la misma cara de sorna.

—Pues que me he dado cuenta de que no tengo nada nuevo en el armario para el otoño y esta es mi forma de demostrarlo. Así que, como tú eres el hombrecito que soluciona siempre todos mis retos, te propongo que me vistas para un almuerzo que tengo dentro de tres horas. No me moveré de aquí hasta que esté vestida. Si no lo consigues, iré al almuerzo en ropa interior y no me podré quitar el abrigo. —Ella jugaba con las palabras mientras se miraba al espejo con las manos en sus caderas.

—¿Y si lo consigo? —preguntó él, sacando un rollo de seda gris perla y haciéndolo rodar por una de las mesas de trabajo.

—Entonces te habrás ganado con creces ese viaje de fin de semana a París que te prometí en verano y no tendrás que sentirte en deuda conmigo —dijo ella, contemplando la tela, elegante y con cuerpo, y cómo Cristóbal, sin mirarla, ya estaba cortando su largo con precisa pero rápida maestría.

Se sabía sus medidas y cada centímetro de su piel de memoria. Maestro de la *moulage*, era capaz de montarle un vestido sobre su cuerpo en quince minutos sin haber sacado casi la cinta métrica. Bordeó su busto con la tela tres veces haciendo un cuerpo drapeado, lo prendió a su espalda con dos alfileres y sacó el metro, midió dos veces del pecho al talle y despojó la tela del cuerpo. Volvió a medir, esta vez de talle a rodilla y de talle a tobillo por la espalda y anotó el resultado en su cuaderno.

—¡Lista! —exclamó, cogiendo el abrigo que había traído la marquesa y ayudándola a ponérselo.

—¿Lista? —preguntó pensativa mientras él se lo abotonaba como si fuera una niña pequeña antes de salir de casa hacia el colegio.

—Sí, vaya a dar un paseo largo, tómese un caldo caliente y vuelva tranquila en un par de horas —respondió él, señalando amablemente la puerta e invitando a la marquesa a que le dejase trabajar.

—Pero el almuerzo es a la una y media —advirtió ella.

—Por eso, vuelva sobre las doce y media y se irá desde aquí vestida al almuerzo. ¿No era eso lo que pretendía? —preguntó él, mirando el carrillón de reojo, marcaba las diez y veintisiete.

—Volveré —dijo ella desafiante, saliendo al frío de la calle.

El café Royalti hervía a la hora del almuerzo los viernes en plena avenida 11 de San Sebastián, esquina con la calle Bergara. Su salón principal se había convertido en uno de los lugares más elegantes de la ciudad no solo para almorzar, también para dejarse ver. No en vano, su decorador, Odón Marthé, propietario de la tienda de muebles más exquisita de la misma avenida, había sido el encargado de amueblar el palacio de Miramar por encargo de la reina María Cristina.

Las mesas de mármol y los divanes del Royalti se alineaban ordenadamente bajo una cúpula central de doce metros de altura coronada por una vidriera que llenaba de luz natural toda la sala. Sus muros estaban panelados con ricos óleos y coronados por molduras de bronce. Los manteles de hilo y las vajillas de Limoges resplandecían en esa burbuja de luz atrapada en el tiempo.

Cuando la marquesa de Casa Torres entró y se quitó su imponente abrigo un destello de luz ámbar, que se filtraba por la cúpula, iluminó como si de una estrella se tratase su conjunto de dos piezas de seda, que brillaba como la plata recién pulida bajo la calidez del mediodía. Un murmullo silente de admiración se extendió por todo el café como un rumor antes de que llegase a su mesa.

—Tiene que haberlo comprado en París —murmuraba una señora con cara de periquito desde una de las mesas centrales.

—Sin duda es francés —añadía otra, sin poder dejar de mirar el caminar de la marquesa hasta su mesa.

La falda era ampulosa y rica, el cuerpo entallado y drapeado y con unas camelias de organza color coral cosidas a su cintura en un solo lado.

—Permítame decirle, marquesa, que está usted radiante. No puede haber una mujer mejor vestida hoy en un almuerzo en todo el territorio español —afirmó levantándose don Luis Elizalde, uno de los arquitectos más importantes del país, artífice de la construcción del café y anfitrión de doña Micaela en el almuerzo.

—¿Será para tanto? —pregunto ella, coqueta, mientras le tendía la mano recién despojada del guante.

—Igual me he quedado corto, marquesa, es posible que tampoco la haya en París. Porque de ahí es, supongo, su exquisito vestido —dijo él rotundo, como asegurando que no había margen para el error.

—Pues se equivoca usted, don Luis, es un Balenciaga —explicó ella, como si la firma de su discípulo tuviese la solidez, recorrido, prestigio e historia de las grandes casas de moda francesas.

—Balenciaga —repitió él con la voz engolada, intentando demostrar que sabía de lo que hablaban, y tras unos segundos de silencio evidente, la marquesa añadió su particular coletilla.

—Y, por supuesto, es español, emergente y donostiarra. —Levantó su copa aún vacía mirando al *maître* que se apresuró a llegar hasta la mesa para llenarla de champán, que era sin duda el aperitivo estrella en los almuerzos del lugar.

—En tal caso, brindo por nuestra moda —dijo el arquitecto, tajante, alzando su copa intentando esquivar su error.

La marquesa de Casa Torres bebió henchida, dentro de su nuevo Balenciaga exquisito, que su jovencísimo maestro había cosido con amor y destreza en menos de tres horas y sonrió, sabiéndose observada por todas las cacatúas del Royalti y por la más alta sociedad donostiarra.

No habían abierto aún las puertas de los Grandes Almacenes Au Louvre y ya había un grupo de siete mujeres elegantemente ataviadas y en animada conversación. Una de ellas llevaba prendido de su sombrero un tocado de pluma naranja, como de ave tropical, que mantenía a los aprendices embelesados, pegados a los cristales del fondo para no ser vistos. Cuando don Tomás Carasa se acercó al escaparate principal, avisado por una de las costureras, no supo reconocer a ninguna de ellas.

—No son clientas nuestras, creo —dijo, dubitativo.

—¡Qué extraño! —exclamó la costurera más mayor.

—Es extraño, sí, sobre todo porque no son horas para una reunión social en la calle y menos con este frío que hace ya —sentenció Carasa.

O esas siete mujeres se habían puesto sus mejores galas por algún motivo especial o había un acontecimiento en la ciudad que se le había escapado. Pero era raro que no se hubiese enterado de ello, pensó un don Tomás que cuando reflexionaba se colocaba un dedo en la sien derecha como si al presionar intentase agolpar las ideas en un lugar concreto de su cerebro para llegar a una pronta solución.

No era una mujer bella María Cristina de Habsburgo-Lorena, pero su porte era tan regio como su regencia y verla llegar hasta la fachada de la tienda y bajarse de su coche con su abrigo entallado en una cintura que casi podía rodear con sus propias manos, su collarín de perlas de cuatro vueltas con un cierre de broche de brillantes y su estola de armiño era una imagen impactante. Según pisó la calle, las siete damas zanjaron su charla y rodearon su paso con servil amabilidad y estudiada protección.

—Es la reina, por Dios, es la reina. ¡La reina madre! —decía una y otra vez don Tomás mientras daba órdenes a todo el personal de que se comportasen con normalidad y exquisita corrección.

—Y las damas de la corte —apostilló la costurera mayor, aclarando el entuerto de las damas elegantes y madrugadoras.

—Buenos días, majestad —saludó con una ostentosa reverencia don Tomás mientras abría las puertas de su tienda de par en par y la llenaban, como si de un ejército se tratara, la reina y sus siete damas.

—Buenos días tengan todos —dijo ella como una sentencia, tajante y potente, quitándose los guantes largos, pero sin desprenderse de su abrigo.

—Bienvenida a mi humilde casa, majestad, ¿en qué podemos ayudarla? —preguntó con servilismo.

—Me han dicho que aquí trabaja Balenciaga —respondió con rotundidad.

Cristóbal, que aún no había llegado a la sastrería porque se iba tan tarde a casa que regresaba por las mañanas cuando ya estaba la tienda abierta y en pleno funcionamiento, caminaba tranquilo y sonriente por la calle Hernani cuando vio llegar corriendo y sofocado a uno de los pequeños recaderos.

—Está la reina, está la reina —gritaba con la respiración entrecortada.

—¿Qué dices, niño? No entiendo —respondió, encogiéndose de hombros.

—Corre, corre —seguía balbuceando el pequeño mientras tiraba de la mano de Cristóbal.

—¿Pero me puedes explicar qué pasa? —pregunto, parando en seco y sujetando al niño por los hombros.

—La reina ha venido a verte a la tienda con muchas mujeres muy elegantes —soltó por fin con un soplido.

Cuando llegó, la calle era una revolución de mujeres y chiquillos agolpados en el escaparate, algunos hombres esperando en la acera de impolutos adoquines con caras de circunstancia y una dama en el umbral controlando la esperada llegada.

—Ya está aquí, majestad —dijo la dama, y abrió la puerta por la que entró en pocos segundos un Cristóbal apabullado.

—¡Viva! —exclamó la reina madre, levantando una mano al cielo provocando las sonrisas de sus damas.

No era fácil dormir después de un día como aquel. Cristóbal había estado más de dos horas al terminar la cena relatando a su madre y a su hermana, que lo miraban absortas, cada detalle.

—Llevaba un abrigo maravilloso, un cuello de armiño tan blanco que parecía una zarina rusa, un collarín de perlas como cerezas de grandes —relataba él como un niño chico impresionado por la aparición de un hada mágica en un bosque en mitad de la noche nevada.

—¡Qué exagerado eres, hijo! —exclamó Martina con una sonrisa amplia y llena de maternal cariño.

—Es cierto, mamá, es cierto —aseguraba él, cogiéndola de las manos y mirando en el fondo de sus ojos, que tenían la emoción bordada en ellos.

—Te creo, hijo, pero me hace gracia que lo cuentes con tanta pompa, casi puedo imaginarme a su majestad vestida como para una recepción oficial.

—Estaba imponente, rodeada de sus damas, todas vestidas con abrigos de lana y cuellos de piel, con zapatos altos, con guantes largos, con tocados increíbles. Había una dama, mamá, que llevaba un tocado de plato con una pluma de ave tan larga que tenía que ladear la cabeza para pasar por el umbral de la puerta —seguía relatando como el que cuenta un cuento fantástico.

—Cristóbal, por Dios, ¿cómo va a ser eso posible? —preguntaba Agustina, tapándose la boca sin poder dejar de reír.

—Te lo juro, debía de ser de un ave tropical, era enorme, como la cola de un pavo real, naranja intenso. Y llevaba los guantes a juego, como en un color salmón. Dicho así podría parecer muy teatral, pero era exquisito el resultado.

—Un poco extravagante, ¿no? —preguntó Martina.

—No, no. Era exquisito el conjunto, te habría encantado verla. Bueno, mamá, te habría encantado verlas a todas, rodeando a la reina mientras ella miraba las telas y algunos de mis bocetos con sorprendente devoción. Es que sigo sin creerlo, de verdad. Es como si estuviese en un sueño y fuese a despertar en cualquier momento para descubrir que nada de esto ha sucedido hoy.

—El sueño, hijo, es que seas feliz con todo lo que hagas. No importa si vistes a la reina, a todas las marquesas del país, a las damas de la corte o a quien sea. Lo que importa es la emoción que te provoca tu trabajo. Eso es lo que me hace sentir la madre más orgullosa del mundo, hijo —

sentenció Martina, apoyando las manos cruzadas sobre el pecho, Agustina sonreía ahora con ternura.

—Y lo más serio, mamá, lo más importante, es que vino a verme a mí. Preguntó por Balenciaga al entrar. Me lo ha contado con todo lujo de detalles la modista jefe, la señorita Victoria. No puedo creerlo aún. —Se le saltaban las lágrimas y esbozaba una sonrisa contagiosa mientras contaba la aventura de esa mañana.

—Estoy tan orgullosa, hijo, tanto, que no puedo decir con palabras todo lo que siento al verte así. —Martina lo abrazó. Apoyó la cabeza sobre su pelo limpio, respiró profundo y lloró contenta sin soltar de sus brazos al fruto de sus entrañas, porque así lo sentía en ese momento, como un trozo de ella misma. La emoción de sentir que su hijo, ese niño de apenas dieciséis años, pero que sentía y se comportaba como un hombre hecho y derecho, iba a vestir por primera vez a la reina María Cristina era inmensa. No podía haber, pensó, mayor premio a todas esas noches en vela, de trabajo tenaz y preciso, con las tijeras, la aguja y el cajón de los hilos como únicos compañeros.

Y así terminaron la noche los tres, contando anécdotas, llorando y riendo juntos. Y cuando amaneció, ya era domingo. Martina puso al fuego un chocolate y mandó a Agustina y a Cristóbal a por dulces a la confitería.

—Hoy invito yo. Pide lo que quieras, mamá, como si es la luna, que te la traeré —dijo él con los brazos abiertos en alto y dando vueltas sobre sí mismo, mirando al cielo mientras su hermana se reía a carcajadas y su madre sonreía embelesada.

1913

Había ido de viaje fugaz a París hacía dos años, tras ganar aquella apuesta a la marquesa de Casa Torres por vestirla en dos horas para su almuerzo vital en el café Royalti, pero no había visto a solas a Hugo de lo fugaz que fue aquel fin de semana en Francia. Tan solo habían compartido un rato de charla en una tarde de café y chocolates organizada por doña Micaela y la marquesa de Trenvil para visitar a la marquesa de Alto Aragón y su hijo, cerca de la Ópera. Pero desde aquel día se habían empezado ya a cartear casi semanalmente. Y ahora, dos años después de aquel cruce fugaz y de muchas palabras, miradas y sentidos, París volvía a estar en su nuevo presente y eso le hacía sentir un cosquilleo en el estómago.

Seguía siendo aquel chico largo y flaco de siempre, pero su pecho, sus brazos y sus hombros habían cogido forma. Su voz era más sólida. Su mirada todavía poseía un destello nostálgico y brillante. Ya no era el aprendiz de nada. Ya era, desde hacía meses, el jefe de taller de la sección de confección de señoras de Au Louvre en San Sebastián. Y ese otoño tocaba viajar por primera vez a París por trabajo, con don Tomás Carasa, para ver las colecciones textiles y comprar el material para la nueva temporada de invierno.

Según entró, una mañana fría de otoño, en Au Louvre, don Tomás le comunicó la noticia con total normalidad.

—Cristóbal, ve organizando tu agenda porque dentro de diez días iremos a Francia a comprar telas para las nuevas colecciones.

—Será un placer organizar mi agenda, don Tomás —respondió él con la misma simulada normalidad, aunque sintiendo, como antaño, que un caballo empezaba a galopar en su pecho sin control.

—Te diré luego dónde estaremos alojados, será en la residencia de unos buenos amigos, para que informes a tu madre y te planifiques en la ciudad si es que necesitas hacer cosas por tu cuenta cuando terminemos cada jornada de trabajo —dijo sin levantar la vista de su cuaderno, donde seguía anotando cosas en un caos que solo entendía él.

—Muy bien, don Tomás, muchas gracias —respondió, controlando la emoción que le provocaba el anuncio.

Según llegó a casa, su madre y sus hermanos no estaban aún, se sentó en su mesa, cogió un tarjetón y escribió con letra clara.

Hugo:

En unos días voy a París por trabajo. Voy a estar una semana instalado en la residencia de unos amigos de don Tomás. En cuanto sepa las fechas y la dirección te escribiré de nuevo.

Tengo tantas ganas de verte, tantas...

Cristóbal

Aún quedaba una semana y media y en ese rato en el que esperaba a que llegasen su madre y su hermana para preparar juntos la cena, ya tenía media maleta planificada. Jerséis de lana, abrigos de paño y guantes permanecían doblados con milimetrada precisión sobre la mesa-estudio de su habitación. Había escrito esa misma mañana la escueta carta que anunciaba a su amigo que por fin volverían a verse. Estaba todo organizado, tan solo necesitaba que los días pasasen rápidos porque sabía de antemano que no pararía de dar vueltas cada noche en la cama pensando en él y en todo lo que deseaba encontrarse en la ciudad.

París olía a otoño, a castañas y a bollos de mantequilla, pensó según llegó en ese día frío y ventoso que arremolinaba las hojas en las esquinas y los soportales de la rue Rivoli. Allí se erguía, majestuoso, el edificio que albergaba la central de les Grands Magasins du Louvre. El día estaba plomizo, pero la ciudad siempre parecía iluminada por una luz especial, casi celestial, aunque el cielo amenazase tormenta.

Había quedado en uno de los pintureros cafés de la misma calle. Un coqueto y concurrido establecimiento con portones de hierro y cristal desde los que podía ver a los camareros servir unas mesas de mármol con humeantes tazas de loza blanca con chocolate. En una mesita redonda del fondo, bajo un inmenso espejo brocado en pan de oro, ya estaba sentada Felisa Altuna, su compañera en Au Louvre en San Sebastián. Habían quedado tras días sin verse para acudir juntos a la gran matriz de su empresa, como dos niños que van de compras a un paraíso lleno de juguetes y golosinas. Cuando llegó a su mesa, los guantes de piel camel apoyados junto a su taza de chocolate, ella levantó la vista y sonrió mirándolo a los ojos.

—Tienes la belleza del amor —le dijo, arqueando las cejas y asintiendo con un movimiento sutil de cabeza.

—¿De qué amor, querida? —preguntó un Cristóbal sonrojado.

—Del primer amor —respondió ella, contundente, antes de continuar con su discurso, lleno de sonrisas y de guiños—: Nadie conoce mejor tu secreto que yo, Cristóbal, nadie. Hemos compartido tantas horas de trabajo, tantas tardes de costura y charlas eternas que casi soy la dueña de tus rubores. Seguramente porque además nadie sabe que llevas enamorado tanto tiempo de una misma persona y que hoy, amigo, no mañana, ni pasado, ni dentro de un año... Hoy te vas a reencontrar por fin con ese alguien que te infla y te sonroja los mofletes. ¿Tú te has visto? Pareces un pastorcillo acalorado.

—¿Qué dices? Es por el frío que hace en París. —Intentó resolverlo frotándose las manos para que entrasen en calor y cubriendo después con ellas sus mejillas, ateridas de frío tras un largo paseo por la ciudad antes de su encuentro con Felisa.

—No seas simple, te conozco bien y somos del norte. Los dos sabemos que ese rubor no es del frío y me gusta que no sea así. Porque ¿sabes una cosa? Nada me emociona más que verte así,

tan bonito, tan guapo y tan feliz, aunque estés que te mueres de los nervios, aunque nadie lo llegase a entender nunca.

—Me conoces bien, me muero de los nervios, es como si tuviese una urna llena de miles de mariposas revoloteando en mi estómago convertido en un jardín en primavera. Tienes razón. Estoy contando los segundos.

—¿A qué hora lo verás? —preguntó ella, estirando una mano y cogiendo encima de la mesa la de su amigo, que estaba tan intranquilo que tamborileaba sin cesar con los dedos sobre el mármol.

—A media tarde, antes de que oscurezca, para dar un paseo hasta que llegue la hora de la cena —respondió él con sonrisa nerviosa.

—Solo quiero que sepas una cosa, amigo, nunca te lo he dicho porque tan solo quería que disfrutases tu vida a tu manera, pero quiero que sepas que si el corazón te hace sentir esto por un chico, nada tiene el mundo que reprocharte. Sé que muy pocos te entenderían, sé que esto es un secreto que yo me llevaré a la tumba mientras tú no quieras contarle. Pero también sé que siempre me vas a tener cerca para escucharte y que tu madre, como yo, lo sabe todo.

—Mi madre intuye muchas cosas de mí, pero no creo que sepa todo —dijo él intranquilo.

—Las madres saben todo de nosotros desde que nos expulsan de su vientre. Ten por seguro que nada de lo que pudieses contarle le resultaría ajeno, ni pecaminoso, ni mucho menos una locura.

—Gracias, Felisa, no sé qué decir —susurró, apretando su mano sobre la mesa.

—Entonces, no digas nada. ¿Dónde iréis a cenar? —preguntó, cambiando de tema para no zanjar la conversación con un silencio.

—No lo sé, es una sorpresa, solo me ha dicho que me recogía en la puerta de la casa a las seis. Y que me pusiese guapo. —Volvió a ruborizarse.

—¿Y qué te vas a poner? —quiso saber ella, intentando mantener una charla coloquial para distraer los nervios de un Cristóbal que esa tarde, pensó con ternura, se iba a encontrar de nuevo con su ilusión. Esa de la que tantas tardes habían hablado los dos entre telas e hilos, en San Sebastián, hilvanando muchas composturas y algunos sueños de la vida.

Había planchado con esmero una camisa azul pálido, los cuellos almidonados con mimo, que se puso con un sastre de tres piezas de espiga gris y una corbata de lana azul marino con pequeños lunares bordados en tono crema. Se había engomado el pelo hacia atrás con una raya recta y perfecta que le devolvía a esos días de verano de la infancia cuando se conocieron. Esos días en los que su madre le peinaba con el agua de colonia como tantas veces había visto peinarse a su padre después de afeitarse delante de ese espejo de bronce ovalado que seguía colgado sobre el lavabo de la casa familiar en Getaria. El reloj de la habitación dio las seis. El estómago volvió a llenarse de aquellas mariposas como si una mano hubiese levantado de golpe dentro de él una campana de cristal donde revoloteaban presas e inquietas. Se perfumó la barbilla recién afeitada, cogió sus guantes y su abrigo y salió.

Nada más abrir la puerta se topó con su mirada y su sonrisa. Se había hecho enorme. La danza le había convertido en un hombretón del norte, alto, fuerte y sano. Estaba tan guapo que no supo ni qué decir, tan solo le devolvió la sonrisa en silencio hasta que Hugo, abriendo los brazos de par en par y con esa cara suya de travieso descarado, rompió el hielo.

—¿No vas a darme un abrazo, amigo? —preguntó, acercándose, con el abrigo abierto y un jersey de lana tan justo y corto que se podía distinguir de un vistazo cada músculo de su torso y al hombre en el que se había convertido.

—Me moría de ganas de verte —susurró Cristóbal, fundido ya entre sus brazos y notando su pecho duro y su respiración en el cuello.

—Bueno, hombre, pues ya me tienes aquí para que no te mueras —respondió con una carcajada, estrujándole y separándose después para poder observar mejor a su viejo amigo.

—¿Qué me miras? —preguntó con voz bajita.

—Lo guapo que estás, ya no eres el niño flacucho que recordaba —dijo, y volvió a reírse, mostrando sus dientes blancos y perfectos.

—Tú lo estás más —respondió como cortado. Y el rubor de pastor que le había descubierto su amiga Felisa Altuna volvió a inflarle los mofletes hasta el ardor. Podía notar cómo bullía la sangre bajo su piel.

—Me acuerdo de nuestros picnics junto al río, éramos tan canijos que ahora me hace gracia vernos tan mayores. —Hugo hablaba como siempre, rápido y enérgico, pero su voz se había

vuelto más grave y más profunda aún.

—Tampoco somos tan mayores —reflexionó, mirando a su amigo que ya le pasaba media cabeza por encima del hombro.

—Venga, vamos a dar una vuelta, que quiero llevarte hasta Montmartre, hay un pequeño café que me encanta. No es como los nuestros del norte, pero tienen un vino buenísimo y los mejores quesos del país. Te va a encantar. —Le pasó un brazo por encima del hombro y empezaron a andar juntos, al compás, bajo un cielo plomo parisino que se oscurecía por segundos.

Y sin darse cuenta, como si no hubiesen pasado los años, Cristóbal se vio caminando de nuevo junto a su amigo, feliz y protegido porque nada más en el mundo importaba y nadie podía hacerle nada malo mientras Hugo estuviese cerca.

La rue Lepic, en el corazón de Montmartre, era un hervidero de gente cuando se ponía el sol. Sus cafés rebosaban de artistas oriundos y forasteros, de damas alegres y de variopintos caballeros. Cada vez que un cliente abría las puertas de cristal de aquellos establecimientos, concebidos como escaparates en los que se veían las columnas de humo de los cigarrillos ascender hasta esas lamparitas de colores que pendían alegres de sus altos techos, el bullicio invadía toda la calle como un carrusel de espectáculos y variedades.

—¿Cómo puede haber tanta gente en la calle y en todos los sitios de esta ciudad con este frío? —preguntó Cristóbal, casi sin aliento porque Hugo había acelerado el paso según caía la noche.

—Porque esto es París, amigo mío —gritó Hugo, abriendo los brazos y mirando al cielo mientras daba varias vueltas sobre sí mismo, sonriente y feliz. Un grupo de muchachos que fumaban en un corro al otro lado de la calle lo vitorearon en francés.

En la esquina de la rue Cauchois estaba el café favorito de Hugo, ese que frecuentaba en sus tardes de ocio parisinas cuando la disciplina del conservatorio le dejaba unas horas libres. Sus vidrieras rojas de la acera hasta el techo, la multitud de cabezas que llenaban pizpiretas su interior y lo concurrido de sus puertas, que parecían las de un cabaré el día del estreno de un sonado espectáculo, intimidaron a un Cristóbal que había imaginado su primera cita, después de tantos años, mucho más serena, reservada y romántica. Aunque sabía de sobra que el romanticismo y su amigo eran ideas opuestas. Él siempre demostraba sus afectos con movimientos bruscos e impulsivos.

—¿Qué te pasa? —preguntó Hugo cuando vio que habían parado en seco nada más llegar a la esquina.

—Es imposible que entre ahí ni un alfiler, ni siquiera su diminuta cabeza —respondió observando con pavor cómo los clientes se hacían hueco, como podían, para formar un pasillo angosto que los llevaba lentamente hasta un supuesto fondo que ni podía descifrar por las cristaleras, ni se atrevía a imaginar.

—¡Qué exagerado, por favor! —exclamó con una carcajada, cogiéndole de la mano y tirando de él sin dar opción a una negativa.

—Me angustia solo pensar que tengo que atravesar ese laberinto —añadió, volviendo a parar en seco ante la puerta, que cada vez que se abría dejaba salir una densa nube de humo de cigarros, vaho y humanidad.

Hugo se dio la vuelta, se plantó delante de él, cogió su cara con las dos manos y lo miró a los ojos con toda la ternura que nunca le había demostrado.

—¿Confías en mí? —preguntó, tan cerca que Cristóbal notó que podía hasta masticar su aliento, como de madera y menta.

—Me gustaría hacerlo, pero... —dudó unos pocos segundos antes de que su amigo le besase en la boca sin dejar de agarrarle la cara con sus manos. Un escalofrío, como aquellos que sentía cuando se tiraban de niños junto al mar a ver las estrellas y Hugo le rozaba la piel sin querer en cualquier movimiento, volvió a recorrer cada átomo de su piel. Pero ahora se había hecho tan fuerte como una descarga eléctrica, como una de aquellas tormentas de verano en su norte. Y sintió que la piel le ardía hasta tal punto de que era capaz de entrar en aquel local, aquí o en los confines del mundo, vestido o desnudo y hasta en el mismísimo infierno, solo porque su amigo no dejase de besarle de esa manera el resto de su vida.

Al final del café, cuando pudieron alcanzar el límite de ese camino humano, angosto y ruidoso, que se formaba a lo largo de la barra, había una sala sin más bullicio que el de los clientes que habían reservado mesa para cenar. Desde allí, pasando la lista exigente de un *maitre* tan rimbombante como risueño, se accedía a la otra parte del local por una puerta doble cubierta por pesados cortinajes de terciopelo burgundy.

—Buenas noches, Armand, no he llamado para decir que venía, ya sabe que siempre se me olvida —saludó con familiaridad Hugo al *maitre*, que cambió su rictus serio nada más verlo, mostrando una sonrisa llena de unos dientes gigantes.

—Buenas noches, monsieur, usted no necesita llamar, siempre está su mesa favorita reservada para cualquier día del año —respondió con gentil servilismo, abriendo el cortinaje y haciendo un pomposo ademán de bienvenida.

—Muy amable, Armand, ¿sabe si hay pato hoy? —preguntó, relamiéndose.

—Seguro que lo habrá —contestó sin perder la sonrisa.

En un salón con paredes enteladas, espejos dorados y unas mesitas redondas vestidas de hilo negro con lamparitas rojas de cuentas de cristal se alzaba un escenario donde un hombre con esmoquin tocaba un piano negro de cola y una mujer vestida de oro cantaba, sutil, antiguas baladas francesas.

El aire olía a tabaco y a perfumes intensos. A pescados marinados, a guisos exquisitos y a vino. Una docena de mesas ya estaban ocupadas por parejas, de todas las edades, que cenaban y brindaban ajenos a la música que llegaba desde el escenario. Eran pequeños microcosmos en cada ambiente íntimo, como si el mundo alrededor, en el corazón de aquel barrio de artistas en la ciudad más emergente del planeta, no importase más allá del amor.

—Espero que te guste el pato, el chocolate recuerdo que te encantaba —dijo Hugo cuando ya estaban sentados y mirando a un Cristóbal que escrutaba con curiosa atención las mesas, el ambiente, a esas parejas que ya brindaban y disfrutaban de la noche parisina desde ese rincón tranquilo y exquisito, tan ajenos al ruido de la calle y al griterío popular del café por el que entraron.

—Me gusta el pato y me encanta el chocolate. ¿Lo vamos a comer a la vez? —preguntó, levantando una ceja levemente.

—Te fascinará, lo sé. Deja que todo te sorprenda y resultará mucho más rico aún, ya lo verás.

El chef Truffau, una institución de la cocina francesa entre los círculos más íntimos de la sociedad emergente de París, elaboraba un pato crujiente con una salsa de chocolate, mantequilla y azafrán que era un escándalo. No había político, actriz o aristócrata en la ciudad que no hubiese probado alguna vez aquel bocado exquisito.

—*Voilà!* —exclamó el camarero, acercando un carrito y levantando una ostentosa campana de plata. Y ahí estaba el pato al chocolate, brillante, como recién pintado, sobre una fuente decorada con flores de mantequilla y cebollitas glaseadas.

Hugo metió un dedo en la salsa caliente y cuando se lo iba a llevar a la boca se detuvo un segundo, pensativo, sonrió con pícaro maldad y se lo tendió a Cristóbal.

—Venga, chupa, esta es la mejor manera de disfrutar del éxtasis de esta salsa de chocolate —dijo sin parar de sonreír, notando cómo a su amigo se le empezaban a hinchar de nuevo los mofletes, tan rojos como las lamparitas de la mesa.

Se metió en la cama aún achispado por esa noche larga. No sabía si era el chocolate, las burbujas del champán, los besos calientes de Hugo... Quizá era todo junto, pensó. Y sin darse cuenta, en ese duermevela dulce y gustoso de los amantes, se quedó dormido sin saber ni cómo había llegado hasta esa cama, ni dónde estaba, pero tampoco le preocupó. Le bastaba con oírlo roncar para saber que si estaba cerca, lo demás no importaba.

Felisa Altuna llevaba un abrigo negro de grueso paño, con botones gordos de carey y unos botines de cordones con el tacón justo para crear ese soniquete inconfundible de las señoritas en la ciudad. La imaginaba con ese paso rápido y corto, enérgica y pizpireta. La rue Rivoli estaba pletórica de sol esa mañana. Las terrazas de sus cafés se habían llenado de gente y de bandejas de cruasanes calientes. La esperaba ya sentado en una de ellas cuando la vio llegar con una sonrisa maliciosa.

—O me lo cuentas todo o no volveré a mirarte a la cara en todo el día —sentenció, tirándose en la silla, desabrochándose el abrigo y suspirando hondo, como si hubiese hecho una carrera de fondo.

—¿Qué vas a tomar, querida? —preguntó él sin ninguna prisa, removiendo con serenidad el azúcar de su café con leche con una cucharilla tan fina que tintineaba como una campanilla.

—Cristóbal Balenciaga Eizaguirre, habla ahora mismo o juro que te tragarás la dichosa cucharilla —insistió ella con un bufido, mirándolo fijamente. Cristóbal dejó de remover el café, se incorporó en la silla y empezó su narración.

—Huele a pan tostado con mantequilla. Ronca. Habla dormido y mueve la nariz como hacen los ratones cuando olisquean un trozo de queso, como en círculos pequeñitos. Tiene las manos fuertes, pero misteriosamente suaves. Los pies no, los tiene duros y feos de bailar, pero me encanta rozárselos con los míos. Cuando lo hago ronronea. Tiene cientos de pecas en la espalda, me he pasado horas contándoselas con la punta de los dedos mientras él seguía ronroneando. Duerme siempre desnudo, aunque fuera París tirite bajo la nieve. Se abraza a la almohada en posición fetal, cuando se la quito me abraza por la espalda y respira en mi cuello como un perrillo. Tiene casi pelirrojos los pelos de la barba. Y también los del pubis. Le encanta el pato con chocolate. Lo come como los niños, manchándose las comisuras de los labios y relamiéndose después. Tiene la lengua muy larga. También cuando besa. Es besucón y le gusta morderme las orejas. Se chupa los dedos cuando come. Usa calzoncillos blancos cortos de algodón, no le gustan los largos porque dan calor. Lleva los calcetines con agujeros, pero no le importa, dice que así se le ventilan los pies. Es divertido. Sigue siendo divertido. Cuando se ríe le salen dos hoyuelos perfectos en los mofletes. Tiene los dientes tan blancos que parece que ha comido nieve. Bebe champán como si fuera agua y ni se inmuta. Usa guantes de piel, como los buenos caballeros. Se

peina siempre con los dedos. No le gustan las coles de Bruselas, ni la col ni el hígado, y las fresas le dan picor en la lengua, pero las pide de postre porque dice que así los besos saben a más. ¿Te he dicho que es muy besucón? No le gusta el champán en copa alta, así que lo pide en vasitos. Es muy gracioso, sonríe mucho más de lo que yo recordaba. Lo conoce todo el mundo, lo saludan con afecto y casi con veneración. Es generoso, dejó propina como para pagar la cena de otro comensal. Hace ruido al masticar, pero se lo perdono porque verle sonreír hasta comiendo es una maravilla. Le gustan las flores, te sorprendería saber cuáles son sus favoritas. Deja la ropa tirada en el suelo cuando se desnuda para meterse en la cama. Sí, eso es un horror, pero me ha encantado recogerla por la mañana y notar que huele dulce hasta cuando suda. En eso somos iguales, menos mal. ¿Será una señal? Es muy besucón, no sé si te lo he dicho. Le gusta desayunar en la cama y quedarse mucho rato más tumbado después de... de ser cariñoso.

—Creo que ya me he hecho una ligera idea de cómo es —dijo Felisa, rompiendo su mutismo.

—¿A que es el chico ideal? —preguntó con una sonrisa embobada.

—Te parecería ideal aunque no lo fuese. Siento decirte, amigo, que no me equivocaba. Estás enamorado hasta la médula —sentenció.

—Lo sé —dijo él con una sonrisa amplia, sacando una peonía rosa que se había guardado en el bolsillo y que aún estaba fresca—. Y estaba claro que le tenían que gustar dos cosas, como a nosotros.

—Besar y las peonías —zanjó ella, levantándose de un brinco y abrochándose el abrigo justo antes de tirar del brazo de su amigo porque ya llegaban tarde.

La marquesa de Trenvil había preparado merienda como para alimentar a todo el edificio de su histórico piso de la rue Cambon de París. Los buñuelos de patata y bacalao, elaborados esa misma mañana por Truffau, permanecían intactos, alineados con milimétrica precisión como si de un batallón se tratase sobre unas bandejas de plata rectangulares. Antiguas bomboneras de cristal servían como recipientes de hielo picado para alojar las ostras. Una escalfadora con tapa de plata labrada guardaba el calor de un pato al chocolate. Nadie la había levantado aún y según entró Cristóbal en el salón principal de la casa, maravillado todavía por la riqueza de sus columnas y de los espejos franceses de pan de oro, distinguió el olor del azafrán fundido con la mantequilla en ese chocolate.

—Buenas tardes, queridos, qué maravilla teneros en casa por fin —dijo la marquesa, acercándose y besándole en las mejillas tres veces, como si de un más que viejo amigo se tratase.

—Un placer volver a verla, marquesa —respondió él, sonrojado por los besos con ruido de la marquesa.

—El placer es mío, te lo aseguro, estoy deseando que me cuentes todo, todo y todo lo que estás viviendo en París estos días antes de que llegue Gabrielle —dijo ella, empujándole en un sofá sin que le diese tiempo ni de rechistar.

—Qué energía, marquesa, ya no lo recordaba —respondió él, rebotando entre los cojines de seda que la anfitriona tenía repartidos, amontonados, por todos los sofás de terciopelo azul Prusia de la generosa sala.

—Encantada de conocerla —dijo ella con una sonrisita, mirando a Felisa, como si hasta ese momento no se hubiese percatado de su presencia.

—Lo mismo digo —respondió ella con un hilo de voz, alucinada por toda la situación.

—Ella es mi amiga y compañera de trabajo en Au Louvre, Felisa Altuna —le informó Cristóbal, tomando aire y dándole vueltas a la cabeza sobre quién vendría después. ¿Había entendido Gabrielle?

—Lo primero que quiero saber es cómo fue el reencuentro —se apresuró a decir la anfitriona, como en un susurro justo antes de que la doncella llegase para preguntar qué querían beber—. Champán helado para todos —respondió la marquesa sin dar opciones a sus invitados y

sin levantar la mirada de ese niño, pensó, que se había hecho un hombretón en los dos últimos años.

—¿Se refiere a Hugo? —preguntó tímido, apabullado por la cercanía de la marquesa de Trenvil y su poderosa fisonomía.

—¿Has tenido más encuentros y yo no me he enterado? —respondió, preguntando de nuevo y soltando una carcajada que resonó como multiplicándose en un curioso eco bajo los techos altísimos de aquel piso parisino que miraba erguido a la ciudad por unos balcones altos por los que entraba la luz a borbotones.

—Fue maravilloso, marquesa, maravilloso —respondió él, discreto, sin dar más detalles que una sonrisa.

Ella se incorporó con esfuerzo, se había quedado zambullida entre los cojines, y se dirigió a la mesa para levantar la campana de plata de la escalfadora, con tanta pompa que podría haber salido de ella un espectáculo de varietés sin que nadie se sorprendiese.

—*Voilà!* —exclamó, y el perfume del pato al chocolate llenó la sala por completo.

—Truffau —dijo escueto, pero contundente, Cristóbal.

—El mismo, sé que te encantó su mano con las salsas, y, aunque no lo creas, es el caballero más discreto del mundo. No hizo falta que me dijera con quién había cenado Hugo. Tan solo me dijo que había estado con un amigo insultantemente joven y elegante. Y por eso le encargué el pato. Es el mejor cocinero de París, un hechicero con los fogones y con los sentimientos y el mejor amigo del mundo —sentenció ella justo cuando la doncella anunciaba la llegada de madame Chanel.

Gabrielle Chanel no era una mujer guapa, ni destacaba por su físico recto y enjuto, pero según entró la sala se llenó de un enigmático y embriagador misterio. Llevaba pantalones anchos grises de franela, una blusa blanca de algodón de corte masculino que había fruncido a su escueta cintura con un fajín trenzado y un collar largo de perlas de tres vueltas irregulares. Tenía el pelo corto, como un *garçon*, y el flequillo asomaba bajo un canotier negro de lana. Fumaba unos cigarrillos largos, blancos y de intenso perfume. No llevaba tacón, su calzado beige se parecía a las zapatillas de baile de Hugo, planas, casi flexibles y con un simple lazo en el escote del empeine.

—Querida, me encanta que hayas podido venir, quiero que conozcas a Cristóbal Balenciaga, te hablé de él hace días, ¿recuerdas? —La marquesa acercó a Gabrielle hasta donde se encontraban Cristóbal y Felisa.

—Encantado, madame —dijo Cristóbal, estrechando la mano derecha que Chanel le tendía, sin soltar el cigarro con la otra. Sus ojos, profundos como dos cuevas, miraban fijamente sin pestañear.

—Igualmente, jovencito, Amalia no deja de hablar de ti en los últimos tiempos —dijo ella en un castellano cadente y muy acentuado que no sabía si dominaba o se había aprendido para sus reuniones sociales. Decían entre las costureras de París que la discola Gabrielle era capaz de embaucar a cualquiera en el idioma que fuera si de eso podía sacar un beneficio.

—Qué honor —dijo él, sonrojado.

—Bueno, depende, tampoco he dicho que hable bien —añadió sin esbozar ni media sonrisa, pero mirándolo con un irónico silencio para alejarse después, misteriosa, hacia un grupo del fondo donde algunos amigos de la marquesa, recién llegados, hablaban efusivamente organizando un griterío tan típico de España que era imposible que no fuesen compatriotas. Pintores, escritores y algún político de postín formaban también, con sus amigos empresarios españoles, muchos de ellos dedicados a la industria textil de la exportación, el nutrido grupo que frecuentaba la marquesa de Trenvil en su París de residencia.

—No es guapa, pero todos la admiran —dijo Felisa cuando ya se habían quedado solos en esa parte de la sala, observando a madame Chanel, que permanecía erguida en mitad de la sala, rodeada de hombres que la agasajaban y soltando bocanadas de su cigarrillo largo siempre encendido.

—Es tremendamente misteriosa y elegante —añadió Cristóbal.

—¿Y la marquesa de Trenvil a qué se dedica? Creo que no me has hablado nunca de ella fuera del contexto de San Sebastián, del verano y de las fiestas de la marquesa de Casa Torres —preguntó ella sin dejar de observar lo curioso de ese opulento piso, de Chanel y de sus amigos artistas, influyentes y ruidosos.

—La marquesa de Trenvil es millonaria —respondió él, contundente. No sabía si eso lo resumía todo, pero lo explicaba claramente. Así era París, pensó, en ese principio de siglo incierto política y socialmente. Bueno, París, San Sebastián y muchos de los lugares del mundo donde la moda empezaba a ser un estandarte de modernidad y lujo no apto para todos los ciudadanos.

—¿Se puede ser rica y ya está? —preguntó Felisa observando de lejos cómo la marquesa, con su redonda figura, caminaba dentro de su Chanel con soltura entre todos esos invitados a los que las ostras, el pato con chocolate de Truffau y las boutiques del distrito más lujoso de París, alrededor de la plaza Vendôme, no les producía el más mínimo asombro.

—A la vista está que se puede y que es tremendamente feliz —dijo Cristóbal, sonriendo justo cuando la marquesa engullía una ostra y sacudía con su concha al aire, con nada de delicadeza pero con toda la gracia del mundo, el humo del quinto cigarrillo de una Gabrielle Chanel que jamás probaba bocado, pero que apuraba sus copas de champán como si fuesen de agua.

Fuera, París atardecía en un naranja rojizo que incendiaba el cielo más allá de los sueños triunfalistas de Eiffel.

A Cristóbal le encantaba aquella habitación amplia que la madre de Hugo había decorado exquisitamente en blanco y gris en esa buhardilla parisina de la rue Lepic que tenían en la ciudad. Desde su terraza se veían, pulidas por el tiempo, las pizarras de los viejos tejados de París y sus gárgolas misteriosas.

Había una cama grande francesa, de madera blanca, llena de cojines y almohadones de lino blanco; dos butacones antiguos, también tapizados en lino blanco, y un pequeño escritorio lleno de cajoncitos que tenía siempre cuajado de papeles, de libros y de tabaco. Su carterita de piel marrón, siempre repleta de billetes y de papeles doblados al milímetro, también dormía por las noches en este batiburrillo de su escritorio.

Se había pasado otra noche en vela, mirándolo, admirando sus cosas en el silencio nocturno, tocando con delicadeza su cartera, sus guantes, el reloj de oro de bolsillo con cadena, que tenía grabada una corona real en su dorso, oyendo sus ronquidos y contando sus pecas de la espalda con la yema de los dedos. No podía imaginar la felicidad ya sin ellas. Eran como pequeños abalorios que iba bordando en el imaginario vestido de su piel, tan suave que parecía no pertenecer a ese aspecto, que era tan masculino que a veces hasta resultaba rudo. Y ese hombre, que podría pasar por un descargador de mercancías del muelle de Getaria, con su espalda ancha y fornida y su cintura apretada, se enfundaba unas mallas cada jornada para bailar de puntillas entre una docena de señoritas con tutú. Ese hombre curioso era su chico, el chico que le hacía soñar desde que recordaba su memoria y ahora, además, el guardián de sus sueños. Cuando casi amanecía se quedó dormido, pegado a su espalda caliente.

—Buenos días, señor dormilón, ya es hora de que te levantes, que me muero de hambre y llevo horas esperándote para almorzar —exclamó Hugo, corriendo las cortinas y dejando que el sol inundase la cama donde Cristóbal amanecía sin fuerzas aún ni para abrir bien los ojos.

Olía a café, a huevos con tocino, a pan tostado. Vivir en París a Hugo no le había cambiado los hábitos del desayuno.

—¿Qué hora es? —preguntó somnoliento, guiñando los ojos e intentando tapan el sol con una mano para poder abrirlos del todo.

—La hora de darle energía al cuerpo —respondió con una cuchara de madera en la mano y el delantal sobre el cuerpo desnudo.

—Te cogerás un resfriado por hacer tantas tonterías —dijo desde la cama, estirándose antes de incorporarse.

—No creo, soy un hombretón del norte —exclamó, arqueando los brazos sin soltar el cucharón para demostrar lo fuerte que estaba.

—Va, no seas bobo. ¿Qué hora es? —volvió a preguntar con ese tono con el que Hugo sabía que empezaba a impacientarse.

—Lo hago porque sé que te gusta y ya es mediodía, exactamente las doce y treinta y cinco. Llevas durmiendo como un angelito desde que dejé de notar tus dedos dibujando todas las pecas de mi espalda —respondió, tras acercarse al escritorio y abriendo la tapa de su reloj de oro.

—¿Estabas despierto? —preguntó, arrugando el entrecejo.

—Siempre lo estoy hasta que tú te quedas dormido —zanjó, tirando de su brazo y obligándole a levantarse de la cama. La cafetera ya silbaba.

—¿Qué representa esta corona? —preguntó Cristóbal pasando un dedo por la tapa de oro del reloj, mientras Hugo, de espaldas, ya había empezado a recoger sobre la pila del fregadero los platos de la mesa, con los pocos restos de un desayuno que habían apurado hasta que el sol estaba ya en lo más alto de Montmartre de ese día de otoño, frío y luminoso.

—Es la corona de la casa de su majestad el rey —respondió él sin dejar de apilar los platos bajo el chorro del agua.

—¿De nuestro rey? —Observó de nuevo el reloj, curioso.

—De don Alfonso León Fernando María Jaime Isidro Pascual Antonio de Borbón y Habsburgo-Lorena. Alfonso XIII, rey de España —contestó de carrerilla y con mucha teatralidad, haciendo una reverencia con las manos.

—¿El rey tiene todos esos nombres? —volvió a preguntar, incrédulo, sin soltar el reloj de la mano.

—¿Qué rey iba a ser si no? Y sí, tiene todos esos. Así se las gastan los Borbones —soltó risueño.

—¿Y por qué te sabes todos sus nombres? ¿O los has dicho al azar porque estas muy gracioso esta mañana?

—Son todos sus nombres de bautismo, me los conozco bien desde niño. Mi madre cuando le nombraba enfadada en alto lo hacía con todos sus nombres, sin dejarse ni uno —respondió con una carcajada.

—Qué cosas más raras hace tu madre. A la mía no se le habría ocurrido nunca aprenderse todo eso para acordarse del rey cuando se enfada, la verdad. Menuda trabajera —añadió, levantándose con las tazas y lo poco que quedaba en la mesa antes de irse a vestir.

—Ella es así, ya lo descubrirás —dijo Hugo con otra de sus sonoras carcajadas.

Cristóbal se fue al baño pensativo. Sabía que lo de descubrir cómo era la madre de Hugo era una frase hecha, porque le resultaba imposible imaginar que se diera el caso de conocerla hasta ese extremo. Ojalá, pensó, pudieran vivir juntos en España y que todos comprendieran sin miedos lo que sentían ambos en ese momento. Ojalá, se dijo resignado, no tener que estar escondiéndose de nada. Ojalá, volvió a decirse en voz baja a sí mismo, que toda esa sociedad estirada a la que vestía y de la que se rodeaba tuviera la misma complicidad y comprensión que la marquesa de

Trenvil. Tenía suerte de haberse topado en la vida con aquella mujer, a la que no tenía la necesidad de contarle nada porque estaba convencido de que ella lo sabía todo desde el primer instante en que se vieron. Seguro que conocía hasta lo más profundo y recóndito de sus sentimientos. Notaba cómo lo miraba cuando hablaba de Hugo, cómo le comprendía cuando explicaba desde un patrón a un lugar o un hecho, fuese lo que fuese. Incluso percibía la sensibilidad con la que le arropaba cuando se encontraba triste o desanimado. Todos esos años en Getaria, lejos de este París que ahora le hacía vibrar, notó cada momento de protección de la marquesa de Casa Torres, pero en su mundo laboral. Le sorprendía que con la marquesa de Trenvil hubiese establecido un vínculo tan estrecho y cómplice en unas pocas semanas. Ella no era como la sociedad donostiarra, nada tenía que ver con todas estas marquesas afines a la corte que se ruborizarían hasta el dolor si un día supiesen que él y Hugo dormían desnudos y se amaban en las noches parisinas. A menudo sentía que podría contarle cosas que ni se atrevía a contar a su querida Felisa Altuna y eso era tan fuerte que le unía invisiblemente a ella hasta la idolatría.

Estaba sentado en una de las butacas de la alcoba atándose los cordones de los zapatos cuando Hugo salió desnudo del baño.

—¿Aún estás así? No saldremos nunca de casa a este paso —dijo, levantándose con un soplido de protesta.

—Ni falta que hace —respondió él, juguetón, besándole la cara y el cuello, dándole pequeños mordiscos rebeldes en las orejas y lanzándolo a la cama para desnudarlo de nuevo.

La sala de la marquesa de Trenvil estaba tan silenciosa esa mañana que podía escuchar sus confesiones como con eco, como si se tratase de un reo en el foso de una cárcel donde retumbaban hasta los más silenciosos lamentos. Aun así, sus columnas azules de lapislázuli, sus espejos brocados, sus tapices y esa alfombra de pelo blanco donde te hundías en cuanto apoyabas un pie, cobijaron cálidamente esa primera mañana de tantas en las que Cristóbal, animado hacía días por la complicidad y las preguntas de la marquesa, se desnudó ante esa mujer rechoncha y vital cuyos ojos y sonrisas hablaban de la experiencia de una vida vivida sin cortapisas.

—No puedes volver a llamarme de usted, ni marquesa ni ninguna de esas tonterías. Desde hoy soy Amalia, debes tenerlo claro o no podremos charlar de nuestras cosas en total confianza —dijo ella con rotundidad, sin dar opciones a la protesta ni a la réplica en ningún momento.

—De acuerdo, acepto el reto, pero solo cuando estemos a solas, en público seguirá siendo obligatoriamente doña Amalia, la marquesa de Trenvil, porque si no nuestros secretos se esfumarán —respondió él, serio.

—Me parece correcto, así sabremos distinguir nuestras charlas privadas de las sociales, que son mucho más aburridas y ridículas a menudo, dónde va a parar —añadió, llenando dos copitas de cristal tallado con un licor ámbar que olía dulce y fuerte.

—Toma, brindemos —ofreció una copa a Cristóbal y levantó la suya en un amago de brindis al aire hasta que chocaron las dos.

—¿Qué es? —preguntó Cristóbal casi sin voz después de tragar de un golpe, imitando a la marquesa, el contenido de la suya. Un camino de fuego se abrió en su garganta. Notó cómo llegaba al estómago, abrasando placenteramente todo a su paso.

—*Grappa*. Un aguardiente de orujo que me trae un buen amigo desde Italia todas las Navidades. ¿A que es fantástica? —explicó, y volvió a llenar las dos copitas.

—Si me tomo esta segunda tendrá que venir el médico a levantarme del sofá —anunció con una ceja erguida.

—Pues te encantará mi médico, es guapo a rabiar, tiene los ojos azules y unas manos capaces de calentar un glaciar —dijo ella con una risotada burlona y tragando de golpe su segunda copa de licor.

Cristóbal se había quedado mudo, tampoco sabía muy bien qué decir, ni si lo del médico era una señal para arrancar los secretos a voces o si había sido una simple anécdota, pero cogió su copita y se la bebió de golpe. Si salía de esa, saldría de lo que fuese, lo tenía claro.

—¿Te ha comido la lengua un gato? No te asustes hombre, que ni la *grappa* te matará ni mi doctor será conocedor de nuestras charlas, al menos de momento. —Soltó otra de sus risotadas.

—Es un alivio saber ambas cosas —respondió con la lengua ya de trapo, como si todo el contenido de esas dos copas le hubiese emborrachado el cerebro en unos segundos. Notaba cómo le pulsaba en las sienas.

—Él es como tú, por eso sé que te encantaría conocerlo y descubrir a un nuevo amigo en París para hablar de las cosas personales de la vida.

—¿Como yo? —preguntó bajito, intentando descifrar si era la *grappa* la que le hacía entender lo que quería entender o si era la habilidad de la marquesa para poner sobre la mesa, sin miedo alguno, la realidad de su mundo clandestino.

—Como tú, un hombre sensible, cariñoso, educado, apasionado por la moda y por las artes. Como tú y como tu Hugo —añadió de golpe, y ya todas las cartas quedaron sobre la mesa sin más remedio que incitando a los contrincantes a jugar hasta terminar la partida. Aquí no había perdedores, todos ganaban.

Dos nuevas copitas chispeantes hacían pequeñas iridiscencias sobre la bandeja de plata cuando el sol las atravesaba. La marquesa miraba a Cristóbal con tanta atención que a veces parecía que ni parpadeaba.

—La primera vez que lo vi, en el parque del pueblo, sentí un pellizco. Era maravilloso. Caminaba como sin tocar el suelo. Entonces no sabía que bailaba. Y verlo tan fuerte, con las piernas y los brazos tan definidos, tan masculino, pero con esa delicadeza que parecía que flotaba... No te rías, pensé que era un ángel y que lo estaba imaginando, que solo yo podía verlo.

—¿Dónde sentiste el pellizco? —preguntó ella, llevándose la mano a la cintura que no tenía cuando estaba repanchingada en el sofá.

—Aquí mismo, bajo las costillas, como una pequeña descarga. —Se señaló sobre el pecho, en el lado del corazón.

—Cuando lo sientes ahí viene desde las mismas entrañas y no puedes hacer otra cosa que dejarte llevar —respondió ella, abanderándose en la nueva hechicera del amor a primera vista.

—Eso hice, dejarme llevar, en cada momento de ese verano.

—No se lo contaste nunca a nadie, estoy convencida —dijo ella con los ojos llenos de complicidad.

—Nunca, aquel verano en el que todo empezó yo apenas tenía doce años. ¿A quién le iba a contar que no podía dejar de pensar en mi amigo? —preguntó, sonrojándose en un segundo.

—A nadie, te entiendo perfectamente. Te habrían llevado a la iglesia para que te quitaran al demonio de dentro —dijo ella, carcajeándose y agitando los brazos como si estuviese poseída.

—Aquel verano fue el más feliz de mi vida, Amalia, te lo aseguro. No hacía falta más que una mirada para que mi cuerpo entrase en erupción. Y si me rozaba, aunque fuese sin querer, el pellizco se multiplicaba por todos los poros de mi piel...

París volvía a oler a mantequilla tostada y bollos calientes, como esos primeros días dulces de su llegada a la ciudad. Las cucharillas de los cafés tintineaban en las tazas de loza ahí abajo, no muy lejos. La gente llenaba, populosa, las terrazas a pesar de que el sol ya calentaba poco.

Cuando la marquesa abrió los grandes balcones que daban a la rue Cambon, en un amago de ventilar los mareos dulzones de la *grappa*, ese olor a cruasanes calientes de mantequilla de los cafés lo llenó todo.

—¿Es así como dices que huele tu chico? ¡Qué maravilla! —Se asomó al balcón respirando profundo y mirando al cielo entre las ramas de los camelios desnudos por donde el sol empezaba ya a filtrarse, anaranjado. La tarde caía y ni se habían dado cuenta.

—A mí me huele así hasta cuando suda —respondió él, ya desinhibido por el licor y con las mismas sonrisas alegres que su nueva amiga Amalia. Porque en ese momento, de verdad, fue cuando se dio cuenta de que la marquesa de Trenvil, aquella mujer del vestido de Chanel con las camelias de organza a la que había conocido años atrás en el jardín del palacio de la marquesa de Casa Torres, era e iba a ser su mejor cómplice, su mejor amiga y su mejor consejera.

—Yo creo que lo que huele así, en mayúsculas, es el amor —añadió ella, gritando, con los brazos abiertos desde el balcón, como abrazando la ciudad.

Dibujó un rectángulo con las medidas del alto delantero de la falda de la marquesa y una cuarta parte del contorno de su cadera, ya no tenía ni que mirar su cuadernillo porque se las sabía de memoria. Marcó desde la cintura hacia el bajo de la falda el alto de la cadera con un punto, como siempre hacían los modistos para iniciar el patrón de una falda. Unió ese punto con una línea recta con el contorno de la cintura para trazar una pinza. En un periquete tenía bocetado el delantero, que usó como base para dibujar la espalda. Bajó unos centímetros de la cintura y el centro en la línea de la pinza y después unió los puntos con una curva delicada hasta los costados. Marcó los piquetes y observó unos segundos, pensando en lo que haría después sobre el patrón base. Eso era lo que más le gustaba, convertir un boceto genérico en algo que iba enriqueciéndose y cobrando vida según volaba su imaginación. Pasar de una falda base a una generosa como esta que había ideado para las noches de la marquesa, que sería como una cala invertida con distintas medidas en el bajo delantero y trasero, no tenía para él mayor misterio que el de imaginar.

Cortó la tela al hilo sintiendo el rasgado en el silencio de la cocina. El olor a tierra húmeda del campo se colaba sólido por las ventanas que su madre dejaba abiertas de par en par para ventilar por las mañanas. Cogió los patrones de papel, los presentó sobre la tela y empezó a marcar con el jaboncillo cada pieza.

Hacía tanto que no cosía en casa esperando a que su madre regresase del mercado con las verduras y el pescado que volver a respirar esos olores —el de la tierra primero, el del jaboncillo y las telas más tarde y el del puchero después— le hacía sentir que la felicidad siempre iba a vivir para él en esa casita familiar de Getaria, por humilde que fuera, y por muchos lujos que le rodeasen en París o en cualquier otro lugar del mundo.

El pájaro carpintero martilleaba de cuando en cuando no muy lejos. Era como si nada hubiese cambiado. Nada te sujetaba más a esa sensación que el olfato. Cuando volvió Martina de la plaza, ya tenía todas las piezas cortadas e hilvanadas.

—¿Cómo ha podido darte tiempo a tanto? —Ella seguía admirándose de la maestría de su hijo con el metro, las tijeras y la aguja.

—Es un patrón fácil, mamá. Le voy a cambiar el talle a la marquesa y a hacerle el vuelo de la capa de la falda más corto por delante que por detrás. Quiere que se le vean mucho los zapatos, me ha dicho.

—Todo lo que le hagas le va a gustar. Lo sé —afirmó orgullosa.

—Eso espero —dijo escueto, sin levantar la mirada de la máquina, mientras enhebraba la aguja.

—¿A qué hora tienes que estar en palacio? —preguntó mientras empezaba a cortar las verduras para preparar un puchero de patatas y pescado, que sabía que era el plato preferido de su hijo fuese verano o invierno.

—Me dijo que con estar vestida antes de las ocho le bastaba. Hasta las nueve no llegan sus invitados.

—Pero no apures el tiempo, hijo, no vaya a ser que algo no esté a su antojo y no puedas arreglarlo. —A Martina le seguía admirando que la marquesa le encargase retos con tan pocos días, a menudo con horas, para cualquiera de sus eventos de sociedad.

—Estará terminado antes de que la marquesa se sienta a tomar el té de las cinco —dijo él con tal seguridad que vio cómo su madre miraba de reojo el viejo reloj de pared que marcaba en este momento, en el que la olla empezaba a hervir, las doce y media del mediodía.

—¿Lo tienes tan seguro? —preguntó sin darse ni la vuelta, sabiendo de antemano la respuesta y la cara de su hijo.

—Si no es así, tendrá que ir en ropa interior. Esa fue su arriesgada apuesta al encargarme el vestido —sentenció son una sonrisa.

Cuando Martina anunció que la comida estaba lista y la familia se iba a sentar a la mesa recién puesta, sobre el maniquí Cristóbal ya había montado el vestido de gasa azul noche. Un hombro desnudo y una cintura entallada.

—Un segundo, que ya lo tengo listo —anunció desde la sala.

Desde la puerta, en pocos segundos, su madre y sus hermanos empezaron a aplaudir la nueva proeza del maestro. La gasa parecía flotar hasta estando estática.

Martina imaginó a la marquesa de Casa Torres entrando en el salón principal del palacio de Vista Ona, los candelabros de plata encendidos, con su vestido azul profundo y sin que nadie pudiese quitarle la mirada ni un segundo.

Se lo puso con mimo. Ella aún descalza sobre la alfombra de su habitación, delante de un espejo inmenso de pie. Su piel olía a las rosas de antaño. Recordó aquella primera apuesta del primer vestido. Ya desde entonces sus encargos más importantes habían sido siempre retos, como si doña Micaela disfrutase poniéndole a prueba en situaciones que superaba con creces.

La observó de espaldas mirarse al espejo y cogerse la cintura con ambas manos en su delicado vestido azul noche, la parte de atrás casi tocando el suelo sin ser una cola, la delantera más alta, dejando ver los tobillos y sus zapatos de terciopelo azul.

—Sabía que volverías a hacerlo. Eres un maestro, querido Cristóbal, y serás eternamente maestro de los grandes. Te lo auguro —sentenció la marquesa sin dejar de admirar su cuerpo enfundado en la sutileza de esa gasa que Balenciaga había moldeado con exquisita precisión a su cintura y a su pecho para dejar que la falda volase.

—Gracias, marquesa, nada me gusta más que observar su cara —respondió él, henchido, contento de que sus creaciones consiguiesen siempre la felicidad absoluta de quien las encargaba.

—Me dijo la marquesa de Trenvil que te manejas como pez en el agua en París. Y que conociste por fin a Gabrielle Chanel —cambió de tema, abandonando el espejo de pie y acercándose a su tocador para ponerse las joyas de esa noche.

—Sí, es una mujer misteriosa e inquietante, la verdad. Fue corto el encuentro, pero suficiente para saber por qué París está rendido a sus tocados y sombreros —dijo él, afirmando con la cabeza.

—¿Fue agradable contigo? —preguntó con una sonrisa maliciosa, sabiendo que la respuesta no iba a ser afirmativa.

—Fue divertidamente altiva y sofisticadamente engreída —respondió Cristóbal sin titubear.

—No habría encontrado una descripción más certera, querido. Es exactamente eso, sofisticadamente engreída —añadió—. Sé que volverás a verla pronto, me ha dicho la marquesa que Gabrielle está preparando una cena íntima con artistas amigos y un puñado de vividores de Montmartre. Por lo visto, tiene intención de llevarte como acompañante para que disfrutes de esas reuniones codiciadas en toda la ciudad —anunció ante su asombro.

—No me ha dicho nada la marquesa, pero será un placer acompañarla a donde sea, por supuesto —confirmó.

—Pues te lo diré cuando vuelvas a París —aseguró, haciéndole un gesto para que se acercase y la ayudase a abrochar el collar de brillantes que había elegido para complementar el vestido de Balenciaga.

—Será divertido, no me cabe la menor duda. Las veladas con la marquesa de Trenvil son siempre locas y divertidas —dijo con una sonrisa.

—Con Capel serán aún más locas, ya me contarás —sentenció con otra sonrisa.

—¿Quién es Capel? —preguntó, perdido.

—Arthur Capel. Un jugador de polo, de buena familia y mala reputación. Un vividor reconocido. Y valedor de mademoiselle Chanel —respondió ella, tocándose femeninamente el pelo recogido, metiendo los cabellos que se habían salido de su sitio en su moño ahuecado y sin dejar de mirar en el espejo, maravillada, los destellos de los brillantes sobre su nuevo vestido azul noche.

1914

París, junio de 1914

Arthur Capel, conocido cariñosamente entre sus íntimos como Boy, era un tipo pintón, vividor reconocido, jugador de polo y empresario de ninguno y de mil asuntos. Era apuesto y muy divertido. Entraba en los sitios con la misma desfachatez que Hugo de Mungida Alcaraz, conquistando miradas y recibiendo favores. Y a los ojos más cotillas de la sociedad parisina era el valedor económico de Gabrielle Chanel más allá de su amante eterno.

En todo París eran sonadas las fiestas que hacían Boy y Coco para reunir, en plena turbulencia política internacional, a la flor y nata del mundo artístico. Pintores extravagantes, vedetes exitosas del Moulin Rouge, poetas polémicos y empresarios adinerados de toda índole se emborrachaban sin medida, ajenos al mundo y a la precariedad que traería la guerra, en el bullicioso apartamento de Chanel, atestado de humo de tabaco, de champán y de nubes de testosterona en esas noches de arte y farra.

Cuando estaban alcanzando el 21 de la rue Cambon, Cristóbal reconoció que le daba tanta curiosidad como pánico. Desde la calle se escuchaba el alboroto de la casa, sus balcones, abiertos de par en par, estaban ya abarrotados de gente y cigarrillos. Y ahí, entre mujeres emplumadas que fumaban en pipas largas francesas, estaba Hugo descamisado, moreno y sonriente. No le gustaban esos bullicios, ni los lugares atiborrados, ni que su amigo fuese un trofeo para todas las señoritas solteras o casadas de cualquier fiesta. Pero había algo en esa perdición de las noches de París que le despertaba un morbo inexplicable. Suponía que era más el hecho de que en tan poco espacio se reuniese gente con tanto valor creativo. Iban caminando hacia el portal cuando paró en seco.

—¿Qué pasa, hijo? Casi me partes el brazo —gruñó la marquesa de Trenvil, que se había puesto un tocado de plumas blancas tan grande, Chanel por supuesto, que costaba verle la cara enfurruñada si uno no se agachaba por debajo de su ala.

—Que no sé si me apetece mucho —respondió él, dubitativo, mientras desde lo alto Hugo gritaba que si no se daban prisa se acabaría el champán.

—Tu amigo es tan vulgar a veces que me acaloro —exclamó ella con una sonrisa más que burlona, y se tapó la boca teatralmente como intentando demostrar que se ruborizaba.

—Lo es —dijo rotundo, sujetando con fuerza a la marquesa para que no siguiese intentando reanudar el paso.

—¿Bueno, te decides o qué? No hagas caso a Hugo, en casa de Coco jamás se acabaría el champán. Boy no lo consentiría —añadió, con una carcajada tan esperpéntica que los invitados empezaron a reír y aplaudir desde los balcones.

—Solo si me prometes que si me angustio me sacarás de ahí antes de que entre en pánico. Porque nada me apetece menos que tener que estar a disgusto durante horas en un lugar atestado de borrachos y viendo cómo Hugo está en su salsa —respondió él, apretando su brazo.

—Prometido. Pero cuando eso pase ya no habrá motivo para que yo te ayude. Tendrás a tu Hugo pendiente de ti, estoy convencida —zanjó ella, y volvieron a caminar hasta alcanzar el umbral de la casa.

Una fuente enorme de cristal traída desde España por encargo de Capel, que solía tener excentricidades tan curiosas como esa, albergaba sobre una gran mesa central que servía de bufé una docena de botellas de champán metidas en hielo picado que un camarero, de impoluto y pomposo uniforme, iba cambiando a medida que se consumían.

—Querida Amalia, cómo me alegra que hayas venido con el joven Balenciaga —dijo Coco, sin mirar a la marquesa, clavando sus ojos profundos en los de Cristóbal con una copa alta de champán en una mano y en la otra su eterno cigarrillo.

—Un placer volver a verla, mademoiselle Chanel —respondió él con una simple sonrisa, devolviendo un saludo sin manos.

—Amalia, ha venido Picasso con Apollinaire, no te olvides luego de preguntarle por sus perritos, que sabes que es tan irreverente como sentido. El poeta, digo. Del otro no tengo nada que decirte, que ya sé que te fascinan sus garabatos azules —dijo con una sonrisita torcida y tanta ironía que hasta Cristóbal supo que se mascaba la tensión.

—Ya los veo —respondió la marquesa, ladeando el tocado para saludar con la mirada a Pablo Picasso, que le devolvió un guiño de ojo desde uno de los balcones, donde fumaba con Hugo y con un par de señoritas ataviadas con vestidos atrevidos bordados con cristal.

—Pedid champán, está helado y entra bien con este calor —añadió Coco antes de volver a pulular entre los invitados.

—¿Ha sonado a despecho o me lo ha parecido? —preguntó en cuanto se alejó entre los invitados de la fiesta.

—Te ha parecido bien. Dicen las malas lenguas, pero a escondidas porque nadie quiere ofender a Boy, que tiene un romance con el pintor —dijo bajito la marquesa.

—¿Y Capel no sabe nada? —No salía de su asombro al ver a los dos amigos compartir brindis, charla y risas mientras mademoiselle Chanel se paseaba triunfal con su cigarro y su copa entre la concurrencia.

—Hay secretos a voces que se saben, pero se callan. ¿Para qué remover los dramas si algo no tiene vuelta atrás? —preguntó, sorbiendo el resto de su copa de champán antes de pedir que volviesen a llenársela justo cuando Hugo se acercaba por fin.

—No quería interrumpir vuestra animada charla con la anfitriona —explicó. Saludó con un beso en la mano a la marquesa de Trenvil y pasó un brazo por encima de los hombros de su amigo.

—Pensé que no vendrías nunca, hijo, mira que te haces de rogar —dijo la marquesa, pellizcándole con tanta fuerza un moflete que soltó un ahogado lamento para no tener que gritar.

—Veo que llega con fuerza, marquesa, eso es que ya viene bien cenada —respondió él, devolviéndole con ironía la maldad de su pellizco.

—Y yo veo que todo el dinero de la corte que se gastó tu padre no sirvió de mucho porque sigues siendo un niño descarado y deslenguado. Pero me encanta —apostilló ella con una sonrisa de oreja a oreja, viendo cómo a Hugo se le encendían los mofletes y enmudecía sin saber qué añadir.

Cristóbal observó a su amigo incrédulo, nunca tardaba tanto en replicar ni se sonrojaba fácilmente.

—Bueno, brindemos con mucho amor por este bonito reencuentro, que nada ni nadie nos agüe la fiesta —rompió de golpe el incómodo silencio que se había creado en unos segundos y levantó su copa después, mirando a los ojos de ambos para chocarla en el aire antes de apurarla de un trago.

El escote en pico era su favorito, decía, porque era la única manera en que se podía ver todo aquello que los hombres querían intuir de una mujer más allá de lo imaginable. Y si ese escote se cruzaba, Balenciaga era un maestro para ensalzar cualquier busto y convertirlo en sublime, lo cual era un placer de dioses para la marquesa de Trenvil, que creía, y no sin parte de razón, que esa silueta disimulaba su cintura perdida. Si es que alguna vez la había tenido.

—No lo hagas con miedo, ajústalo bien, aunque me cueste respirar —dijo, tomando aire y enmudeciendo después.

—Amalia, no pienso ser el responsable de que revientes en tu cena antes de que empiece el cóctel —sentenció Cristóbal.

—¡Qué exagerado, por Dios! —exclamó ella, volviendo a soltar el aire de golpe liberándose de la tortura sin disimular.

—El otro día me quedé con una duda.

—¿Qué duda? Suéltalo antes de que se te pudra por dentro —dijo con su habitual sarcasmo mientras él seguía arrodillado, cogiendo con alfileres la medida de la cinturilla.

—¿Qué quisiste decir con el dinero de la corte? —preguntó con la boca torcida porque tenía dos alfileres sujetos entre los dientes.

—Ahora respiro mejor. Tenías razón, quizá no es bueno que reviente el vestido en plena cena ante tan ilustres invitados —cambió de tema haciéndose la loca.

—A veces eres muy cabezota y te cuesta que te diga la verdad, pero vas a estar mucho más cómoda y más elegante si te dejo la cinturilla drapeada y no tan tensa. Te hará la cintura más estrecha de manera sutil. Como en un trampantojo.

—¿Me estás diciendo que tienes que engañar a los ojos de mis invitados para que crean que estoy más delgada? —preguntó con un bufido.

—Eso es la moda también. Pintar o esculpir sobre nuestro cuerpo lo que queremos mostrar al mundo.

—Me gusta, sí, señor. Haz de mi cuerpo una escultura y la historia y yo te lo agradeceremos eternamente —gritó ella sarcástica.

—Tampoco me pidas milagros —dijo con sonrisita irónica.

—Aunque intentes hacerte el maligno, eres dulce como los cruasanes a los que huele tu amor —afirmó.

—Sí, muy dulce e inocente —respondió irónico.

—Pues mucho más de lo que haces ver. Y vulnerable, lo sabes. Por eso voy a protegerte siempre que me necesites —dijo ahora con infinita ternura.

—¿Qué querías decir con el dinero de la corte el otro día en la fiesta? —insistió él, como si no lo hubiese preguntado antes.

—No sé a qué te refieres.

—El otro día le dijiste a Hugo que era un deslenguado y que de nada le había servido a su padre el dinero de la corte gastado en su educación. ¿Qué querías decir?

—¿Eso dije?

—¿Tanto champán tomaste que no lo recuerdas?

—Será que no lo recuerdo porque era una frase hecha, no tiene ningún significado concreto —mintió.

—¿Pero a qué corte te referías? —insistió de nuevo, cabezón.

—A la del rey Arturo —respondió con una carcajada.

Terminó de ajustar el escote, cogió la cinta y midió de las sisas al talle, anotó con un lapicero afilado en su cuaderno de notas y respiró.

—Listo. Te lo quito mientras tomamos el café y te lo remato en un suspiro.

—Eres maravilloso —respondió ella con admiración, aliviada de que no hubiese insistido en su duda y conocedora de que se había equivocado en aquella crítica y de que su amigo Cristóbal era mucho más noble e inocente de lo que ella creía.

—Roncas.

—No ronco.

—Roncas cada día más.

—Nunca he roncado.

—Pues debe ser que lo has ido acumulando toda tu vida para soltarlo ahora y no dejarme dormir.

—Pues nadie me ha dicho nunca que ronque.

—¿Nadie?

—No. Eres el primero.

—¿Con tantos duermes?

—No seas bobo.

—No lo soy.

—Pues a veces te empeñas en parecer que estás celoso.

—No soy celoso si no me dan motivos.

—¿Te los he dado?

—No lo sé. Dímelo tú.

—Pues entonces dejemos esta conversación infantil y bajemos a la calle a desayunar, que es verano en París y me encanta el verano —dijo gritando y agitando los brazos y las piernas desnudo sobre la cama. Por el balcón, abierto de par en par, entraba el bullicio ya de los tenderos y el sol, que inundaba la cama de luz.

—Yo echo de menos España. Creo que ya es hora de ir a Getaria.

—¿Te acuerdas de aquel verano? —le miró con cariño.

—Me acuerdo como si fuese ahora mismo el día que atravesaste el parque antes de que rompiese la tormenta y desaparecieras. Pensé que eras un sueño —respondió Cristóbal emocionado.

—Yo quiero volver a un verano como ese, juntos. Los dos solos y el mundo. Estaría más que bien —sonrió Hugo.

—Sería un sueño.

—Termino las clases en poco más de una semana y pensaba pasar el mes de julio en Los Robles.

—Yo quiero pasar todo el verano en casa también con mi familia. No volveré a París hasta el otoño.

—¿Volverás a esta casa conmigo?

—Aún no lo sé, me han ofrecido un trabajo en Burdeos, en una prestigiosa casa de costura, puede que tenga que viajar.

—Lo hablaremos entonces durante el verano, si te parece.

—De acuerdo. Pero roncas —volvió a la carga.

—No ronco. Respiro fuerte porque soy un hombretón regio del norte.

—¿Regio?

—Sí, regio.

—¿Real?

Tres segundos de silencio llenaron por completo la alcoba de la rue Lepic. Hacía calor en París y no se movía ni una hoja. El sol abrasaba ya los tejados de pizarra y no era mediodía aún.

—Regio. Grande. Fuerte.

—¿Y real? —insistió Cristóbal.

—Voy a ser tu rey siempre que tú me dejes —respondió Hugo con un beso en los labios y saltando desnudo de la cama para meterse en el baño.

Getaria, verano de 1914

El mercado bullía. La sombrilla blanca de chantilly de la marquesa de Casa Torres pululaba saltarina entre la gente y los puestos de verdura. Le gustaba observar en la distancia, años después de descubrirla, cómo doña Micaela se desenvolvía grácil entre los comerciantes y los vecinos. Llevaba un vestido ligero de batista azul pastel con rayas blancas, por encima del tobillo, con tanto vuelo que parecía flotar divertido sobre los adoquines históricos, sorteando las mondas de la fruta que llenaban el suelo. Era un espectáculo que le devolvía a sus veranos de infancia y a sus inicios.

Allí estaban los puestos de toda su vida, la frutera, el pescadero, el señor gruñón de los quesos apestosos que sabían a gloria bendita, Elisa, la vieja florista cotilla pero entrañable a la que su madre compraba siempre cualquier flor, por modesta que fuese, para meterla en un tarro de cristal en cuando llegaba a casa y que todo oliese a eterna primavera.

Había cambiado mucho la vida. La suya al menos, pensó. Ya no era el niño de pantalones cortos y mil sueños por cumplir, que pintaba con tiza bocetos y figurines en las aceras. Pero su mundo seguía siendo el mismo. Ese mundo alrededor de su mar del norte, de ese mercado popular de pescados brillantes y frescos, de frutas y verduras mirando al puerto bajo un cielo azul intenso y en el aire, volando al ritmo de multitud de pájaros, el tañido de las viejas campanas de la iglesia de San Salvador. Cerca de ese bullicio, la casita familiar de pescadores que miraba al campo por encima del mar y donde su madre estaría guisando en ese momento, estaba seguro, un marmitako de atún porque sabía que era su plato favorito. Y la vida seguía allí su curso, tranquila y bucólica, a pesar de que el mundo se enfrentase con los soldados y los tanques de no sabía bien qué guerra, por conquistar no sabía qué dichosos imperios.

Cuando la marquesa ya volvía hacia su coche con la doncella, llenas las cestas de mimbre de verdura y fruta, de flores y de algún capricho artesanal de verano, Cristóbal salió a su encuentro.

—Buenos días, señora, me encantaría hacerle un vestido tan exquisito como el que lleva ahora mismo, ¿aceptaría el reto? —asaltó a su vieja mentora, que sonrió abiertamente tras el susto.

—Pero chavalín, ¿tú sabes coser? —preguntó ella, coqueta, como hiciese años atrás ante aquel niño de ojos curiosos y ganas de beberse el mundo.

—Solo para señoras tan divinas y exigentes como usted —respondió con una de esas sonrisas limpias que enamoraban a doña Micaela.

—A ver si eres capaz de copiar este Balenciaga. Por si no lo conoces, es un joven maestro de esta tierra nuestra. No se prodiga mucho porque está explorando el extranjero, pero cuando viene nos alegra la vida —siguió sonriendo.

—Me suena, me han dicho que es un tipo curioso, a veces me lo encuentro en el espejo de mi alcoba.

—¡Será figón! —exclamó la marquesa.

Se abrazaron.

—Ya es verano oficialmente porque has llegado —le dijo en un susurro al oído sin soltarle.

—Yo no sé vivir fuera de casa cuando llega el verano —respondió él con los ojos emocionados.

La marquesa de Alto Aragón desembarcó en Getaria como una artista de variedades. Un sinfín de baúles, cajones llenos de enseres y ropa, sombrereras y cestos eran metidos por el servicio desde la entrada de Los Robles hasta su inmensa habitación del palacio.

Hugo llegó en mitad de ese caos y sin que le diese tiempo a darle la sorpresa a su madre, la escuchó gritando su nombre como una loca al bajar la imponente escalinata que invadía el *hall*.

—¿Pero por qué nunca me avisas del día que llegas? —preguntó, besuqueándole por toda la cara y sin soltarle de sus brazos.

—Porque me encanta que te pongas así de loca. Cualquiera día me asfixiarás con tus besos de abuela —respondió, intentando escabullirse sin éxito.

—¿Cómo te va en París? Hace semanas que no me llamas ni me escribes —protestó enfurruñada.

—Me va de maravilla, mamá, tengo que contarte tantas cosas que no sé ni por dónde empezar —dijo él, sonriendo.

—Pues cuéntame ahora mismo, no puedo ni quiero esperar. Porque luego desaparecerás y ya no te veré hasta la hora de la fiesta, que te conozco bien.

—¿Qué fiesta? —preguntó con el ceño fruncido.

—La de bienvenida del verano que hacemos esta noche, hijo, como cada año.

—Pero ¿es hoy? Si acabas de llegar de Zaragoza. No te va a dar tiempo a preparar nada. Seguro que no tienes ni qué ponerte —intentó razonar como si esa excusa le fuese a librar de las dichosas fiestas de sociedad que hacía su madre y que tanto le aburrían.

—Pues te equivocas, señorito. Me voy a poner el último vestido de verano que me hizo Balenciaga el año pasado y que no llegué a estrenar porque se nos echó encima el mal tiempo. Es maravilloso, de seda marfil, como una bata con escote. No sabría definirlo, pero me tiene enamorada. Ahora que todo el mundo habla, habla y habla de Balenciaga y yo tengo sin estrenar uno de sus modelos exclusivos. ¿No es absolutamente fantástico? —preguntó, tomando aire después de soltar toda su parrafada como una cotorra.

—Es embriagador —respondió él con lacónica ironía. Le chirriaba que su madre hablase siempre de Cristóbal como si fuesen unos desconocidos.

—¿Nos sentamos un rato fuera y me cuentas? —preguntó, y tiró de su mano hacia el jardín, donde parte del servicio de palacio estaba ya montando las mesas y las sillas para la fiesta.

—Mejor mañana, mamá, con más calma. ¿No te parece? —se escabulló Hugo de tener que contarle a su madre cosas que sabía que no iba a digerir tan fácilmente.

—Como quieras, hijo, pero me quedo con las ganas —sonrió ella condescendiente.

—Así mañana te lo tomas todo mejor. —Soltó una carcajada, levantándose y dándole un beso en la frente antes de desaparecer.

—¿Qué harás hoy?

—Voy a cambiarme de ropa y me voy en un rato a recoger a mi amigo Cristóbal, ese que te ha vestido para esta noche. Nos vamos de excursión —recalcó con intención la palabra amigo para ver si su madre entendía que no era un extraño para él. Pero ella con la fiesta, pensó, tenía suficiente tarea como para ponerse a descifrar lenguajes y sentimientos.

—Muy bien, hijo, pero no vuelvas tarde, te lo ruego. A las nueve llegarán nuestros invitados —le anunció sin darle más importancia a ninguna de las palabras que le había dicho Hugo.

—Descuida —respondió sin darse la vuelta. El jardín ya era un hervidero de gente que trabajaba para tener todo listo antes de que cayese la tarde.

El río seguía estando helado. Eso no cambiaría nunca. Metió los pies despacio, primero la punta de uno, notando cómo el frío paralizaba los dedos, después por completo hasta el tobillo, apretando los dientes. Cuando iba a meter el segundo llegó el chapuzón desde atrás y las risas contagiosas de Hugo que volvía a ser de golpe, como si la vida no hubiese seguido su curso, aquel niño con cuerpo de hombre que se zambullía en el río sin miedo y le salpicaba hasta hacerle caer.

—Siempre me haces lo mismo. ¡Te mato! —gritó Cristóbal, empapado, intentando salir del agua.

—Me amas —respondió, y lo abrazó por la espalda, reteniéndolo en mitad del río, comiéndoselo a besos.

Pensó que la vida ahí nunca podía ser triste porque todo lo que recordaba su memoria era bonito, efervescente y estival, hasta cuando no era verano.

—Eres incorregible, la verdad, pero si lo que quieres es escucharlo, pues sí, te amo. ¿Contento? —preguntó enfurruñado.

—Feliz —respondió él, volviendo a salpicarle y saliendo corriendo del río sin poder parar de reír.

Habían llevado la vieja cesta de mimbre para el picnic. Queso, pan de hogaza recién hecho envuelto en un trapo seco y limpio, tomates, embutido, una tortilla de patata y chorizo que le había preparado su madre, fruta y vino. Cristóbal extendió una manta escocesa de cuadros en la ladera que daba al mar. La línea del cielo se hundía en él, empastando sus azules tan distintos. Eran como Hugo y él, pensó, azules muy diferentes, pero que se fundían a la perfección. Cortó la tortilla en dos medias lunas, abrió el pan, lo frotó con tomate y aceite y metió cada mitad.

—Esto es un bocata familiar, a ver si te lo terminas —anunció con ironía, sabiendo que Hugo era capaz de comerse el suyo también.

—Igual me quedo con hambre —respondió, dándole el primer bocado y gimiendo de placer.

Se había quedado dormido bajo su cabeza. Cristóbal se acomodó a un lado para no despertarlo y tiró de la manta, la siesta a la sombra del norte tenía esos placeres. Pasó la tarde tocándole el pelo, él ronroneaba, y observando el oleaje del mar a lo lejos hasta que se puso el sol y era hora de volver, tenían que estar en la fiesta de Los Robles en menos de una hora.

Plegado bajo la manta estaba el periódico que habían leído en alto antes de comer. Contaban que Alemania estaba contra Europa y que todas las naciones del viejo continente se alzaban en armas en la Gran Guerra sin que nadie pudiese remediarlo.

—¿Qué me miras? —preguntó Hugo bajito, despertando de aquel placentero letargo en el que entraba cuando le sobaban la cabeza.

Allí, como escondidos en una burbuja de las noticias de la guerra mundial, ellos y los grandes de la aristocracia europea pasaban ese verano en la España neutral, ajenos a todo el horror del conflicto. Las tiendas de moda bullían, los hoteles y los cafés históricos siempre estaban llenos.

—Lo guapo que eres —respondió con ternura infinita.

—Eso tú —dijo, guiñándole un ojo y desperezándose.

—¿Crees que estaremos más tranquilos aquí que en París? —pregunto Cristóbal dubitativo.

—¿A qué te refieres?

—A la Gran Guerra. La prensa dice que somos neutrales, pero a mí me intranquiliza la situación.

—Coco Chanel dice que los ricos seguirán viviendo como ricos siempre, incluso cuando algunos dejen de serlo. Y tú y yo trabajamos para ellos. ¿Crees que van a dejar de vestirse? ¿O de comer? ¿O de hacer todas esas cosas que les distraen de los males del mundo?

—Eso me parece una frivolidad —respondió serio.

—¿Y qué tiene de mala la frivolidad? —Cristóbal calló. No supo bien qué responder. Hugo añadió—: No leas todo lo que dice la prensa, ni creas todo lo que escuchas. Todo pasará, ya lo verás, y no nos habremos dado ni cuenta.

Lo miró y le dio un beso largo.

La marquesa de Trenvil había elegido para la primera gran fiesta del verano un vestido Balenciaga rojo de seda, la cintura marcada, la falda amplia, voluminosa y contundente, como una gran flor, y el escote barco limpio y amplio. Llegó la primera a Los Robles, todas las candelas del jardín ya estaban encendidas y los camareros dispuestos con sus uniformes impecables.

La marquesa de Alto Aragón salió al encuentro de sus primeros invitados con su Balenciaga de seda en marfil, un vestido bata voluminoso con el escote abierto en un pico profundo y los cuellos elevados sobre las clavículas. Un primer murmullo sonó silente entre los corrillos.

Cristóbal llegó discreto, Hugo aún debía de estar vistiéndose, y se apostó en una esquina del jardín, entre los árboles, para ver cómo aquellas damas paseaban sus creaciones entre la aristocracia española.

Habían empezado a servir los aperitivos, Los Robles era ya un hervidero de señoras con sus vestidos largos de noche y de caballeros ceremoniosos con sus trajes negros, sus corbatas blancas y sus zapatos de charol, cuando hizo su entrada la marquesa de Casa Torres. Un rumor de admiración fue creciendo hasta invadir toda la finca. Cristóbal ladeó la cabeza en la distancia para observarla discretamente. Su abrigo negro de seda bordado, como un quimono oriental, sobre aquel vestido champán, levantó el mayor rumor de la noche.

—Estás maravillosa, querida, absolutamente maravillosa —recalcó la anfitriona al acercarse a saludar a su amiga.

—Lo mismo te digo, querida Sofía —respondió ella, observando la magia con la que su protegido, aquel niño que se había hecho adulto y maestro en esos años, dotaba a cada una de las prendas que cosía.

—Estamos guapas las tres, la verdad —añadió la marquesa de Trenvil, sabiendo que sus dos amigas no tenían intención de piroppearla porque les bastaba con observarse la una a la otra, con más envidia que admiración, para convencerse de que cada una de ellas era lo más elegante de la noche.

—Están ustedes espléndidas, muy señoras mías —interrumpió Hugo, peinado y acicalado como un pincel dentro de su sastre oscuro, la sonrisa tan blanca como irónica.

—Querido, pero qué guapo estás desde que te fuiste a París. ¡Te sienta bien la dichosa Francia! —exclamó la marquesa de Casa Torres ante la sonrisa embobada de su madre, que sabía

que su hijo era el tipo más envidiado por todas las señoritas de la alta aristocracia, que serían capaces de desposarse esa misma noche con tal de no perderse el partido que creían que era.

—Lo confirmo —sentenció la marquesa de Trenvil justo cuando Cristóbal aparecía en la escena.

—¿Qué confirma usted, marquesa? —preguntó a su amiga Amalia, cumpliendo aquella promesa de no tutearla en público por muy buena amistad y complicidad que hubiesen forjado en París durante los últimos meses de secretos y *grappas*.

—Que no había un caballero más apuesto que Hugo de Mungida Alcaraz en esta fiesta hasta que llegó su... su nuevo vecino parisino. O sea, ¡tú! —Soltó una grandilocuente carcajada tras un segundo de duda.

—Gracias por todo tu arte —cambió de tercio la marquesa Casa Torres—, estoy feliz con este jardín oriental que me has bordado en esta bata. Creo que podría dormir con ella para no despertar de un bonito sueño —dijo con devoción.

—Gracias a ustedes por seguir encargándome sus sueños, marquesas —respondió Cristóbal con una reverencia ante las tres damas antes de excusarse para ir a servirse un refrigerio.

Pasaban lentas las horas de aquellas fiestas que para las damas de sociedad eran un regocijo, para los caballeros una elegante manera de obviar a sus esposas y reunirse de charla y fumeteo con los amigos y para la marquesa de Trenvil un engorro, porque nunca sabía cuándo dejar de beber para no meter la pata, ya que enseguida se le soltaba la lengua. En mitad de ese tedio, Cristóbal escuchó a Hugo chistarle desde el final del jardín, parecido lugar por el que le siguió tantos años atrás en aquella primera fiesta en Vista Ona para perderse hasta alcanzar el río. Y como dos niños, se descalzaron los zapatos de ceremonia, se remangaron sus trajes hasta las rodillas y bajaron de la mano hasta el mismo río para pasar la noche a solas tumbados bajo un cielo lleno de infinitas estrellas.

—¿No vas a decir nada? —preguntó la marquesa a su hijo mientras se servía el té en la mesa del desayuno. Hugo mojaba pan en dos huevos fritos con beicon. El sol inundaba el jardín.

—¿Nada de qué? —respondió con la boca llena.

—De tu misteriosa desaparición de anoche —dijo su madre, moviendo con impertinencia la cucharilla de plata dentro de la taza de Limoges.

—Cumplí con creces el tiempo de permanencia protocolario hasta que me aburrí por completo —explicó con naturalidad.

—¿Fue entonces cuando decidiste huir con Cristóbal por el bosque? —preguntó ella inquisitoriamente.

—¿Huir? Cuando te pones dramática eres la reina, mamá —dijo, sabiendo al instante que la frase era la menos adecuada cuando su madre perdía la paciencia.

—¿Qué hacéis Cristóbal y tú tanto tiempo solos?

—Lo que hace la gente cuando está con los amigos que quiere, disfrutar de la vida. ¿No te parece, mamá?

Ella guardó silencio unos minutos tomándose el té a pequeños sorbitos, observando cómo su hijo seguía mojando en la yema de los huevos y se hacía un emparedado con el resto del pan horneado y con el beicon crujiente.

—Pues sí que te has levantado con hambre, hijo —añadió ella, bajando el tono porque lo que menos deseaba era enfadarse con él. Necesitaba saber y protegerlo, no importunarlo.

—El verano me da más hambre —intentó vocalizar mientras daba un mordisco al enorme bocadillo.

—¿Qué sientes, hijo?

—Placer cuando como todas estas cosas que engordan y que mi tutor del conservatorio me tiene completamente prohibidas. —Sonrió de nuevo con la boca llena.

—Me refiero a tu corazón.

—¿Qué le pasa a mi corazón? —preguntó con la pasividad de quien no sabe a qué se refieren los que interrogan o no quiere saberlo.

—No lo sé, por eso te lo pregunto, Hugo. Me gustaría saber si eres feliz, si existe alguien que te haga sentir bien, si estás enamorado —bajó la voz cuando una de las doncellas salió al porche

para preguntar si necesitaban algo más en el desayuno.

—No me trata mal la vida, mamá. Estoy contento con lo que hago, me apasiona bailar, tengo el corazón sano y fuerte, me gusta vivir en París y veranear en Getaria. ¿Qué más puedo pedir? —preguntó, levantándose de la mesa y estirándose como si acabase de despertar, mirando al centro del jardín, donde el sol robaba destellos al agua de la fuente.

—Me alegro, hijo, me alegro mucho. Solo quiero que sepas que puedes contarme cualquier cosa, que nada me extrañará ni me alejará de ti porque eres toda mi vida. ¿Lo sabes? —dijo lastimera, observando cómo su niño, aquel enano travieso, se había convertido en tan poco tiempo en ese pedazo de hombre, fuerte y saludable, que era capaz de desayunarse media hogaza de pan con beicon y huevos fritos sin que se le inmutase ni medio rizo de su pelo, que seguía siendo ensortijado y lo único infantil de su potente anatomía.

—Lo sé, mamá. Lo sé bien. Y te prometo que una de estas noches, cuando estemos los dos solos y tranquilos en el jardín mirando las estrellas, te contaré muchas cosas de París y de mi corazón. —Le dio un beso en la frente, ella sonrió embobada, y se subió a su cuarto para prepararse. Había quedado en acompañar a Cristóbal a hacer gestiones en San Sebastián.

Cuando llegó al jardín de la marquesa de Trenvil, después de recorrer andando los pocos kilómetros placenteros que separaban sus casas de Getaria, bordeando la colina que les aupaba sobre la inmensidad del mar, ella ya estaba sentada con la mesa dispuesta para la comida y una sonrisa de complicidad. Le gustaban aquellas comidas con su amiga, cuando en la confianza dejaba de ser la marquesa para convertirse en Amalia, su confidente, su asesora del amor, su caja de los secretos. Había preparado pollo asado con patatas y tomates al horno y una ensalada fresca de verano, con hortalizas de su propia huerta.

—Huele de maravilla —dijo Cristóbal, acercándose a abrazar a su amiga, que se había puesto un vestido suyo, ligero, de lino vainilla, muy veraniego y un canotier de Chanel con camelias blancas de impoluto algodón.

—¿El pollo o yo? —preguntó ella con su habitual ironía.

—Ambas delicias —respondió, provocando una carcajada en su anfitriona.

—¿Qué tal está Hugo? Hace días que no coincidimos. —En verano todos se veían en el mercado, por el pueblo o en cualquier rincón entre Getaria y San Sebastián donde solían frecuentar los mismos lugares.

—Pues ha tenido que subir a París a recoger algunas cosas, con la incertidumbre del conflicto, cree que se quedará en España un tiempo, al menos hasta que veamos cómo se desarrolla todo. Yo estoy intranquilo.

—No lo estés, somos neutrales, no estamos en peligro. Dicen en los corrillos políticos que va a ser un buen período para la comarca, muchos aristócratas europeos se están instalando entre San Sebastián y Biarritz para pasar tranquilos el estallido bélico. Me han chivado que Chanel ha huido de París y se ha establecido en Deauville, pero que ahí hace mucho frío y que quieren bajar a Biarritz. En cualquier caso, todo este trajín de la Gran Guerra nos traerá más beneficio que sacrificio, estoy convencida.

—Me maravilla tu optimismo, Amalia, no sé cómo lo haces. —La miraba con absoluta admiración.

—Durmiendo bien, comiendo bien, disfrutando de las cosas más simples de la vida y no dándole vueltas a lo que no se puede cambiar. Es la mejor manera de ser feliz y no complicarse el cerebro —sentenció ella.

—Pues yo me niego a no cambiar las cosas cuando no me gustan —protestó.

—Está muy bien luchar por cambiar las cosas que creemos justas, pero no podemos combatir una guerra con una pistolita de juguete. Es decir, que cuando hay cosas que jamás podremos cambiar es inútil derrochar toda nuestra energía en intentar hacerlo sin éxito.

—Quizá tengas razón.

—Yo, por si te ponías tontorrón, te he traído *grappa*. Eso, con cierta medida, lo arregla todo muchas veces —soltó ella una carcajada.

—No pienso volver a caer en esa venenosa trampa, que luego me sonsacas todo tipo de informaciones y después no me puedo mover en dos días —avisó Cristóbal.

—No seas cobarde, ¿no venías a contarme algunos secretos? —preguntó ella curiosa.

—Más bien a que me los desvelases tú —anunció.

—¿Yo? Uy, yo casi no tengo secretos, y los que me quedan lo serán eternamente, me temo.

—No me refiero a los tuyos —dijo, observando cómo el rostro de su amiga se ceñía en una curiosa interrogación.

—¿Entonces?

Hubo un minuto de silencio en el que Cristóbal se pensó bien la pregunta mientras la marquesa se llenaba ya, apurada la comida y antes de que les sirviesen el café, la primera copita de *grappa*.

—Habla de una vez, me tienes intrigada —gruñó.

—Un día que estabas enfadada con Hugo, hace tiempo, dijiste que era incorregible y un deslenguado y que de muy poco le había servido a su padre todo el dinero de la corte para su educación.

—No sé de qué me hablas, ¿a ver si lo soñaste? —volvió a hacerse la tonta la marquesa sin conseguirlo.

—Amalia, no me hagas pasar por un pobrecito con lagunas mentales. Sabes muy bien de qué te estoy hablando —insistió.

—Nunca te he tomado por tal cosa, querido Cristóbal, te tomo por un ser altamente cualificado.

—En una ocasión me lo negaste, no habrá una segunda vez —dijo él con seguridad cogiendo la botella de *grappa*, llenando de nuevo la copita de su amiga y poniéndose su primera, a pesar de su negativa inicial.

—Me pareces un hombre brillante, inteligente y listísimo.

—No seas adúladora, que los amigos nunca son objetivos, y respóndeme de una vez. Te lo ruego.

—No soy adúladora. Te veo así, brillante. Y tú y yo sabemos bien que ser inteligente y ser listo no son la misma cosa. El mundo está lleno de hombres y mujeres listos, algunos buenos, otros muy malos. Luego están los inteligentes malignos, los que usan esa inteligencia para combatir, para dañar, para beneficiarse ellos a costa de lo que sea y de quien sea sin más afán que su propio ego. Son inteligentes, pero tremendamente estúpidos. Así es el ser humano muchas veces, amigo. Y de la gente que debería estar llena el mundo, de las personas inteligentes y nobles, buenas de corazón, de esas que nos hacen siempre bien y que no podrían tener maldad jamás, viniese como viniese la vida, de esas que no entienden las palabras egoísmo y rencor, de esas andamos muy escasos —soltó de carrerilla, casi sin respirar.

—¿Y esas quiénes son? —preguntó, levantando una ceja e irguiéndose por encima de la mesa.

—Tu madre es un claro ejemplo de mujer inteligente y noble, buena de corazón y generosa —respondió ella con ternura.

—Gracias —dijo él, escueto, conteniendo una lágrima, orgulloso. Orgulloso por doble partida, de que hablaran así de su madre y de tener una amiga como Amalia.

—Tú eres muy parecido a tu madre, lo supe desde el primer momento en que te vi desenvolverte en el palacio de Vista Ona —añadió la marquesa, llenando de nuevo las copitas de *grappa*.

—Amalia, yo confío en ti precisamente porque te veo como tú acabas de describir a mi madre, por muy diferentes que seáis de temperamento. Así que por tu inteligencia, por tu nobleza, por tu generosidad y por nuestra amistad, que espero de corazón que sea eterna, te lo voy a preguntar por última vez en la vida. ¿Qué querías decir con aquello de la corte?

La marquesa de Trenvil dudó unos segundos, brindó con su amigo, apuraron las copas de un trago al unísono y lo miró a los ojos con toda la nobleza del mundo.

—El rey Alfonso XIII ha costeado la educación y el mantenimiento de Hugo de Mungida Alcaraz desde que nació —sentenció. Y en el jardín se hizo un silencio tan duro como una losa.

—¿Esta noche cenamos juntos y vemos las estrellas? —preguntó a su madre antes de salir a la calle y bajar al mercado—. Quiero cocinarte una receta francesa que te vas a chupar todos los dedos, ya verás.

—Me encantará —respondió Sofia con una sonrisa.

Hugo bajó al mercado. Le gustaba pasearse sin prisa entre los puestos, cotejando precios y calidades. Se sabía observado y deseado, siempre llevaba en verano las camisas abiertas un par de botones a pesar del poco recato que mostraba, impropio de un caballero, según su madre, pero a él le encantaba enseñar unos pectorales como esculpidos en una piedra dura y eterna, resistente al paso de cualquier tiempo.

Se paró en el puesto de pescado en el que encontró los lenguados más grandes.

—¿Cuánto pesan? —preguntó, señalando el trofeo.

—Trescientos cincuenta, son extraordinarios señor, lléveselos —respondió la pescadera sacando el pescado de la balanza de cobre.

—Póngame dos del mismo peso.

Compró una buena porción de mantequilla fresca, un manojo de tomillo, cebollas pequeñas, flores...

Cuando Sofia Alcaraz de Montarca bajó de su habitación animada por el olor del pescado frito en la mantequilla fundida —su delicioso aroma invadía Los Robles—, en el jardín ya estaba montada la mesa. Hugo había pedido al servicio que no hiciesen nada esa noche, que todo lo quería preparar él mismo sin ningún tipo de asistencia.

—Señora —dijo, apartando la silla con delicadeza y acomodando a su madre en la mesa, vestida con un mantel fino de hilo, una vajilla de porcelana blanca, la cristalería española de La Granja y la antigua cubertería de plata grabada.

—¿A qué debemos tanta ceremonia? —preguntó maravillada la marquesa de Alto Aragón, que, a pesar de estar acostumbrada a la pompa, no salía de su asombro por el esmero con que su hijo había preparado la velada.

—A que tenemos algunas cosas que celebrar, mamá. Hoy quiero compartirlas contigo y que nos contemos esos secretos que nunca deberían guardar una madre y un hijo.

Sofía asintió sin decir nada, notando cómo los mofletes se le sonrojaban por la incertidumbre.

—Qué delicia, hijo —exclamó al probar el primer bocado. El lenguado se deshacía en el paladar, la mantequilla y el tomillo habían formado una grasa aromática y exquisita que había dorado el pescado por fuera sellando su carne interior, dejándola jugosa y tierna.

—En Francia todo lo hacen con mantequilla, no es nuestra costumbre, pero ¿a que es deliciosa cuando se funde en la boca con su intenso sabor? —preguntó sin esperar respuesta, saboreando el lenguado con los ojos cerrados.

—Está delicioso, sí, tienes toda la razón —respondió ella de todos modos.

Hugo abrió una botella de champán, a su madre le fascinaba el francés más reputado.

—También mi champán favorito. Empiezo a pensar que quieres chantajearme con algún fin concreto —dijo con una sonrisita maliciosa.

—Es un trato, no un chantaje.

—¿Qué tipo de trato? —preguntó con infinita curiosidad.

—Vamos a intercambiar secretos —dijo Hugo, apurando su copa.

—Pero si hacemos eso dejarán de ser secretos —analizó la marquesa.

—Solo para nosotros, para el mundo seguirán siéndolo siempre que queramos —resolvió él, sonriente.

—¿Qué pasará si no acepto el trato? —preguntó, mirándolo a los ojos.

—Que no podré seguir confiando en mi madre —respondió, tajante, viendo cómo ella bajaba la cabeza y claudicaba sin remedio.

—Está bien, hijo, eso es lo último que querría que pasase —añadió para que el juego comenzase y no tener esa fría sensación de que su hijo desconfiaba de ella.

—Empezaré yo, así será más fácil. Mamá, estoy enamorado —soltó a bocajarro, provocando un primer silencio que se desvaneció enseguida.

—¿Cómo se llama la afortunada? —preguntó con intriga.

—Cristóbal —respondió sin dudar ni un segundo.

El segundo silencio se hizo tan largo que resultó embarazoso. Hugo miraba a su madre, rígida y erguida, como si el tiempo hubiese detenido su rictus para convertirla en una estatua de hielo que no se deshizo hasta que una lágrima recorrió su mejilla en un surco que casi parecía una herida.

—¿Estás seguro de que estás enamorado? —preguntó al fin con un hilo de voz tan bajo que a Hugo le costó entenderla.

—Lo estoy, mamá, hace años que lo estoy —sentenció sin ninguna floritura, no tenía sentido adornar la realidad por mucho daño que pudiera hacerle.

El tercer silencio fue más largo aún. Hugo llenaba su copa de nuevo, la brisa fresca del norte había empezado a revolear el mantel de hilo, las flores de las copas versallescas de piedra y las ramas de los árboles. Sofía miraba pensativa la profunda oscuridad del jardín, allí por donde su hijo y Balenciaga se habían perdido la noche de la fiesta. Y cuando volvió a mirarlo a los ojos, vidriosos, lo sentenció con todo el dolor de su corazón con la minúscula esperanza de que cambiase de opinión. Como si el amor se pudiese cambiar en un batir de alas por una conveniencia.

—Serás tremendamente infeliz, hijo, la sociedad nunca lo aceptará, creerán que estás enfermo, que estás pecando ante los ojos de Dios —sollozó.

—¿Tú crees que soy un enfermo, mamá? —preguntó encogido, mirándola a los ojos sin parpadear, notando cómo su madre se rompía en mil pedazos y cómo se le llenaban los ojos de lágrimas a él también.

—No —dijo con rotundidad. Hugo la miró sin poder dejar de llorar—. Rotundamente, no —añadió ella, intentando dar toda la fuerza y el valor posible a su respuesta.

—Lo sabía, mamá, no podía ser de otra forma y estoy orgulloso de que lo aceptes, aunque te haga sufrir. Porque sé que te hace sufrir.

—Pero no soy yo quien va a juzgarte, hijo mío, serán los demás, y lo harán sin ninguna piedad.

—Los demás me dan igual.

—A mí no, por eso cuando lo hagan lucharé hasta matar si es preciso, porque lo único que me importa en la vida eres tú —dijo. Lo miró ahora con toda la ternura del mundo.

—Con eso me vale, mamá. Lo que piense el resto del mundo me importa poco, en París nada es extraño ni incómodo, la gente moderna vive libre allí. —Se levantó y se agachó ante su silla, abrazando a esa mujer que le había dado la vida y que sabía que jamás podría defraudarlo.

Un soplo de brisa apagó las velas de la mesa. Y allí permanecieron durante largo rato abrazados en la oscuridad. Las estrellas se habían hecho infinitas en el cielo marino del norte.

Le despertó el olor de los huevos fritos y el beicon. El sol inundaba el jardín. Su madre estaba sentada fuera ya, peinada y arreglada para bajar al pueblo en cualquier momento.

—Buenos días, mamá. —La besó en la frente.

—Buenos días, hijo. ¿Descansaste? —preguntó, mirándolo con absoluto amor.

—Como un bebé. Fue como si me hubiese liberado de un lastre que llevaba cargando tantos años que no pensé que podría quitármelo nunca.

—Siempre lo supe, hijo, aunque a veces no queremos enfrentarnos a ello. Lo importante es que ahora todo será diferente, yo estaré aquí para comprenderte cuando otros no lo hagan.

—Nos falta la otra parte del trato —dijo Hugo.

—Tienes razón, pero no sé ni por dónde empezar —dudó Sofia, trastabillándose torpemente.

—Por el principio, mamá, sin miedo —respondió seguro.

—Pero no sé cómo hacerlo. —Había empalidecido en unos segundos.

—Con palabras sinceras, mamá, ¿cómo si no? —volvió a responder con seguridad.

—Las palabras sinceras pueden provocar mucho dolor y no quiero que eso te pase en este momento feliz pero complicado.

—Más dolor provoca el silencio cuando uno necesita saber, mamá, créeme —le dijo, estirando una mano sobre la mesa y agarrando fuerte la suya.

—Es cierto. Bueno, a ver cómo encuentro la forma de contárselo —hablaba con rodeos la marquesa.

—Sé directa, luego ya veremos los detalles —volvió una vez más a responder con rotunda seguridad.

—Tu padre no es tu padre —soltó Sofia Alcaraz de Montarca con un suspiro largo y profundo, como si acabase de dar a luz y se hubiese despojado del peso de una gigantesca placenta.

—Lo sé —respondió él, sin soltarle la mano y mojando un cuscurro de pan en los huevos fritos con la otra.

—¿Qué sabes, hijo? —preguntó circunspecta.

—Lo sé todo, mamá, todo —respondió Hugo sin alterarse, se terminó los huevos y siguió hablando para evitar que a su madre le diese un desmayo intentando desgranar una historia de la

que él era consciente desde niño.

—Sé quién se hace cargo de mi mantenimiento desde que tengo uso de razón, sé quién paga mi casa de París y las matrículas del Conservatorio de la Ópera, sé por qué eres la marquesa de Alto Aragón cuando en nuestra familia, por muy acomodada que fuese, nunca ha habido títulos nobiliarios para heredar. Sé por qué muchas damas de la aristocracia te hacen siempre la corte y te adulan más allá de tu supuesta amistad con la reina Victoria Eugenia, sé por qué hay un retrato de Alfonso XIII en la sala y nunca hubo uno de papá —cuando Hugo tomó aire, vio que su madre había roto a llorar en silencio.

—¿Desde cuándo lo sabes? —balbuceó.

—Desde los siete años, cuando escuché sin querer a alguien llamar a Los Robles la Casita del Príncipe —dijo, mirando en rededor la extensa finca.

—Esta tierra y esta casa la compró tu abuelo, nada tiene que ver con tu padre, ni con uno ni con otro —se enredó.

—También lo sé, averigüé pronto que la llamaban así no por quien la pagase sino por quien la moraba en secreto. Lo sé todo, mamá, todo. Pero te juro por mi vida que nunca voy a reprocharte nada y que este también va a ser por siempre uno de nuestros secretos. —Se levantó como la noche anterior, se arrodilló ante la silla de su madre y se abrazó a su regazo besando su vientre.

—Te quiero, hijo, con todas mis entrañas —dijo la marquesa, notando como si se hubiese arrancado el corsé y ahora ya respirase libre, tantos años después, en esa mañana de verano.

1916

A la reina Victoria Eugenia le fascinaban los vestidos de tul de seda que Balenciaga bordaba a mano con cristales y exquisita paciencia para sus fiestas de alta sociedad. Los creaba bajo abrigos que podrían ser igual lujosas batas que fascinantes guardapolvos para las noches más frescas de cualquier evento.

Estaba Cristóbal sobre el maniquí haciendo la *moulage* de un vestido azul noche por encargo de su majestad, marcando con alfileres cada trazo, cuando sonó el teléfono de aquel taller que se había montado en la otra parte de la ciudad. Ahí podía trabajar tranquilo y a solas, como más le gustaba, establecido ya por su cuenta en el mundo de la moda. Atrás habían quedado las experiencias francesas de Au Louvre y todo su caminar en Casa Torres y New England. Quería volver a San Sebastián pronto y montar su casa de modas en su tierra natal, pero nunca encontraba el momento, a pesar de que Hugo lo animaba, y se había ofrecido a ayudarlo con todo lo que necesitase.

Lo cogió, escuchó durante minutos y enmudeció. Se sentó intentando respirar profundo al notar que el corazón se le iba a salir por la boca y el teléfono cayó al suelo mientras cerraba los ojos ya inundados no sabía si de dolor o de rabia. Seguramente de ambas cosas.

Don Hugo de Mungida Alcaraz y doña Margarita Juncal de Parma les participan su próximo enlace matrimonial, que tendrá lugar en San Sebastián en la primavera de 1917...

Así empezaba la misiva que le había leído por teléfono una atónita marquesa de Trenvil nada más recibirla. Ella fue la primera en llegar al apartamento de la rue Lepic, apenas una hora después, donde Cristóbal revolvía compulsivamente los cajones, lloraba sin consuelo y metía en dos maletas sus dos últimos años de vida con Hugo.

—No me sueltes.

—No te suelto —respondió Hugo con su voz rotunda y masculina, apretando fuerte la mano de Cristóbal mientras volaban sobre los tejados de París. La Torre Eiffel era un faro al borde del

Sena sobre ese mar de pizarras y gárgolas de piedra donde la herrumbre pintaba la ciudad de historia.

—¿Te acuerdas de cuando volábamos de niños sobre el parque de Getaria? Han pasado tantas cosas desde entonces...

—Me acuerdo de todos y cada uno de nuestros sueños más bonitos —decía ahora Hugo en bajito, como si la voz se fuese perdiendo según ascendían por encima de las nubes y el cielo volvía a ser azul intenso.

—No me sueltes nunca —repitió entre sollozos Cristóbal como despertando de su ensueño, desvanecido sobre el butacón de la alcoba en penumbra ya, frente a la cama en la que yacía el cuerpo sin vida de Hugo.

Alguien le habría tapado mientras dormía, supuso que Amalia, y le habría dejado ahí a solas con su amor para que ambos pudieran despedirse de sus últimas horas juntos.

Vio llegar a la marquesa de Alto Aragón. París atardecía y ya habían encendido dos cirios blancos a cada lado de una cruz de pie de plata en el improvisado altar del apartamento. La mujer entró temblando en la alcoba, los ojos azules turquesa de tanto llorar, se arrodilló ante la cama y besó los pies tapados de su hijo muerto sin poder dejar de sollozar. Cristóbal salió de la habitación notando que el alma se le rasgaba en dos como un precipicio. Al salir, la marquesa de Trenvil le contó cómo Sofia había viajado sola desde Zaragoza al encuentro de su hijo, destrozada y sin consuelo, con un escueto y frío telegrama en su bolso de la casa del rey en el que su majestad Alfonso XIII le transmitía su «más sentido pésame por tan repentina y desoladora desgracia». Seguramente lo había arrugado en un arranque de dolor y rabia sin llegar a tirarlo para no desprenderse nunca de un futuro reproche, pensó.

—No me sueltes, por favor —volvió a suplicarle cuando ya estaban tan altos que parecía que no podrían bajar nunca de ese cielo ahora encapotado, pero Hugo no respondió y cuando menos lo esperaba sus manos de desvanecieron y empezó a caer hacia el abismo.

Despertó gritando, sudando y tembloroso, sobre la cama. Hugo no estaba. Ni los cirios, ni la marquesa de Alto Aragón ni nadie que llorase a nadie. Estaban solos Amalia, él y toda su historia de amor en París concentrada en dos maletas sin cerrar aún y en un cielo tan oscuro como su confusión.

—¿Dónde está? —preguntó a su amiga.

—¿Qué más te da ya, Cristóbal? Termina de empaquetar tus cosas y salgamos de aquí. No merece la pena que pierdas ni un segundo más de tu vida en este apartamento, deja que viva su vida con todas sus mentiras y su traición. A ver si es capaz de dormir con la conciencia tranquila ese pedazo de sinvergüenza.

—¿Dónde está? Dime que todo es mentira, dime que sí que ha muerto y que no se va a casar —preguntó de nuevo sollozando y abrazándose a ella. La marquesa volvía a ser confidente y refugio.

—Vamos, amigo, tú vas a poder con esto y con mucho más —dijo ella, acunándolo como si fuese un niño.

—Soñé que había muerto, ahora casi preferiría que así hubiese sido —sentenció.

—No lo creo, tú eres incapaz de desearle eso —dijo la marquesa de Trenvil, apartándolo de su regazo y mirando en el fondo de sus ojos.

—No lo deseo por él, lo deseo por mí. Si hubiese fallecido sabría llevar mejor el dolor que me va a causar su ausencia —zanjó. Se enjugó las lágrimas, se levantó y guardó las pocas cosas que quedaban desperdigadas por el apartamento.

Cuando salieron a la rue Lepic en París ya era noche cerrada. Cristóbal miró un segundo atrás y cerró el portal de un tirón. Detrás ya solo quedaban los recuerdos y la decepción.

Había recorrido a pie tantas veces el trayecto entre el estudio y la rue Cambon en las últimas semanas que su cerebro había borrado, o lo intentaba, el perfume de las flores de la esquina de la rue Lepic, en el corazón de Montmartre.

Se había instalado en el estudio el mismo día en el que había decidido huir de Hugo y de sus posibles explicaciones, pero se obligaba a salir de él cada mediodía porque necesitaba las endorfinas dulces que le provocaba el caminar a buen ritmo para llegar exhausto a casa de su amiga Amalia y almorzar juntos.

—¿A qué huele? —dijo nada más entrar en el apartamento de la marquesa de Trenvil, sintiendo una punzada.

—Huele a tu historia en París, amigo mío, esa que no puedes ni debes borrar, aunque quieras. Porque el dolor es parte de nuestra vida también y olvidar lo que nos duele no nos hace más libres, al contrario —respondió severa la marquesa, que había encargado a Truffau el pato con chocolate que Hugo le había descubierto a Cristóbal en su primera cita romántica en la ciudad.

—No me hagas esto, Amalia —sollozó Cristóbal, rompiendo a llorar abrazado a su mejor amiga, la que mejor le conocía y la única capaz de devolverle a la realidad siempre y en cada momento.

—Te hago ver la vida como es, aunque ahora me odies, me lo agradecerás con el tiempo, lo sé. Y ya es hora de que vuelvas a la rue Lepic, a los sitios que frecuentabais, a los platos de Truffau, a todo, Cristóbal, a todo, o no lo harás nunca. Y eso no te sanará el corazón, al contrario —respondió, apretándolo en el abrazo.

—No me atrevo, me da pánico, no sabría qué hacer si me lo encuentro —balbuceó sin poder dejar de llorar.

—Tendrás que encontrártelo en algún momento. Sé que París no es Getaria, pero no hay en el mundo un lugar tan grande como para que alguien deje de existir. Cuanto antes pase, mejor para ambos —razonó la marquesa.

—Pero si llevo semanas sin coger el teléfono a ciertas horas porque sé que podría ser él. Tampoco he querido abrir ninguna de sus cartas.

—No me has dicho que te había escrito —refunfuñó Amalia.

—Cada semana llega una carta al atelier.

—¿Y a qué esperas para abrirlas y acabar con todo este tormento? —preguntó ella visiblemente enojada.

Era tan extraño ver enfadada a la marquesa de Trenvil que Cristóbal pasó del llanto a la risa en un segundo.

—¿Qué es lo que te hace tanta gracia ahora? Te daría tres azotes en el trasero si fuese tu madre —bufó.

—Nunca te había visto así de protestona —respondió, conteniendo la risa antes de volver a sumirse en un sollozo nostálgico según volvió a su mente la tristeza por tantas mentiras.

—Yo estaré contigo cuando las abras, te lo prometo —le aseguró ella, secándole con amor las lágrimas con sus manos limpias y suaves.

—Podías leerlas tú, no sé si seré capaz de escuchar sus cuentos.

—Tráelas mañana y yo las leeré por ti —sentenció.

—¿Tienes *grappa*? —preguntó él con una sonrisilla aún húmeda mirando a su amiga, emocionado como siempre por toda su generosidad.

—Para tumbar a un elefante —respondió ella con una carcajada. Desapareció un segundo y volvió con la botella del licor ámbar y dos de sus copitas de cristal tallado.

París olía a pato con chocolate, a otoño y a amistad verdadera.

Esa misma noche, borrachos aún de la charla y la *grappa*, llegaron juntos y de la mano hasta la esquina de la rue Lepic. Cristóbal respiró hondo.

—Solo tardaré diez minutos. Quédate aquí mientras estoy arriba y si llegase no le dejes subir, te lo ruego —dijo, juntando las palmas de las manos como el que reza suplicando.

—No te preocupes, no vendrá hoy —dijo ella rotundamente.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó en bajito.

—Me ha dicho Micaela que está en Getaria desde hace un par de semanas. Quería poner tierra de por medio para no incomodarte —explicó concisa.

—¿Y por qué no me has dicho nada? —preguntó él, intentando mostrar un enfado que no conseguía, con ella nunca podía enfadarse.

—¿Para qué, Cristóbal? Es mejor que recojas lo que te queda aquí y devuelvas las llaves, esta casa ya nada tiene que ver contigo, debes sacarla de tu día a día o te martirizarás sin sentido.

—Tienes razón, sube conmigo entonces, no tardaremos.

La cama estaba perfectamente hecha. La alcoba limpia y perfumada. En la mesilla de noche de la izquierda un tarro de cristal donde se habían secado las últimas rosas blancas que había comprado Hugo solo unas semanas antes. Se acercó, las tocó con delicadeza. Se desnudó delante de ella y se metió en la cama. Le pidió que descorriese las cortinas para ver las estrellas sobre París antes de dormirse y se despidió.

—Ya puedes irte, amiga, esto me toca hacerlo a mí solo. Nos veremos mañana. Todo estará en su sitio, no te preocupes —dijo, y se arropó con la gruesa colcha blanca bordada que cubría las sábanas.

—Deja de decir tonterías, niño, y sal de esa cama —le ordenó, tirando de la colcha blanca de lana.

—No son tonterías, quiero romper este vacío durmiendo por última vez en esta cama, mañana cogeré las pocas cosas que dejé, cerraré esa puerta para siempre, abriremos todas las cartas, las quemaremos y Hugo de Mungida Alcaraz dejará de existir en mi presente —dijo él, con tanta seguridad que la marquesa dudó.

—¿Me lo juras? —preguntó incrédula.

—Te lo juro por mi madre —respondió tajante.

Nada más marcharse la marquesa de Trenvil, Cristóbal rompió a llorar desconsoladamente. Las almohadas, el aire, las flores marchitas olían a Hugo.

Todo le olía a él.

Recordó, hasta quedarse dormido de puro cansancio, los últimos días de agosto en Getaria, el último picnic de ese mismo verano, el amor y los besos dulces en el agua helada del río. Y entre sueños se vio viviendo con él en aquel primer piso soleado del número 2 de la calle Bergara, esquina con Libertad, en el corazón de San Sebastián. Allí es donde quería establecerse para atender a sus mejores clientas donostiarra y estar cerca de su madre. Lo había visitado ya dos veces con Hugo y seguía sin alquilarlo porque era excesivamente caro. Desde sus balcones se vigilaba y respiraba la brisa limpia y serena de la Concha.

—Agárrate bien, que vamos a subir más alto —gritó Hugo.

—¿Más?

—Muchísimo más.

—¿Hasta dónde?

—Hasta que toquemos con la punta de los dedos ese lugar donde por la noche viven las estrellas —siguió gritando y riendo.

Volvió a oler ese perfume de mantequilla tostada en su piel, los ojos cerrados, sumido en un sueño profundo. Fuera de la alcoba, en el cielo de París, ya habían salido las estrellas. Ellas no dejaban de salir nunca, pasase lo que pasase en la vida.

Se levantó de la cama con los ojos hinchados de llorar toda la noche. Se acercó al ventanal. Las hojas de los castaños de Indias habían tapizado de nuevo las calles, eran tan frágiles como él en ese instante. Y cuando creyó notar que Hugo le abrazaba por la espalda, fuerte, las lágrimas empezaron a brotar de nuevo y no pudo dejar de llorar otra vez. Nunca había sentido ese dolor de la traición absoluta, era casi peor que el de la muerte, pensó. Lo notaba puntiagudo, como un alfiler atravesando cada tejido de su alma. Si aguantaba la respiración, como de niño cuando Martina le curaba las heridas después de cualquier caída, tampoco se iba el dolor. Había dolores que no se iban ni se amortiguaban de golpe con ningún truco.

En ese momento tuvo más claro que nunca que debía volver. Ya nada lo retenía en París ni en ningún otro lugar del mundo. Se secó las lágrimas, sacó la última maleta que le quedaba en ese armario y empezó a llenarla, esta vez meticulosamente, sabiendo en qué momentos se había puesto con Hugo cada una de esas prendas en esos últimos años.

—Amalia, me vuelvo a Getaria un tiempo, lo necesito —dijo sin ni un buenos días, según escuchó la voz de su amiga al otro lado del hilo.

—Me voy contigo, yo también necesito evadirme de París un tiempo. Me he dado cuenta de que solo voy al País Vasco en verano y echo de menos sus inviernos fríos y mis noches de chimenea y *grappa* mirando al mar —anunció.

Y Cristóbal sonrió como los niños cuando abrían un regalo inesperado.

—Pero coge todas las cartas, las leeré y las quemaremos como las brujas en nuestra primera noche española de chimenea —le anticipó.

—Cuenta con ello —respondió antes de colgar.

Llegaron a Getaria molidos. Él, porque había dormido apenas cuatro horas en los últimos tres días terminando encargos de clientas y preparando el atelier para ausentarse un tiempo que aún no sabía determinar. Ella, porque odiaba los viajes largos, sin más, aunque le diesen todo hecho.

La mañana era fría, pero brillaba el sol. Cuando Martina salió al encuentro de su hijo, envejecida, pero aparentando fortaleza, Cristóbal se encogió de hombros para no demostrar ninguna pena. Él ya no era aquel niño de pantalones cortos y rodillas peladas por los rasguños, pero seguía mirando a su pueblo y a sus raíces con los mismos ojos de inocencia. Su norte sería siempre ese pueblo de verano, con mercado, brisa fresca, bombillas de verbena y Hugo, a pesar de todo. Estuviese él con quien estuviese.

Se abrazó a su madre. A ella nunca le explicaba nada, pero sabía que todo lo entendía sin palabras. Lloraron juntos sin soltarse durante unos minutos. Respiró su perfume de rosas y el talco en su piel y volvió a sentir que allí todo lo malo pasaría. Sonrió y lloró en la misma medida. Miró a su alrededor. La vida seguía siendo todo eso.

SEGUNDA PARTE

WLADZIO

1917

París, enero de 1917

Estaba Cristóbal leyendo los ecos de sociedad de la prensa cuando tropezó con uno de los artículos sobre la alta costura de París en tiempos bélicos y sobre esas mujeres que, estando presentes o no por los avatares políticos y la intranquilidad de la Gran Guerra, seguían marcando tendencias y movimientos desde distintos lugares de Europa.

Decía el artículo que Madeleine Vionnet había cerrado temporalmente su boutique del 222 de la rue Rivoli para instalarse en Roma y estudiar otras líneas que bebían de la cultura de la antigua Grecia. Sin embargo, Gabrielle Chanel seguía impertérrita en su tienda de la rue Cambon y se dejaba ver, a pesar del conflicto mundial, en muchos de los desfiles privados de la alta costura, que reunían en sitios concretos de manera superselectiva y exclusiva al todo París y a las mujeres más elegantes de la sociedad. El periódico decía:

Una muestra es la presencia continua de madame D'Attainville en estos desfiles privados donde la economía francesa sigue demostrando su poder ante el mundo. Si Gabrielle Chanel ha podido seguir vendiendo con éxito esos aparatosos sombreros que no dejarían a ninguna dama mirar al cielo para saber por dónde caen las bombas es que estamos en el buen camino del progreso. Madame Marie Hélène D'Attainville los usa cada vez más grandes, quizá para obviar lo que venga de las alturas, salvo que sea una lluvia purificadora.

Soltó una carcajada cerrando el periódico porque nada sabía en profundidad de aquella dama a pesar de haber cosido para ella un buen número de vestidos y abrigos en los últimos meses.

El primer día que Cristóbal Balenciaga la vio entrar en su atelier se quedó prendado de su caminar. La marquesa de Trenvil le había hablado algunas veces de ella, pero jamás había imaginado ni visto una mujer tan grácil y elegante. En aquella primera cita, que la marquesa había improvisado sin saber que la buena mujer se gastaría una fortuna encargándole tres vestidos de noche, una capa, dos vestidos de mañana y dos conjuntos completos de falda y cuerpo, empezó una relación de modista y clienta, pero que nunca había traspasado, al contrario que con la marquesa de Casa Torres, la frontera íntima de lo personal. Cristóbal desconocía casi todo de aquella familia francesa de origen polaco, aunque había oído decir a su amiga Amalia que tenían un hijo escandalosamente guapo y sofisticadamente culto. Pudo comprobarlo cuando les presentaron en

uno de los desfiles de la alta costura de París a los que ambos eran asiduos. Estaba alguien alabando las líneas impecables de Madeleine Vionnet, que cortaba sus vestidos de una sola pieza con tal maestría que Cristóbal se quedaba maravillado solo de imaginar los movimientos libres de sus diseños, cuando irrumpió Amalia.

—Cristóbal, quiero presentarte a Wladzio D’Attainville —dijo ella, tirando de Balenciaga casi hasta hacerle trastabillar.

—Amalia, por Dios —exclamó él con un bufido discreto antes de toparse con la presencia rotunda de aquel hombre y enmudecer como si le hubiesen congelado. Tan solo pestañeó durante esos segundos.

—Juro que normalmente es más sociable —ironizó la marquesa, soltando una carcajada y matando con la mirada a su amigo para ver si reaccionaba.

Wladzio rio también a carcajadas rompiendo ese instante que parecía que el tiempo había detenido por completo para iniciar una conversación distendida sobre las creaciones de Vionnet y las exitosas extravagancias de Gabrielle Chanel.

Y aquella noche de invierno, a punto de cerrar el atelier y sonriendo aún con el artículo dichoso sobre las francesas de moda y la guerra, sonó ese teléfono que cambiaría el rumbo de muchas cosas.

—Cristóbal, estoy en el café de Flore con madame Marie Hélène D’Attainville y unos amigos, vamos a cenar en un rato. Te apetece mucho venir, lo sé. Y no, no es una pregunta ni admito negativas —sentenció la marquesa de Trenvil.

—Pero... —dudó unos segundos, tirando de la cadena de su reloj de bolsillo para mirar la hora.

—No hay peros, te esperamos dentro de media hora; mientras, iremos tomando un martini seco de aperitivo —dijo. Y se despidió y colgó el teléfono sin darle tregua.

Abrió la ventana, se asomó al invierno parisino y suspiró. Se miró al espejo, seguía perfectamente peinado, se perfumó, cogió uno de sus abrigos de lana, unos guantes de piel y salió curioso hacia Saint-Germain-des-Prés.

El café de Flore, en el 172 del boulevard Saint-Germain, debía su nombre a una pequeña estatua de la diosa Flora sobre su entrada principal. Sus camareros siempre iban con chaquetillas blancas impolutas de algodón con bolsillos, perfectamente planchadas y almidonadas, como sus pajaritas negras, sorteando la multitud de comensales que abarrotaban sus mesas.

Cuando Cristóbal llegó se topó de nuevo con Wladzio y supo al instante que los amigos a los que se había referido Amalia eran una trampa para conseguir unirles en esa segunda cita, casi a ciegas.

—Qué sorpresa, querido Cristóbal. —La marquesa de Trenvil se levantó con toda la pompa del mundo, obligando a Wladzio a levantarse también y estrechar la mano del visitante para invitarlo después a sentarse con ellos.

—¿Le apetece cenar con nosotros, Cristóbal? —preguntó madame D'Attainville con suma delicadeza y una sonrisa tan dulce como curtida en mil batallas sociales. Llevaba un vestido suyo en un mikado de seda marfil que Balenciaga habría reconocido hasta en la oscuridad y con los ojos entornados.

—Pues venía solo a tomar un vino después de un día largo de trabajo, qué sorpresa encontrarla tan guapa, madame —respondió él, siguiendo el juego improvisado de su amiga y atravesándola con la mirada y piropeando a su clienta más francesa.

—Un vino sin un buen queso es como un jardín sin flores —dijo la marquesa, y llamó al camarero, que se apresuró a acudir sin que nadie tuviese tiempo de insistir, ni Cristóbal de excusarse—. El señor cenará con nosotros —anunció.

—Muy bien, señora, enseguida le traigo un servicio —respondió el camarero raudo. Y en dos minutos de reloj estaban todos sentados frente a sus platos, dispuestos a elegir una carta que la marquesa de Trenvil se apresuró a recoger instantes después de que el camarero las hubiese repartido.

—Hoy elijo yo, porque invito yo —concluyó.

—Qué gusto contar con su presencia —le dijo Wladzio a Cristóbal con masculina amabilidad, mirándolo sin dejar de sonreír ni un momento.

—¿Os vais a tratar de usted? Pero, por favor, si tenéis edades como para ser hermanos, o compañeros de estudios, o incluso dos enamorados —dijo, descarada, la marquesa, sonrojando a

su amigo.

Madame D'Attainville dio un sorbito más largo de lo habitual al martini, como si no lo hubiese escuchado y Wladzio soltó una carcajada tan grande que a Cristóbal le dio tiempo hasta de contarle los dientes.

—Camarero, champán helado para todos, que seguro que hay muchas cosas en la vida que celebrar más allá de esta estúpida guerra —vitreó Amalia con la servilleta en alto, como los soldados en las cantinas, provocando de nuevo las risas del joven D'Attainville. Su madre sonreía discreta porque era tan exquisita que nada hubiese conseguido modificar su rictus perfectamente empolvado.

Brindaron y el champán siguió llenando de burbujas heladas las copas de aquellos cuatro seres tan dispares, pero con algunos puntos tan exquisitos en común, como la moda y el gusto por las cosas bonitas de la vida. Y cuando terminó la velada, en la calle llevaba dos horas nevando sin parar y se habían vestido de novia los árboles de los parques, Amalia supo que esa cena era un nuevo comienzo para su amigo, al que había visto sufrir por el desamor hasta desangrarse durante el último año.

Cuando se despidieron todos a las puertas del café de Flore, los copos seguían cayendo sobre París tan blancos como las sonrisas de Wladzio. Cristóbal notó como si un huracán hubiese pasado por el antiguo apartamento de Hugo en la rue Lepic, borrando todas las memorias del pasado, las buenas y las malas y convirtiendo todo a su paso en fresco y novedoso.

—Quiero que bebamos hasta caernos —dijo, saltando sobre la nieve como los niños.

—En casa tengo *grappa* nueva que me mandaron por Navidad —dijo la marquesa, cogiendo de la mano a su amigo y saltando con él sobre la nevada.

Y la noche invernal se volvió esponjosamente cálida.

Extendió en la impoluta mesa de trabajo la seda shantung azul real y midió sin patrones la circunferencia de una falda capa para un encargo muy especial de madame D'Attainville. «Me gustaría algo muy muy sencillo, pero que todo el mundo recuerde de una cena maravillosa», le había dicho la noche que cenaron en el café de Flore. No le había dado muchos más detalles, ni había vuelto a insistir, pero esa misma mañana le habían llegado a Cristóbal nuevas telas de temporada y nada más extender la seda supo que sería para ella. No era azul noche, ni muy oscuro, ni ese azulón de las colas de los pavos reales que tanto le gustaba en los vestidos de puro invierno. Era, pensó, como un intenso aroma al mar de su norte en un atardecer de principio de otoño.

Imaginó una falda capa hasta el tobillo, con mucho volumen y ajustada en la cintura con un fajín, imaginó también un cuerpo entallado a ese busto perfecto. Después idealizó a Marie Héléne entrando en el salón principal de su fastuoso piso parisino con aquella falda que escondería unos zapatos altos bordados con hilo de plata y delicadas cuentas de cristal.

Marcó con el jaboncillo. Era matemática pura. La medida del contorno de la cintura, recordaba escuchar a su madre desde bien niño, es la medida exacta que tendrá la circunferencia de la falda. Trazó la línea de la cintura con pulcritud. Después la del bajo, debían ser paralelas, calculando la longitud entre ambas hasta alcanzar ese largo al borde del suelo que haría que se sintiese como si flotase dentro de su vestido de noche. Preparó la falda en menos de una hora y la prendió con alfileres sobre la cinturilla del maniquí para montar en *moulage* un cuerpo del mismo azul drapeando la seda hasta conseguir un busto rico de generoso escote uve. Estaba ajustando la pieza superior con destreza para después unirlo y conformar el vestido de noche perfecto cuando tocaron en la puerta.

—¿Qué haces aquí a estas horas, va todo bien? —preguntó a su amiga Amalia extrañado, taponando la puerta como si escondiese algo.

—Parece que hubieses visto un fantasma, hijo —respondió ella, apartando a su amigo de su paso y entrando en el apartamento como una locomotora.

—No, mujer, pero no sueles estar tan activa hasta la hora de comer por lo menos y es tan temprano —apostilló.

—Bueno, es la hora del aperitivo, ¿te parece que salgamos a tomar un vino y te cuento cosas que espero que te encanten? —preguntó, sabiendo que la respuesta sería afirmativa porque Cristóbal era tan disciplinado y madrugador que a esa hora tenía casi todo resuelto cada día.

—Qué remedio, ya estás aquí y no creo que pretendas marcharte sin tu objetivo —dijo mirando el reloj de la sala. Era la una y media ya y ni se había dado cuenta, pero el vestido de madame D'Attainville estaba solo para coserlo y rematarlo.

En la esquina había un pequeñísimo café cuya terraza estaba siempre atiborrada de gente, hiciese frío o calor. Esa mañana hacía frío, pero el sol inundaba sus mesitas callejeras de mimbre con cojines de rayas blancas y negras, así que se sentaron en la que estaba más apartada de la puerta y pidieron dos martinis rojos con doble aceituna y una rodaja de naranja, como le gustaban a Amalia.

—Cuéntame que era eso tan importante que te ha traído hasta aquí haciéndote madrugar de esta manera —dijo con ironía, sabiendo que su amiga no se ponía en marcha por las mañanas antes de la hora de comer porque le gustaba dormir hasta tarde y leer la prensa en la cama.

—En realidad, tengo dos noticias, las dos son buenas, ¿cuál quieres que te cuente primero? —preguntó coqueta.

—Si las dos son buenas, da igual el orden, como tampoco sé su contenido te dejo que elijas tú —resolvió con una sonrisa mientras ella sorbía un trago largo y lento de su martini rojo.

—Pues la primera, y la más importante, es que Wladzio D'Attainville me ha pedido oficialmente que sea su celestina. ¿Cómo te quedas? —preguntó con una sonrisa alborotada.

—¿Qué significa oficialmente? ¿Acaso no lo eras ya? —cuestionó sin inmutarse lo más mínimo.

—Amor, solo os presenté porque sabía que estáis hechos el uno para el otro. Sois tan perfectamente guapos, cultos y exquisitos —dijo con un pausado ademán de su mano al viento.

—No seas zalamera. ¿Y qué te ha pedido ahora exactamente? —preguntó curioso y travieso.

—Me ha pedido que le ayude a conquistarte. Dice que yo te conozco mejor que nadie y que no quiere hacerlo mal y dejar escapar al hombre más interesante de París.

—¿No estarás bromeando, Amalia? —preguntó, disimulando un atisbo de emoción porque se sentía tremendamente halagado por la noticia.

—¿Crees que bromearía con algo así? —se enfurruñó.

—Sé que no. Será que me pilla por sorpresa. Igual no estoy preparado aún para que me conquisten de nuevo —respondió.

—¿Hay que estar preparado para eso? Tú déjate llevar, haz lo que sientas en cada momento y lo demás surgirá solo de manera natural y maravillosa —explicó, notando que aún había miedos sueltos por la herida que dejó un año atrás su intempestiva ruptura sentimental. Y según lo estaba pensando, decidió callarse la segunda noticia, porque no era otra cosa sino que Hugo de Mungida Alcaraz había pospuesto su boda *sine die*, causando una conmoción en el entorno más privado de la marquesa de Alto Aragón y la aristocracia española. No se había hecho público aún, pero a Amalia se lo había contado esa misma mañana la marquesa de Casa Torres en el más absoluto de los secretos.

—Claro que hay que estar preparado para eso, sobre todo después de este año que no ha sido el mejor de mi vida, ya lo sabes tú bien, amiga —añadió, convenciendo sin saberlo a Amalia de que no era el momento de desvelar semejante bomba.

—Bueno, pues tendrás que prepararte porque esta noche os he reservado una mesita discreta en Maxim's para cenar. Os invito yo. Solo tenéis que llegar a las nueve y disfrutar el uno del otro —le anunció, apurando su martini.

—Eres de lo que no hay, Amalia —dijo, levantando una ceja.

—¿Acaso no te apetece? —preguntó pícaro.

—Claro que me apetece, lo sabes, pero no quiero sufrir —susurró mientras su amiga le cogía y apretaba una mano sobre la mesa.

—No sufrirás, sé que la vida te va a devolver mucha felicidad esta vez, confía en mí, que Wladzio es un señor maravilloso y está entregado a esta aventura con todo el corazón en la mano —le aseguró.

—Gracias, Amalia, gracias por todas las cosas que haces siempre por mí —se ablandó justo antes de que la marquesa de Trenvil se levantase y lo apretujase con uno de sus abrazos de oso mientras el sol se filtraba entre las ramas de los castaños de París.

Se había almidonado una camisa azul, como en sus mejores citas de entonces, para ponérsela dentro de un traje de tres piezas de lana gris marengo. Estaba nervioso y no sabía bien si le gustaba más de lo que le intranquilizaba, pero lo cierto era que sentir de nuevo ese cosquilleo de la incertidumbre le agradaba. Le había dicho Amalia que se dejase llevar y que disfrutase y eso era lo que pensaba hacer. Pero tenía claro que pasaría un rato hasta que llegase ese momento relajado de dejarse llevar.

—Creo que estoy desentrenado en estas lides de las citas, amiga —soltó con un pequeño soplo.

—Ni que fueras un caballo de carreras, verás cómo llegas a la meta sin agotarte más de lo necesario —ironizó la marquesa de Trenvil, mirándolo a los ojos. Que le brillaran de nuevo le alegraba la vida.

—Espero no desbocarme —respondió con la misma ironía.

—Con amor, mi niño, con amor es como salen siempre bien las cosas importantes de la vida —emuló una vez más Amalia al abuelo de su amigo. Y Cristóbal sonrió, lleno de ternura.

Salió a la calle con tiempo suficiente. Le gustaba llegar caminando a los sitios y sin que nadie le metiese prisa. Hacía frío en París esa noche también, pero el cielo estaba lleno de estrellas que chispeaban entre las ramas desnudas de los castaños de Indias. Se levantó el cuello del abrigo, se arropó la garganta y recorrió en silencio las calles con una sonrisa, la que le provocaba el correcto francés en la voz cálida y serena de su cita.

Maxim's era siempre un hervidero de artistas y damas tocadas de plumas y glamur fuese el día que fuese y viniese como viniese la vida. Según se iba acercando a la puerta, Cristóbal supo que se estaba cumpliendo el presagio que había intentado evitar durante todo ese año. En medio de uno de esos grupos de damas tocadas y emperifolladas estaba él, encantador y sabiéndose admirado. Quería creer que lo estaba imaginando, pero se sabía su espalda de memoria, habían sido tantos años contando sus pecas mientras dormía que ni con dos abrigos habría podido no reconocer cada uno de sus contornos. Hugo de Mungida Alcaraz hablaba con estruendo y sonreía como siempre. Pero lo que antaño le provocaba frescura y efervescencia ahora le pellizcaba con dolor y oprimía. Se dio media vuelta apretando los dientes y caminando casi de puntillas, como hacían los niños cuando huían en los sueños de un miedo latente y no querían delatarse. Y no

levantó la cabeza, metida en el cuello de su abrigo como un avestruz, hasta que dobló la esquina de la rue Royale al alcanzar la place de la Madeleine.

En cuanto desapareció del campo de visión de la calle levantó la cabeza al cielo y suspiró aliviado. Y dos segundos después un escalofrío le recorrió todo el cuerpo cuando le pusieron una mano rotunda en el hombro.

—¿Estás bien, Cristóbal? —preguntó una voz que tardó solo unos segundos en reconocer. Se dio la vuelta y volvió a suspirar con la cara aún desencajada.

—Perdóname, de repente me encontré mal, no sé qué me pasó —tartamudeó sin saber qué decir hasta que Wladzio, comprensivo, le abrazó sin más preguntas, simplemente cobijando a un Cristóbal desvalido que rompió a llorar bajo la noche gélida pero estrellada de París.

Remató en la Singer de pedal todo el bajo de la falda capote azul real y después, con suma delicadeza, lo colocó sobre la mesa para coser el fajín de raso bordado en hilo de plata que haría de galón en el encuentro del cuerpo y la falda. Esa misma tarde vendría madame D'Attainville a probarse, quedaban solo dos días para su fiesta de cumpleaños. Ella no le había dicho el motivo, pero se le había escapado a Wladzio en algún momento que había pasado inadvertido de la cena del café de Flore.

—Buenas tardes, Cristóbal, espero no llegar muy temprano —se disculpó al entrar Marie Hélène, que solía llegar a sus citas con quince minutos de adelanto por una rara manía de no llegar sofocada a los sitios para no demostrar emociones, le había contado la marquesa de Trenvil entre risas.

—No se preocupe, madame, llega en el momento oportuno para tomar el té, ¿cómo le gusta? —preguntó sonriente.

—Con una nube de leche y sin azúcar —contestó, mirando en rededor. Cristóbal supuso que buscando su vestido, disimulando su impaciencia.

Estaba claro que madame D'Attainville no demostraba jamás ningún tipo de emoción porque era de esa clase de mujeres que seguía creyendo que era vulgar delatar las cosas personales. Pero para no impacientarla más, la invitó a pasar al vestidor, donde iba a servir el té. Y según entró se quedó muda, altiva, observando el impecable vestido azul.

—*C'est magnifique!* —exclamó sin ningún aspaviento, sin quitar el ojo a cada una de sus composturas.

—*Merci*, madame —respondió Balenciaga con la misma serenidad y falta de toda exageración que su clienta.

—Pasado mañana, si le viene bien y le apetece cenar con nosotros en casa, será un placer recibirlo —añadió ella sin cambiar el tono, como el que habla del tiempo en la ciudad, dando un sorbito silencioso a su té con nube.

—Será un placer, madame, ahí estaré —respondió, abriendo la cortina del probador de su atelier y sacando el vestido del maniquí para probárselo.

Según se despidieron, ella con el vestido en una funda de algodón y Cristóbal con la satisfacción de haberla visto sonreír más de lo habitual, llamó a la condesa de Trenvil sin

importarle si la importunaba en plena siesta.

—Amalia, madame D'Attainville me acaba de invitar a su cumpleaños sin decirme que cumple años, ¿qué debo hacer? —preguntó sonriendo con sorna.

—Pues ir, qué si no —respondió tajante la marquesa.

—Me refiero a que si debo comprar un regalo —añadió resoplando.

—¿De verdad me has despertado de la siesta para esto? —preguntó bufando.

Se la imaginó estirándose sin ningún tipo de pudor.

—Claro, según se ha marchado. Quedan dos días, tendré que saber cómo actuar —se justificó sin ningún cargo de conciencia.

—Yo pienso comprarle uno de esos Chanel que le gustan a ella, tan grande que no quepa de alto por las puertas —ironizó.

—Tú siempre tan discreta —rio.

Y aquella fiesta fue la tercera o la cuarta vez que se encontraron con público aquellos dos hombres apuestos y elegantes justo antes de necesitarse tanto que no dejaron de verse ni un solo día de aquel invierno. Cuando explotó la primavera en París, Cristóbal Balenciaga tenía claro que Hugo de Mungida Alcaraz había pasado definitivamente a la historia porque su presente y su futuro tenían grabado a fuego el nombre de Wladzio D'Attainville.

San Sebastián, marzo de 1917

—¿Has visto la prensa de hoy, querida? —preguntó la marquesa de Casa Torres a la marquesa de Trenvil mientras tomaban el té de las cinco en el Royalti, que estaba pletórico esa tarde soleada de final de invierno, a pesar de ser entre semana.

—No he visto nada, Micaela, no he tenido tiempo ni de respirar hoy, ya sabes que estoy haciendo obras en casa, me las tienen que terminar antes de que acabe la primavera sí o sí —respondió Amalia con un minibufido, mientras sumergía otra pasta de chocolate en el té.

—No recordaba que estabas en España por eso, estaba convencida de que habías venido de relax unos días aprovechando que Cristóbal ya está aquí casi instalado —aclaró.

—¿Y qué debería haber leído en la prensa? ¿Lo bien que va el planeta? ¿Quizá una nueva fecha para la boda del hijo de tu amiga Sofía? —pregunto con toda la ironía del mundo, sin entrar en detalles porque sabía que Micaela desconocía todo el asunto de Hugo, o eso creía. Y mucho menos el dolor que había provocado en Cristóbal en esos últimos meses.

—Uy, no me hables de este tema que es tan delicado que no sé ni por dónde cogerlo. Tengamos el día en paz, Amalia —le rogó.

—¿Delicado? ¿Por qué? —preguntó curiosa sin saber bien a lo que se refería.

—Sofía está tan irascible que ya ni le pregunto, pero, por lo visto, el niño ha retrasado de momento la boda sin dar más explicaciones.

—O sea, ¿que ya no se casa esta primavera? —volvió a preguntar, ahora curiosa.

—Al parecer, no, pero ya te he dicho que he dejado de preguntar por este tema porque se pone tan nerviosa que no merece la pena. El niño ya es mayorcito como para saber lo que debe hacer, digo yo.

—Bueno, no sé. Yo lo veo un malcriado, un caprichoso, un veleta y un vividor —sentenció Amalia sin medida, sabiendo que el peso de aquellas palabras dejaría en su amiga Micaela una duda.

—Mujer, ¿pero a ti qué te ha hecho este pobre hombre? —preguntó la marquesa de Casa Torres desubicada.

—A mí nada, pero siempre lo he visto así. No debo de ser la única, aunque las rancias de esta corte de rendidos a la burguesía y a la realeza siempre oculten todas sus penurias. Bueno,

mejor me voy a callar, tenías razón, que si no acabaremos mal. Tengamos el día en paz como dijiste —zanjó con una nueva pasta, esta vez de mantequilla, y llenando de nuevo su taza de té.

—Bueno, el caso es que no has visto la prensa —cambió de tema Micaela, pidiendo al camarero que le acercase un periódico.

En las páginas centrales de *La Voz de Guipúzcoa* estaba el anuncio.

Hacen falta buenas cuerpistas y bordadoras y una aprendiz de bordadora. Las interesadas deberán presentarse en el número 2 de la calle Bergara.

Ref. C. Balenciaga.

—¡Bravo! —exclamó tan fuerte, con las palmas de las manos aplaudiendo en alto, que todas las mesas del Royalti se dieron la vuelta para observar a la marquesa de Trenvil.

—Amalia, por Dios —suplicó la marquesa de Casa Torres con un pequeño gesto para que su amiga bajase los brazos.

—A veces eres tan rancia, amiga —protestó.

—Y tú tan extravagante —devolvió Micaela la protesta.

El Royalti encendió sus luces, la tarde había caído. Micaela pidió la cuenta. Amalia resplandecía de felicidad, como si le hubiesen contado una noticia maravillosa. Aun siendo conocedora de todo desde hacía semanas, no podía evitar emocionarse de las buenas nuevas de su querido amigo Cristóbal. No solo por su primer negocio por cuenta propia y en su país, sino por la llegada de Wladzio a sus vidas.

Agustina le había propuesto tantas veces su ayuda para abrir ese primer atelier boutique en San Sebastián, en el luminoso piso de la calle Bergara, que había llegado el momento de volver, pensó Cristóbal. Su hermana sería su modista principal y encargada del establecimiento desde el primer momento, lo tenía claro. Aunque ya no sabía si volvía a su mundo original y a su tierra por el empeño de ella, por estar cerca de su madre, por salir de París y volver a sus raíces como siempre había deseado desde el minuto uno en el que entró de aprendiz en la sastrería Casa Gómez siendo un niño, o si era porque Wladzio le había prometido irse con él y empezar juntos un proyecto de vida. Si lo pensaba le entraba vértigo. La de cosas que le habían pasado desde entonces, la de gente que había conocido, la de lugares en los que había echado horas y horas de esfuerzo y entusiasmo para tener ahora su nombre grabado en una placa de latón dorado sellada en su puerta.

Formaban los suelos unos listones gigantes de madera de roble, rotundos, pulidos y brillantes como el chocolate recién fundido. Las paredes estaban pintadas en un blanco immaculado, con sus molduras de escayola como las de esos techos, altísimos, de los que colgaban los *chandeliers* de bronce y cristal que se habían traído de París de uno de los anticuarios íntimos de la familia D'Attainville. Sus decenas de lágrimas tintineaban sutiles al compás de los cortinajes de algodón blanco, cuando la brisa del norte recorría aquel piso señorial. El vestidor principal tenía cinco maniqués de busto, que delataban lo prolífico de su fulgurante carrera, y un podio redondo como una tarta que habían mandado hacer con la misma tarima de roble de los suelos para que crease un espacio continuo. En un aparador inmenso de madera y cubierta de mármol, las primeras fotos de Cristóbal con su madre, con los aprendices de Casa Gómez y hasta un retrato con la marquesa de Casa Torres cuando ya le tenía cogidas al dedillo todas sus medidas, a pesar de que en la foto parecía un niño de rodillas peladas de pintar con tiza por los suelos de Getaria.

—Wladzio, el dulce Wladzio —repetía en alto Amalia mientras caminaba por la calle Bergara hasta alcanzar esa esquina en la que San Sebastián se abría al mar con toda la luz del Cantábrico. Cuando llegó, Cristóbal estaba colocando los chester de terciopelo damasco sobre la alfombra rectangular de inmensas proporciones que llenarían la sala donde las clientas podrían ver los desfiles privados de sus colecciones.

—Qué maravilla de sitio, amigo —dijo con la voz alta y gruesa la marquesa de Trenvil, dando una vuelta completa sobre sí misma para observar de un golpe todo lo que la rodeaba.

—¿Te gusta? —preguntó, conteniendo la emoción.

—No me gusta, me fascina. Todo y todo —sentenció.

—¿Todo y todo? —preguntó, sonriendo.

—Todo: las paredes, los suelos, los muebles, las lámparas, los cuadros, las cortinas, la luz de este edificio... Todo.

—Gracias, Amalia, me emociona que te guste todo tanto —dijo sinceramente, consciente de las palabras que emanaban de la boca de su amiga.

—Pero lo que más me fascina es el gusto exquisito que tienes para retratar la vida, más allá de unos muebles o un jarrón con unas flores. Me fascinas tú —remató, abrazando a Cristóbal, que se había emocionado tanto que miraba para otro lado, como los niños, para no dejar que le delataran las lágrimas.

—¿Dónde está Wladzio? —preguntó ella.

—Cerrando asuntos en París todavía, nos instalaremos definitivamente en julio, para poder trabajar a destajo con Agustina y las bordadoras para tener una colección completa antes de final de verano e inaugurar en otoño.

—Este sí que va a ser tu verano y no los de antaño —dijo Amalia con ese tonito irónico que ya se conocía de memoria.

—Los de antaño son pasado —dijo él sin molestarse.

—Pues que se queden en eso, en el pasado, porque quiero verte en todos los sitios este verano, no habrá fiesta en la que no se hable de ti y tus costuras.

—¿Tú crees? —preguntó, mirando la bolsa que la marquesa había dejado sobre el suelo cansada de portar su peso.

—Lo aseguro —corroboró.

—¿Y qué llevas en esta bolsa, ladrillos? —preguntó, calibrando su peso.

—Ladrillos de placer —respondió, abriendo una caja que portaba la bolsa con seis vasos gordos de bohemia.

—Qué maravilla, me encantan, Amalia —exclamó.

—Son para que brindemos siempre por la amistad con nuestra *grappa* favorita, también en tu nueva vida —sonrió, guiñándole un ojo y sacando también una botella del aguardiente ambarino mientras se abrazaban en un ataque de risa.

Getaria, julio de 1917

Cortó la tela y la frunció un segundo para ver el efecto, con tanta habilidad ya que poco quedaba de aquel niño inquieto que perseguía a la marquesa de Casa Torres por las calles de Getaria para fijarse en sus vestidos impecables de batista. Creó un globo con ella, ese mismo que formarían las mangas farol de un vestido rosa encendido que estaba montando para la marquesa y su fiesta de verano. No era el primero que le hacía para ese mismo evento que recordaba con inocente ternura y con mucho cariño, a pesar de que gran parte de esos recuerdos estivales estaban sellados con la piel y los besos de Hugo de Mungida. Quedaba un día para el acontecimiento, porque eso eran las fiestas de inauguración del verano en el palacio de Vista Ona, un puro acontecimiento, y esa misma tarde iría a palacio a probarle el vestido a su mentora y ya amiga de tantos años. Comprobó que el efecto era el que buscaba y deshizo el exquisito tul para fruncirlo bien nuevamente antes de montar las mangas al cuerpo de un vestido de volantes que había cortado, fruncido y cosido esa misma mañana, imaginando tres grandes olas de mar. Los había montado de menor a mayor, empezando en una cintura alta y terminando en los pies figurados del maniquí. El resultado era tan llamativo como exquisito, un vestido largo y sutil, a pesar de la rotundidad de su impacto inicial. Nadie podría hacer sombra esa noche a la marquesa de Casa Torres ni con uno de sus propios vestidos, pensó. Y volvieron a la memoria aquella bata oriental que le hizo para su fiesta de verano de ese año en el que creyó que Hugo sería para siempre el hombre de su vida, y los paseos nocturnos cruzando el río después de esas fiestas de sociedad que tanto le aburrían cuando aún era un enano.

Enhebró la aguja y empezó a coser la manga globo por la parte inferior de la sisa. La fue uniendo con precisión y sin prisa, como un niño que casi no roza un suflé pomposo al comerlo por miedo a chafarlo y perder su efecto turgente, hasta que llegó Agustina.

—Ya no sé qué decirte porque cada vestido nuevo me gusta más y más y más que el anterior. ¿Será que no puedo ser objetiva? —preguntó desde la entrada de la sala de la casa familiar, donde Cristóbal, como tantos años atrás, se había instalado mientras terminaban de montar y preparar el atelier de la calle Bergara de San Sebastián para su inauguración después del verano.

—No lo eres, por la cuenta que te trae —le respondió, riendo y con esa cara de agradecimiento eterno por todos los esfuerzos que había hecho y hacía para sacar adelante al

nuevo e independiente Balenciaga.

—Bueno, es un trabajo de equipo, si nos sale bien ganaremos todos, si nos sale mal seguiremos siendo hermanos, aunque nos coman las deudas —apuntó ella con una sonrisa espontánea y mirando con atención el vestido rosa suntuoso sabiendo que con tanto arte era imposible que Balenciaga fracasase.

—¿Crees que todo irá por un buen camino? —le preguntó ahora con una ternura casi infantil.

—Irá por el mejor de los caminos, ya lo verás —le respondió ella, besando su frente y saliendo de la sala justo cuando su madre llegaba ya del mercado, como recordaban desde bien niños, con las cestas de paja llenas de frutas, verduras y flores frescas.

El palacio de Vista Ona se había llenado esa tarde ya de operarios que apilaban tableros y burros de madera para montar las mesas del día siguiente y de un hombre que colgaba de los árboles farolillos de verbena en color blanco y rosa. Ese era el código que había puesto en las invitaciones la marquesa de Casa Torres, un toque sutil de rosa. Al cruzar el jardín, con el vestido envuelto en un saco de algodón blanco e impoluto, volvieron a activarse mil recuerdos. Pudo ver el carrito del chocolate que contrataba antaño la marquesa, los toldos de rayas marineras, las mesas de lino beige y las rosas champán con las que adornó aquella cena donde conoció a la marquesa de Trenvil. Habían pasado tantos años, tantas cosas, tanta vida...

—Querido mío, ¿cómo estás? —Apareció la marquesa entre los árboles con los brazos abiertos y el corazón en la sonrisa, organizando y supervisando todo, como si nada hubiese cambiado.

—Buenas tardes, doña Micaela, qué gusto volver a verla —respondió él, aceptando el abrazo cercano con agrado, a pesar de que nunca jamás se permitiría tutearla. Lo que tenía con ella y con la marquesa de Trenvil eran cosas muy diferentes.

—Lo mismo digo, Cristóbal Balenciaga. No sabes lo contenta que estoy con las buenas noticias de tu negocio. Este año no me iré del País Vasco hasta que llegue el otoño y sea tu inauguración, haga el frío que haga, quiero que lo sepas —aseguró ella, separándose unos pasos para observar a su pupilo.

—Me encanta escuchar eso porque no tendría sentido que en mi inauguración no estuviese mi marquesa de Casa Torres —dijo él, agradecido de tanto cumplido y tantos años de apoyo.

—Estoy deseando ver mi vestido. Venga, no puedo esperar ni un minuto más —se apresuró a decir, invitando a Cristóbal a que abriese el saco.

Y cuando lo sacó, con su propia percha de madera donde habían grabado su nombre y la dirección de la calle Bergara, y lo colgó en una rama de uno de los árboles centenarios de Vista Ona la tarde volvió a ser como aquellos exquisitos veranos. Los volantes rosas flotaban con la brisa del norte. La marquesa se cogió la cara con ambas manos y se emocionó.

—Qué maravilla, Balenciaga, eres, has sido y serás siempre un maestro —sentenció, se deshizo de su vestido sin importarle quedarse en deshabillé y le pidió que le ayudase a probarse el nuevo.

—Está preciosa —dijo él, fascinado con su propia obra y viendo cómo llegaba desde la casa el mayordomo con uno de los espejos de pie mientras las doncellas se arremolinaban en el umbral de la puerta para disfrutar del momento en la distancia. La marquesa se observó, dando vueltas para que los volantes danzaran, y sonrió completamente extasiada.

—Estoy feliz, Cristóbal, feliz —concluyó. Espérame un segundo, que me cambio y merendamos. No quiero manchar esta joya. —Y desapareció por el jardín dejándole ahí entre los árboles con una sonrisa grabada en su cara.

Les sirvieron el té con los pastelitos de manzana que él siempre compraba para su casa porque les encantaban a todos.

—¿Cómo está tu madre? Debe sentirse feliz de tu regreso —reflexionó la marquesa, acercando la taza a su maestro.

—Está henchida, se pasa el día cocinando mis platos favoritos y ayudándome a coser botones, jaretas e hilvanando patrones. Y yo feliz de tenerla cerca y activa. Estos son sus favoritos —dijo, cogiendo un pastelillo.

—Le mandaré una bandeja mañana, que hace mucho que no le agradezco todo lo que hace por mis armarios cuando tú no estás. La invité a la fiesta, pero dice que ya no sale por las noches porque se cansa mucho —dijo con una sonrisa tierna.

—Ya sabe, marquesa, todos vamos cumpliendo años. Yo tampoco soy ya el niño de entonces —sonrió.

—Pues yo te recuerdo como si fuera ahora, qué rápido pasa todo —se lamentó.

—Así es —corroboró.

—Mañana te sentaré en la mesa de tus marquesas favoritas —cambió de tercio y sonrió con complicidad.

—¿Tantas tengo? —preguntó Cristóbal con fina ironía sin saber muy bien por dónde iba la conversación en ese momento.

—Bueno, a una la tienes siempre cerca en París por lo que me cuenta. A la otra supongo que no la ves desde hace tiempo —vaciló sin saber cuánto tiempo exacto, y como vio que no reaccionaba, apostilló—: A la marquesa de Alto Aragón me refiero, hombre. Antes era tu preferida, supongo que por ser la madre de tu mejor amigo —añadió inocente.

—Usted siempre fue mi preferida —dijo él, cumplido.

—Eres muy amable, pero sé que no es cierto y me conformo con ser una de las tres favoritas —sonrió con dulzona ironía.

—¿No me cree? —añadió burlón.

—Nada en absoluto, nunca has sabido mentir, eres demasiado bondadoso para contar mentiras —soltó una carcajada.

—Me mira con tan buenos ojos, marquesa, no soy un angelito en todo, aunque usted se lo crea —rió con ella.

—Ninguno lo somos, la verdad. Pero ¿quién está libre de pecado? —preguntó ella, apurando su té y limpiándose con delicadeza la boca con aquellas servilletas de hilo beige que siempre recordaba.

—Si fuésemos buenos en todo, la vida sería muchísimo más aburrida de lo que ya es a veces, ¿no cree, marquesa? —preguntó atrevido.

—Tienes razón. Lo importante es ser bueno de corazón, eso es lo que nos queda al final de todo —aseguró.

—Bueno, ¿y qué me decía de mi mesa de mañana? —cambió de tema, viendo que la marquesa se había puesto demasiado seria y profunda

—Ah, es verdad, hijo, que se me va el santo al cielo. Te decía que te sentaré con ellas y espero que animéis a la marquesa de Alto Aragón porque están pasando un mal momento —susurró como intentado quitar gravedad a un asunto que había llenado los corrillos sociales de comentarios y chismorreos.

—¿Qué le sucede? —preguntó Cristóbal, frunciendo el ceño sin saber bien de qué le hablaba doña Micaela.

—¿No sabes nada? —lo miró extrañada.

—¿Qué debería saber? —insistió.

—Pues pensé que os habría llegado la comidilla. Tu amigo Hugo de Mungida Alcaraz ha cancelado su boda a pocas semanas de la celebración y con todo ya preparado. Sofía está destrozada por la vergüenza —dijo ante el silencio que se hizo en la mesita del jardín.

—No tenía ni idea —respondió como pudo a los pocos segundos mientras la marquesa le preguntaba cosas que ya no supo discernir porque la tarde se había ralentizado de golpe y Cristóbal sintió que, a pesar de todo y de su nueva felicidad, la nostalgia más triste lo había invadido en un momento.

Tocó tres veces enérgicamente en el portón del jardín de la marquesa de Trenvil hasta que le abrió una Amalia refunfuñona que se acababa de despertar. Llegaba acalorado y tenso, intentando controlar las palabras para no pagar con ella el dolor de su pasado tanto tiempo después. Había recorrido casi a la carrera los cinco kilómetros que separaban su casa de la vieja finca de su amiga. Notaba cómo un reguero de sudor recorría su espalda, bajo la camisa de lino blanco sin planchar, desde la nuca hasta el borde de la cintura

—¿Tú crees que estas son formas y horas para llegar a casa de una señora? —preguntó con tanto sarcasmo y mal humor la marquesa que ni siquiera se dio cuenta de la cara que traía Cristóbal.

—Esto es lo que haces tú cada vez que te viene en gana, sin saber si estoy o no ocupado —respondió, serio.

—Tú siempre estás ocupado, si por eso fuera no nos veríamos nunca, así que ir a tu casa sin avisarte es lo único que me queda, aunque te fastidie —dijo ella, estirándose, aunque ya pasaban de las doce del mediodía.

—Pues yo hoy te la devuelvo y tendrás que aguantarme. Es la hora perfecta para el aperitivo —la imitó con todo sarcasmo.

—¿Qué te pasa? Puedes contármelo, sea lo que sea —bajó el tono, intuyendo un drama, observando con estupor cómo Cristóbal, que era el hombre más perfeccionista que había conocido en toda su vida, ni siquiera se había molestado en plancharse la camisa antes de salir a la calle.

El jardín de esa finca, más allá de la casona, tenía una antigua alberca de piedra que cada verano Amalia mandaba adecentar para que su vaso fuese el cobijo de un baño exquisito bajo los frutales. Cerezos, nísperos, albaricoqueros y una higuera gigante llenaban el suelo por tiempos, según transcurría el verano, con un manto de fruta madura que muchas veces no daba tiempo de recoger, pero que a Amalia le encantaba que se la comiesen los pájaros. Cristóbal llegó hasta el borde, se despojó de la camisa arrugada y los pantalones y se metió en el agua. Necesitaba respuestas, pero también relajarse antes de la fiesta de la marquesa de Casa Torres después de no haber dormido nada en toda la noche. El agua estaba fría, en el norte siempre lo estaba, pero notó cómo los músculos se contraían y después se estiraban, cómo la piel se tensaba elástica y los párpados se relajaban.

—¿Qué es lo que te pasa? —volvió a preguntar más tranquila, acercándose y analizando la melancolía que despedía su amigo.

—¿Tú lo sabías, verdad? —preguntó él, seguro, sin abrir los ojos, sumergido el cuerpo hasta el cuello y con la cabeza apoyada en el borde de la alberca.

—¿De qué diantres me hablas, Cristóbal? —respondió ella sin saber lo que sucedía, pero consciente de que no era algo muy bueno.

—De Hugo, mierda, de Hugo. —Y aquel exabrupto seco y rotundo se quedó retumbando en la cabeza de Amalia un minuto mientras su amigo empezaba a llorar. Entonces ella se deshizo de las sandalias en un segundo y se metió en el agua sin quitarse el vestido de lino azul jaspe. Y le abrazó, sabiendo que aquella herida del pasado que había sellado con tanto amor Wladzio D'Attainville se abría de repente de nuevo con mil y un interrogantes.

Habían ido llegando los invitados al palacio de Vista Ona mientras Cristóbal le ajustaba el vestido a la marquesa en su habitación. Las mangas eran dos globos turgentes que enmarcaban su escote limpio y sedoso perfumado de rosas. Desde el ventanal de la segunda planta lo vio llegar, apuesto y masculino como siempre, con esa sonrisa que nunca perdía, aunque la vida se retorciese. Su madre, la marquesa de Alto Aragón iba de su brazo. Él, con su esmoquin impoluto. Ella, con un Balenciaga champán bordado con miles de cristales. Se asomaron los dos al jardín.

—Está guapa, aunque lleve la penitencia por dentro —sentenció la marquesa de Casa Torres.

—Lo están —dijo, serio y escueto, Cristóbal.

—Con este vestido sería imposible no estarlo —añadió ella, apartándose del ventanal y atusándose el pelo ante el espejo antes de salir de la alcoba para bajar a recibir a sus invitados.

La marquesa de Trenvil se había vestido también de champán con uno de los vestidos que Balenciaga le había hecho ese invierno en París con tanto volumen que su falda llenó la entrada del jardín en cuanto puso un pie en él. Para cumplir con la invitación le había pedido a su amigo que le solucionase la papeleta, así que Cristóbal, sin miedo al exceso del volumen que ya de por sí tenía su falda tulipa, la había cuajado de camelias rosas desde la cintura hasta el bajo como un jardín en tres dimensiones que causó sensación entre las invitadas.

Amalia lo miró en la distancia, y en cuanto pisó el césped, fue en su busca para que no estuviese solo ni un segundo. Estaba radiante, con su esmoquin perfecto, peinado con su eterna gomalaca y una camelia blanca pequeña prendida en su solapa izquierda.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con tanta complicidad que él supo por qué ella era la única mujer de esa finca que entendía hasta el último y más recóndito de todos sus sentimientos.

—Estoy bien, he hablado con Wladzio este mediodía. Todo está en orden —respondió, tomando aire y armándose de valor justo en el momento en el que Hugo de Mungida y su madre se acercaban a saludarlos.

—Buenas noches, me alegra veros a los dos aquí un verano más —dijo la marquesa de Alto Aragón, besándoles con una sonrisa abierta. Tenía toda la tristeza del mundo instalada en los ojos, pero era de esas mujeres que jamás dejarían de sonreír ni bajarían la cabeza para no demostrarlo ni un segundo.

—Buenas noches, marquesa —devolvió Cristóbal el saludo, besando a Sofía Alcaraz de Montarca y tendiendo después la mano a un Hugo que se había quedado mudo unos segundos antes de estrechársela.

—¿Ahora los amigos se saludan con un frío apretón de manos? —preguntó con un susurro de voz, apartando sutilmente a Cristóbal unos metros de su madre y la marquesa de Trenvil.

—¿Ahora somos amigos? —le preguntó, midiendo cada una sus palabras y observando con terror cómo Hugo le seguía alterando hasta las pulsaciones.

—Lo siento con todo mi corazón, Cristóbal, te lo juro. No pude con toda la presión de esta maldita sociedad de clasistas y retrógrados —bufó, implorando un perdón.

—Nunca te entenderé, Hugo —respondió con un hilo de voz.

—Me creas o no, no he dejado de pensar en ti todo este tiempo. Hasta el último momento dudé si casarme o no, pero todo eso ha terminado. No pienso casarme con nadie, se empeñe en lo que se empeñe mi familia, porque te sigo amando —explicó torpe y atropelladamente.

—Sinceramente, Hugo, ya no me importa —respondió, buscando con la mirada a la marquesa de Trenvil, que se acercó inmediatamente.

—Dame otra oportunidad, te lo suplico —lloriqueó, y le cogió de la mano tan solo un segundo porque Amalia llegó para salvarle.

—Te lo robo, Hugo, que tenemos que saludar aún a mucha gente —dijo con una sonrisa triunfal.

Y Cristóbal se apartó y se alejó de él por el mismo jardín en el que tantos años antes habían empezado a vivir un romance secreto que les marcaría para siempre. Notó su piel erizada aún por el roce de su mano, notó que seguía sintiendo cosas que creía que Wladzio había destruido, notó que todavía todo le dolía.

El agua helada hasta el cuello seguía causando en Cristóbal un eterno placer hasta cuando estaba triste. La alberca del jardín de la marquesa de Trenvil se había convertido ese verano en su mejor lugar en el mundo. Estando ahí, bajo los albaricoques y las cerezas de esos frutales que alguien habría plantado quizá cien años antes, nada podía ir mal. Sumergió la cabeza, exhaló todo el aire notando el cosquilleo de las burbujas en la nariz, la sacó y volvió a apoyarla en el borde de piedra para mirar cómo el sol chisporroteaba de vez en cuando entre las copas frondosas al capricho de la brisa marina.

—Te traigo un martini rojo de los nuestros, muy frío, con doble aceituna y una rodaja de naranja —anunció Amalia, acercándose a la alberca y depositando una bandeja de madera con los vermús y un poco de pan y queso sobre el murete de piedra.

—Gracias —dijo, escueto, sin abrir los ojos ni salir del agua.

Guardaron silencio unos minutos. A Cristóbal le gustaba escuchar los sonidos del campo. Los trinos juguetones de cantidad de pájaros, la música de las hojas movidas por el viento que tanto se parecía al ruido de la lluvia, el canto ordenado de una abubilla no lejana. Respiró profundo, se incorporó y cogió su martini levantando un poco el vaso al aire desde su trono de agua en un brindis que Amalia correspondió encantada con un guiño de ojo.

—¿Te quedas a comer? —preguntó.

—Depende de lo que tengas —respondió burlón.

—Tengo lo que te haga feliz —dijo ella, riendo, intentando sacar de nuevo la felicidad a su amigo.

—Pues entonces quiero que borres a Hugo de Mungida de mi cerebro, incluso de la historia, si nunca hubiese existido ahora sería más feliz —respondió con una sonrisa torcida.

—Si tuviera esa capacidad, ya lo habría hecho —dijo ella, apurando el martini rojo y sacando con los dientes del palillo las dos aceitunas ya borrachas.

—Tengo hambre, eso igual es que mi cerebro necesita energía para asumir todo lo que viví ayer en tan pocos segundos antes de que me rescatases del abismo —confirmó.

—Pues pide y se te dará —dijo condescendiente.

—Quiero comer tortilla de patata, tomates aliñados, pimientos fritos y filetes empanados. ¿Podemos comer aquí? —preguntó desde la alberca.

—¿Piensas comer dentro del agua?

—Me refiero a aquí, bajo los árboles —respondió, mirando a sus copas llenas de fruta madura.

—Claro, ahora mismo pido todo lo que desees. Solo quiero verte bien. No quiero que pienses en nada que te haga estar triste y desde anoche lo estás, Cristóbal, nadie tiene derecho a ponerte así —justificó.

—La vida es menos fácil de lo que siempre nos parece cuando nos enamoramos porque nunca sabemos después lo que tardaremos en borrar ese amor del corazón, aunque lo ocupen otros —reflexionó.

—¿Aún lo quieres? —preguntó su amiga, temiendo que la respuesta dolería casi tanto como el recuerdo.

—Con toda mi alma —respondió con un sollozo hondo antes de apurar su vaso y volver a meter la cabeza en el agua.

—¿Y qué pasa con Wladzio? —dijo tan alto que Cristóbal pudo escucharlo hasta debajo del agua.

—Wladzio va a ser el hombre de mi vida —sentenció, emergiendo de la alberca y mirando a lo alto. El sol seguía buscando, juguetón, un camino entre las copas de los cerezos.

El lino vainilla y la batista de algodón le recordaban siempre al primer patrón que calcó, por encargo de la marquesa de Casa Torres, de un vestido parisino. Rememorando aquellos años inocentes deshizo el paquete que lo portaba, lo extendió sobre la mesa y aspiró su perfume. Le encantaba respirar profundo el olor de las fibras según llegaban, antes de cortarlas. Era una liturgia que no se saltaba por nada del mundo porque una vez abiertas las telas, el olor primario se desvanecía como los sueños infantiles de las noches de verano.

No había inaugurado aún el atelier de la calle Bergara ni estaba todo en condiciones, pero había decidido empezar a trabajar ya ahí porque la casa familiar de Getaria se le quedaba pequeña para todo lo que debía preparar esos meses. Y Wladzio llegaría en unas pocas semanas para instalarse con él.

Doña Micaela le había encargado un vestido ligero pero muy sofisticado para acudir a un almuerzo en el hotel María Cristina con el rey Alfonso XIII con motivo de la presentación de la Bandera de la Concha, que era la competición anual de traineras que se celebraba siempre los dos primeros domingos de septiembre en la bahía de la Concha de San Sebastián. Exceptuando algunos años del inicio de la guerra mundial, la regata venía celebrándose con normalidad desde su creación en 1879 y cada julio se ofrecía un almuerzo para presentar a los regatistas que competirían al final del verano. Se trataba de una comida con la aristocracia, los deportistas de élite y la casa real. Un evento que se convertía en uno de los actos sociales del verano donostiarra.

Llegó la marquesa antes de tiempo, se detuvo un segundo en el umbral de la puerta, leyó con amor la chapa de latón con el nombre grabado de su pupilo pasando el dedo suave por encima de cada letra y entró con una sonrisa de orgullo.

—Buenos días a todos —dijo en alto, y sus palabras resonaron en los techos señoriales del estudio, inundado de luz a esa hora en la que los bañistas ya se atrevían con el agua helada del Cantábrico y en la playa de la Concha ondeaban los vistosos toldos de rayas de los cambiadores de las damas de la alta sociedad.

—Buenos días, señora, acomódese, en seguida saldrá don Cristóbal —respondió una bordadora, abriendo las puertas de la sala principal de par en par.

—Muchas gracias, sé que he llegado antes de la hora acordada, espero no importunar —se excusó con amabilidad.

—Usted nunca molesta, marquesa —gritó desde el fondo un Cristóbal que ya estaba enfrascado en los patrones de la colección que presentaría en tan solo dos meses para reunir a sus mejores clientas y las que estaban por llegar en el que iba a ser, lo intuía, el despunte de su esfuerzo y su tesón desde niño.

Y cuando salió con el vestido de dos piezas de lino vainilla, compuesto de falda y una chaquetilla corta de mangas importantes en el que las bordadoras habían sembrado un jardín verde de sutiles rosas de pitiminí, la marquesa se enamoró una vez más de cada uno de sus hilos, de su niño crecido y mimado, de la delicadeza con la que creaba cada mundo para plasmarlo en todas sus costuras y de todo eso que sabía que estaba por llegar.

Habían llenado la escalinata del hotel María Cristina de macetones de barro con margaritas blancas porque sabían que al rey le encantaban por su simplicidad. Todo lo contrario que las mujeres, según decían las lenguas malvadas en los corrillos más privados de cualquier reunión de sociedad. Los camareros estaban sirviendo en la terraza un refrigerio para que los invitados no se ahogasen; aquel mediodía, inusualmente en el norte, el sol apretaba tanto que hacía sudar hasta a las exquisitas damas de la aristocracia.

—Veis, aquí sudan todas, sean finas, sean gruesas, sean guapas o feas, sean marquesas, plebeyas o de una corte real —soltó con una risotada la marquesa de Trenvil, provocando las carcajadas de Cristóbal, la mirada ausente de la marquesa de Casa Torres y el atragantamiento de la marquesa de Alto Aragón. Las tres volvían a lucir, para regocijo de su autor, tres vestidos de verano de Balenciaga, tan distintos como sus dueñas.

—A veces eres tan ordinaria, Amalia, que no te entiendo —protestó Micaela, pasando sutil sus dedos por las rosas de pitiminí bordadas en su lino vainilla.

—Mujer, es que sois tan finas que si no hago chascarrillos estos rollos de fiestas son un aburrimiento —se justificó, ajustándose el pecho en el escote de su vestido de batista amarillo, observando curiosa de lejos cómo Alfonso XIII se había parado a charlar con Hugo de Mungida con la misma naturalidad que si lo hiciese con cualquiera de sus mozos de cuadras.

—Si me disculpáis —se excusó Sofia, yendo a su encuentro y generando un rumor sordo a su paso en muchos de los corrillos aristocráticos. La falda capa corta de su vestido de algodón de rayas blanco y gris ondeaba triunfal como una bandera.

—Señoras, que tengan un buen día —deseó Cristóbal, apurando su copa de vino y despidiéndose.

—¿Adónde vas? —preguntó inquisitoria Amalia.

—Al estudio, tengo mucho trabajo pendiente, vine solo un rato para acompañarlas, pero tengo que volver a mis quehaceres o nunca abriremos a tiempo, espero que lo entiendan, marquesas —dijo, inclinando la cabeza levemente.

—¿No vas a saludar a tu amigo Hugo? Creo que Sofia ha ido a buscarle para reunirlo con nosotros —preguntó inocente la marquesa de Casa Torres.

—No creo que ese fuese el motivo precisamente, la verdad —interrumpió la marquesa de Trenvil con una risita tan irónica que el aire se hizo denso unos segundos y ella aprovechó para terminarse la copa de vino de un par de tragos.

—No tengo tiempo para nada, marquesa, el señor Hugo de Mungida tendrá que quedarse sin el saludo —anunció con fingida naturalidad.

—¿Ahora os llamáis de usted? —preguntó, levantando una ceja y buscando la mirada de Amalia para encontrar una justificación.

—Ahora no nos llamamos, sin más. Yo no tengo tiempo para las contemplaciones, no encuentro horas en el día para acometer todas las labores del estudio y él debe de estar muy atareado haciendo y deshaciendo bodas —respondió con tono neutro para no darle más importancia a la ironía, aunque a doña Micaela se le había atragantado el vino blanco y cuando se topó con la mirada de su amiga Amalia encontró una sonrisa de satisfacción.

La marquesa de Casa Torres enmudeció al no hallar explicaciones a lo que estaba sucediendo, pero era tan discreta que jamás se habría atrevido a ahondar en algo que sabía que no le competía. Cristóbal se despidió definitivamente de ambas levantando la mano con un gesto cordial mientras se alejaba de la terraza para abandonar el María Cristina. Hugo miró desde la distancia, discreto, con tanta tristeza que Amalia hasta sintió un atisbo de compasión por primera vez después de tanto tiempo de dolor contenido.

San Sebastián, noviembre de 1917

Había amanecido ventoso y frío, pero en el número 2 de la calle Bergara el sol bañaba, como en un remanso estival, las peonías rosas y blancas metidas en tulipas de cristal que adornaban las mesas del nuevo estudio de Cristóbal Balenciaga en España. Los cinco maniqués que había comprado en París con Wladzio hacía meses portaban cinco de las nuevas creaciones. Un vestido de mañana de lana color beige; un vestido de cóctel en dos piezas, de encaje negro con sobrefalda globo de crepé de seda marfil; un vestido de noche entallado en el delantero y suelto en la espalda; un vestido pavo real de fiesta, más corto por delante que por la espalda en mikado bordado en oro, y un abrigo túnica en negro sólido con bocamangas de armiño blanco.

Cuando la marquesa de Casa Torres y la marquesa de Trenvil llegaron se toparon con todo el revuelo de las damas de la corte y de la reina madre María Cristina y la reina Victoria Eugenia. La esquina de la calle Bergara ya se había colapsado de gente desde hacía horas. Ambas reinas pocas veces acudían juntas a ningún acontecimiento social y sabidas eran sus diferencias personales desde el estallido de la guerra mundial, cuando la reina madre había demostrado su apoyo a las tropas alemanas mientras que la reina Victoria Eugenia se había decantado por ensalzar a su primo el rey Jorge V del Reino Unido. Pero mucho más allá de las diferencias territoriales por sus ascendencias en las casas regias de la vieja Europa, ambas mujeres se habían declarado la guerra personal dentro de los muros del Palacio Real. María Cristina era posesiva y hacía valer su autoridad sobre la corona y su influencia absoluta sobre su hijo Alfonso. Victoria Eugenia se había dedicado a parir y cuidar un batallón de infantes con hemofilia mientras el rey entraba y salía de palacio a su antojo con todas las señoras que se le ponían a tiro.

—Pellízcame para creer que estamos viviendo esto —pidió mordazmente la marquesa de Trenvil.

—No lo haré, aunque me lo supliques de rodillas —respondió la marquesa de Casa Torres con los ojos aún como platos de ver a Victoria Eugenia en un acto social con todo el poderío de sus joyas, esas mismas que atestiguaban cada uno de los engaños de su marido. Contaban algunas damas en las fiestas más íntimas que cada infidelidad manifiesta era recompensada con una joya de más valor y que gracias a la bragueta rebelde de Alfonso XIII la reina consorte había formado

un joyero particular con el que podría haber comprado cualquier cosa que hubiese deseado en la vida. Todo menos el amor honrado de su marido.

—¿Cuántas perlas australianas de ese collar que parece una ristra de cerezas serán gracias a Sofia? —se preguntó en voz baja Amalia sin atreverse a formularlo en alto porque sabía que Micaela se enojaría hasta el infinito.

Justo cuando el carillón de la sala dio las doce empezaron a desfilar entre las sillas, dispuestas en paralelo formando un marcado pasillo, las doce modelos que Cristóbal había contratado para presentar su primera colección como C. Balenciaga. Las reinas, suegra y nuera, sentadas en unos butacones preferentes, y más de una veintena de marquesas, condesas y duquesas de la aristocracia europea se sumergieron en ese sueño exquisito que Cristóbal les proponía con toda la sabiduría inexplicable de sus veintidós años. No había terminado el desfile y su madre ya lloraba hacía rato de la emoción, la condesa de Trenvil aplaudía como si de un espectáculo teatral se tratara, Wladzio sonreía dulce en cada mirada desde el final del salón y Cristóbal vigilaba todo sin dejar de sonreír ni de descruzar sus dedos nerviosos, escondidos en un bolsillo de su impecable americana cruzada.

1927

Pensando en su suegra, aunque en sociedad esa palabra de parentesco jamás saldría de la boca de Balenciaga ni de la de Wladzio, que vivían con absoluta discreción y normalidad sus diez años juntos, Cristóbal había reservado un exquisito tul de seda negro rayado para confeccionar un vestido de cóctel para la fiesta de bienvenida que le habían organizado en el jardín de la marquesa de Trenvil. Hacía días también que guardaba un gazar de seda gris mercurio con el que cosería el vestido túnica que quería que llevase en su nueva presentación.

Preparó la tela sobre la mesa de trabajo en una sola pieza, sobrehiló los bordes y se fue con ella directamente al maniquí para montar su vestido en *moulage*. Empezó por el escote, limpio, en palabra de honor. Ajustó la tela al lado izquierdo de la cintura para elevarla y la prendió con dos alfileres. Allí en ese punto iría un broche joya que cerraría una lazada del mismo tul ciñendo el talle antes de que la falda se abriese voluminosa en cinco capas superpuestas de tul por debajo de la rodilla.

Madame D'Attainville seguía siendo, aunque pasasen los años, de esas mujeres que entraban en un jardín y hasta los árboles susurraban. Al llegar a la finca de la marquesa de Trenvil ya estaban las candelas encendidas. El crepitar de las antorchas con las que habían iluminado el camino centelleaba en el tul de seda de su falda negra como la noche. Parecía una artista, se dijo Amalia cuando la vio entrar, como de puntillas, intentando no clavar sus tacones en el césped.

—Buenas noches, madame, bienvenida por fin a mi casa española —dijo la anfitriona, abrazando a su invitada con cuidado, porque sabía de su extremada delicadeza en el contacto físico.

—Bien hallada —respondió ella en un castellano casi perfecto, fruto de las buenas relaciones con Cristóbal, supuso.

—Les presentaré a algunos buenos amigos con los que vamos a compartir la velada, son todos de la casa, hoy no tenemos protocolos sociales, quiero que disfrutemos sin estar pendientes de nada más que de eso, de disfrutarnos —anunció sonriente.

Acababan de servir el plato principal de la cena cuando llegó el mayordomo tenso, pero guardando la compostura.

—Un recado para usted, señora —dijo, depositando una nota escueta junto al plato de la marquesa que decía: «Está en la biblioteca la marquesa de Alto Aragón muy alterada y necesita hablar con usted». Amalia lo leyó dos veces sin dar crédito. Se excusó con una sonrisa tranquila de la que nadie dudó salvo Cristóbal, que sabría reconocer cada gesto de su amiga hasta debajo del agua. Caminó serena hasta la casa y nada más cruzar el umbral corrió hasta la biblioteca para encontrarse con una Sofia que había perdido el control de las palabras y balbuceaba entre sollozos.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces aquí? Cuéntamelo o no podré ayudarte. —La sujetó con fuerza contra su pecho intentando tranquilizarla.

—No puedo más, no puedo más —repetía ella, sollozando y sin vocalizar. Amalia notó enseguida el olor del coñac.

—Tranquilízate, Sofia, ven, siéntate aquí conmigo. —La cogió de la mano y la sentó a su lado, pero ella seguía haciendo aspavientos y lloriqueando como una niña pequeña.

—Me quiero morir. Mi marido lleva un año sin venir por casa. Mi hijo me ha dicho hoy que su vida no tiene sentido y que hemos fracasado los dos en el amor por no saber valorar a las personas. La vida así ya no tiene sentido para mí —balbuceaba mientras se sonaba los mocos con el pañuelo que le había tendido el mayordomo nada más llegar a la casona.

—No digas tonterías, Sofia. Hay muchas más cosas en la vida que el amor, que los hombres, que las relaciones sentimentales, que los fracasos —intentó que entrara en razón ahora que empezaba a tranquilizarse.

—No puedo ver a mi hijo derrotado, llorando por las esquinas como un alma en pena. ¿Dónde está aquel Hugo hechicero que todo lo podía, dónde, por Dios? —se preguntaba a sí misma.

Amalia guardó silencio unos segundos para no estropearlo, pero quizá había llegado el momento de plantarle cara a la vida, aunque las verdades doliesen como cuchilladas. Y sin esperar a que sus invitados se alterasen por más tiempo, cogió por los hombros a la marquesa de Alto Aragón y se la llevó hasta una de las habitaciones de invitados de la segunda planta, cuyas ventanas daban al otro lado del jardín opuesto al lugar en el que estaban cenando. La metió en la cama, le ayudó a tomarse una de las pastillas que usaba para dormir cuando no conciliaba el sueño y la arropó.

—Descansa, te vendrá bien. Y mañana hablaremos del mundo.

Apagó la luz cuando Sofia ya ni se movía y cerró la puerta con cuidado. Al salir, Cristóbal la esperaba en la escalera negando con la cabeza.

—Eres demasiado buena, Amalia —le reprochó.

—Tú habrías hecho lo mismo. Me niego a creer que la habrías dejado volver sola, borracha como una cuba y en ese estado de nervios.

Y Cristóbal calló porque sabía que tenía razón. Salieron juntos de nuevo al jardín y volvieron a la mesa. Wladzio mantenía una animada conversación, provocando las risas de los comensales, para no perder el ambiente distendido de la cena. Cristóbal se sentó y le acarició la pierna por debajo de la mesa en un cariñoso signo de agradecimiento.

Las estrellas seguían parpadeando allí arriba ajenas al resto del mundo.

La marquesa de Trenvil había ordenado que preparasen un *brunch* a la sombra, bajo los mismos árboles que la cena, porque a pesar de ser septiembre el sol aún picaba a mediodía. Y eso era lo que menos le convendría a la resaca de la marquesa de Alto Aragón. Cuando bajó al jardín estaba avergonzada.

—Lo siento, Amalia, ayer perdí las formas, lo sé. Y me gustaría pedirte disculpas por haber estropeado tu cena —se explicó a trompicones, sentándose a la mesa con torpeza.

—¿Qué es lo que te pasa, Sofia? Cuéntamelo para poder ayudarte, si está en mi mano —le animó a que se confesara.

—Creo que he perdido a los dos hombres más importantes de mi vida por avaricia —soltó a bocajarro, sin ningún tipo de filtro, sabiendo que ya no había marcha atrás y que era mejor contar la verdad para que alguien, aunque solo fuese por pura compasión, la comprendiera.

—¿Por qué lo crees? —preguntó escueta para no interrumpir su arranque de sinceridad. Se puso otro café bien cargado, le sirvió uno a su amiga y se acomodó en la butaca de mimbre para escucharla con atención.

—Hace más de veinte años que no tengo relaciones físicas con mi marido. Él dejó de dormir conmigo la misma noche que supo que Hugo no era hijo suyo. Sé que esto te extrañará, pero lo echo de menos y ya no tengo forma de recuperarlo —calló unos segundos.

—¿Estás segura? —preguntó Amalia.

—Me lo dijo hace un tiempo.

—¿Qué te dijo exactamente?

—Que había estado muchos años esperando a que me cansara del rey con la esperanza de que fuese una aventura pasajera y lo de Hugo un imperdonable descuido. Pero él seguía enamorado de mí y yo no lo sabía. Y ahora me arrepiento de haberle hecho tanto daño y de saber que no tengo forma de recuperarlo —respiró profundo después de sonarse la nariz.

—¿Y a qué otro hombre has perdido? ¿Al rey? No creas que eso es una gran pérdida, querida —ironizó con un gesto esquivo de la mano.

—Al rey nunca lo tuve, así que nada perdí —afirmó.

—¿Entonces? —preguntó de nuevo.

—A mi hijo —respondió ella, mordiéndose la comisura de los labios hasta que le sangraron y rompiendo de nuevo a llorar. Amalia la dejó desahogarse, sabía que eso sería bueno para que descargase todo el dolor que tenía enquistado—. A mi hijo, a mi hijo —repitió al rato varias veces con un lamento hondo que partía el alma.

—A tu hijo seguro que no lo has perdido Sofía, sea lo que sea lo que os ha pasado, seguro que tiene una solución.

—Yo le obligué a comprometerse con Margarita Juncal de Parma, le incité a que lo hiciese día a día, mes a mes, por el bien de nuestra familia. Y él accedió porque le prometí tres cosas a cambio.

—¿Qué le prometiste?

—Júrame que nunca contarás esto a nadie hasta que yo me muera —suplicó desvalida juntando las manos temblorosas en un signo de rezo eterno. Amalia asintió generosa, pero sabiendo que se arrepentiría toda su vida—. Le prometí que dejaría de beber, que dejaría de ver al rey y que haría lo imposible por recuperar a su padre. Aunque no sea de sangre, ha sido el único padre que se ha preocupado por él desde que nació, el único al que él ama como tal —narró, desangrándose de dolor.

—Y no has dejado de beber, sigues viendo al rey y tu marido lleva fuera tantos años que ya no sabes ni dónde ni cómo ni con quién para —sentenció sin compasión.

—¿Crees que soy la peor madre del mundo? —sollozó.

Amalia guardó silencio sin dar crédito. Intentó comprenderla hasta que el recuerdo del dolor de su amigo Balenciaga la devolvió a la realidad. Cómo podía haber sido una madre capaz de condenar a su hijo al desamor de esa manera. Pensó en todo ese tiempo de sufrimiento de Cristóbal, pensó en lo injusta que era la vida, pensó en que si le contaba esto a su amigo ahora podría volver a abrir una herida que llevaba cerrada diez largos años. Y también pensó que si se callaba no podría dormir con la conciencia tranquila, así que se sumió en un mar de dudas y odio a la marquesa por haberle hecho semejante confesión.

—¿Qué piensas? —preguntó bajito Sofía, esperando el consuelo cómplice de la marquesa de Trenvil.

—¿De verdad quieres saber lo que pienso? —respondió sin dejar de mirarla a esos ojos deshechos de llorar que se habían vuelto azul aguamarina otra vez hacía un buen rato. La abrazó, no cabía el rencor en su corazón noble por bruta que fuese, pero se negó a contestar. Y cuando Sofía se levantó y se despidió entre lágrimas, Amalia supo que aquella confesión habría liberado a su amiga, pero se había convertido para ella en una condena mortal.

San Sebastián, 17 de septiembre de 1927

Los años veinte habían convertido a la capital donostiarra en la favorita de toda Europa, no solo por su sofisticada gastronomía, sino por la neutralidad de los españoles en el conflicto mundial que tenía enfrentados a los grandes países del continente. Esas tierras del norte habían acogido como en una burbuja de paz y con los brazos abiertos a una alta y aristocrática sociedad que seguía consumiendo y viviendo con todos los lujos, ajenos al terror del resto del mundo. Las damas de la corte de la reina María Cristina y la propia reina ya solo adquirirían sus mejores galas en la casa del maestro Balenciaga, que había extendido su fama hasta límites insospechados. Cristóbal y Wladzio eran ya por entonces la pareja de moda en todas las reuniones de la alta sociedad. Uno adorado por su aguja, el otro por su sofisticada cultura. Juntos por su elegantísima presencia y conversación en cualquier fiesta que se preciase de importante.

Ese verano del veintisiete, animados por la explosión de un turismo mucho más populoso, decidieron abrir un segundo negocio, en el número 10 de la calle Oquendo, ampliando la marca Balenciaga bajo el sello de Eisa Costura.

Después de una década dedicado a la costura española más sofisticada, el joven donostiarra Cristóbal Balenciaga acaba de inaugurar su segunda boutique en la ciudad con una velada singular de la que disfrutaron aristócratas y nobles y que contó con el apoyo incondicional de la marquesa de Casa Torres y la presencia de su majestad la reina María Cristina. Balenciaga se ha convertido por derecho propio en un icono de la industria española más próspera.

Dobló el periódico la marquesa de Trenvil con una sonrisa y lo dejó sobre la mesa justo cuando le traían su café con leche y sus picatostes con azúcar. Le gustaba desayunar tarde y sola, a esas horas en las que el café Royalti empezaba a hervir. En casi todas sus mesas el único tema de conversación esa mañana era la presencia una vez más de la reina María Cristina en los desfiles de los negocios del joven Balenciaga, que ya formaba parte de la vida pública y de la historia de San Sebastián a sus treinta y dos años.

—Pues no eres tan joven ya, amigo —se dijo en voz baja la marquesa sin disimular, aunque estuviese sola, su propia risotada.

—Me han dicho que ayer no estaba en la fiesta de Balenciaga la marquesa de Alto Aragón, ¿tú crees que ya la habrán desterrado? —preguntó chismosa una de las señoras que almorzaban en la mesa de atrás. La marquesa de Trenvil, como un resorte, dejó de remover su café para que el sonido de la cucharilla no enturbiase la conversación contigo, volvió a abrir el periódico para disimular y se relajó en su butaca a escuchar.

—Yo creo que no la destierran porque sigue siendo la favorita —respondió la otra señora con su voz aguda y engolada.

—¡Pero si ya es moza vieja! —exclamó una tercera.

—Pues parece mucho más joven que la reina Victoria Eugenia —aseguró la primera.

—Moza vieja al fin y al cabo, eso no se lo quita nadie —apostilló otra.

—¿Y qué me decís del niño real? —preguntó con malicia la de la voz más aguda y desagradable.

—Pues que ya lo quisiera yo para mí si no fuese un invertido como el modista —dijo una de ellas con una risotada y tanta inquina que la marquesa de Trenvil se levantó de la silla y, tras dejar el importe de su cuenta, se detuvo ante la mesa de las señoras con las mejillas encendidas.

—Esa moza vieja podría pasar por la hija de cualquiera de ustedes, señoras, porque parecen una jaula de cacatúas. Y por si no lo sabían, Balenciaga es un caballero, eso que seguramente ninguna de ustedes ha catado en su vida porque no hay más que verles la cara de ratas amargadas que tienen. Eso sí que es estar invertido en la vida, el tener el estómago lleno de culebras. Les recomiendo que se miren un rato al espejo cuando lleguen a sus aburridas casas y después se flagelen. ¡Viejas cotillas! —zanjó, respirando hondo y saliendo henchida del Royalti ante el estupor de las tres sexagenarias.

1937

París, 5 de agosto de 1937

No había vuelto a pisar la rue Lepic desde que saliese huyendo de la ciudad hacía tantos años que ya ni recordaba su memoria, pero llegar hasta la esquina del portal del viejo apartamento que Alfonso XIII seguía manteniendo al día desde su exilio para que Hugo viviese en Francia, lejos de los ecos sociales donostiarras, de la República, de las revueltas y del estallido posterior de la Guerra Civil, le removi6 por dentro.

Atrás habían quedado dos décadas de crecimiento personal y laboral en un San Sebastián que había sido tan rico y emergente que le había consolidado como el modista preferido de la alta sociedad y la monarquía. Volver a París suponía un nuevo reto porque poco quedaba de aquellas noches con Hugo, de aquella ciudad que guardó todos sus secretos de amor lejos de España.

El 7 de julio Crist6bal Balenciaga Eizaguirre constituy6 una nueva sociedad, m6s all6 de su pequeño imperio de tiendas y empresas españolas, junto a Nicol6s Bizcarrondo y su compa6ero de vida Wladzio D'Attainville. De esta nueva uni6n sali6 su primera casa de costura oficial en Francia, establecida en el n6mero 10 de la avenida de George V. Solo un mes despu6s, en el caluroso agosto parisino del treinta y siete, lleg6, m6s por tes6n y experiencia que por el azar, el lanzamiento internacional de un Balenciaga que ya se disputaban las damas m6s importantes del mundo.

La marquesa de Trenvil había acudido con Coco Chanel, ya pocos la llamaban Gabrielle, a la presentaci6n de la primera colecci6n en Par6s de su mejor amigo. La gente se había vuelto loca, la prensa internacional decía tantas cosas que Amalia, a6n con la resaca de lo vivido, se empap6 los peri6dicos durante toda la ma6ana lloriqueando de emoci6n como una ni6a pequeña el d6a de Reyes.

Sus fuentes beben de las ra6ces m6s nobles españolas, de los toros y sus brillantes luces, de los bailaores de flamenco, del luto negro andaluz y la cal viva de sus tapias, de los volantes, de las tradiciones, del arte. S6, del arte de la pintura española. Solo de ah6 podr6an nacer estos sue6os de Goya, de Vel6zquez, de El Greco que Balenciaga expone en cada uno de sus patrones. Las cintas de sus vestidos, los lazos, los exquisitos encajes y la suntuosa muselina juegan a ser un patio espa6ol en el que sus mujeres se balancean dentro de sus rotundas y ricas faldas bordadas.

Lo firmaba Ignacio Montes, un periodista español que recorría el mundo con sus crónicas de sociedad y moda. Cerró la página de aquel diario sin dejar de llorar justo cuando Cristóbal y Wladzio llegaban a su encuentro para el almuerzo.

—¿Por qué lloras, qué te sucede? —preguntó su amigo, devolviendo el abrazo que le ofrecía.

—Lloro de felicidad, amigo, quién nos iba a decir hace veinte años que volveríamos a este mismo café de un París que ahora te aclama —le dijo al oído.

—Quién nos iba a decir tantas cosas, amiga —respondió él con ternura, besando su mejilla mojada.

En París el calor apretaba, las terrazas bullían y la ciudad volvía a tener toda la luz del mundo concentrada en su cielo azulísimo.

Un día después del éxito parisino de Balenciaga, mientras los tres amigos almorzaban y brindaban por el éxito y en París brillaba el sol, las campanas de San Salvador tañían bajo la lluvia del norte español esa misma mañana por el alma de Sofía Alcaraz de Montarca, marquesa de Alto Aragón. Su doncella se la había encontrado dos días antes muerta en la cama, con un bote de pastillas vacío y un vaso de agua derramado sobre la mesilla china de laca negra de su alcoba, en la finca de Los Robles de Getaria.

Todo el pueblo había presenciado con estupor cómo Hugo de Mungida, que ya era un hombre fuerte e inmenso, se derrumbaba sobre el suelo delante de un féretro cubierto por las decenas de rosas blancas que había mandado, con una fría y escueta nota, Alfonso XIII desde Roma.

La marquesa de Casa Torres, vestida por aquel luto que encargó un día de hacía muchos años a Balenciaga y que afortunadamente no había tenido que usar hasta entonces, lloraba discreta la pérdida de su amiga bajo el chantilly exquisito de una mantilla española que se había puesto de velo. La iglesia callaba, la homilía del párroco rebotaba en la bóveda de piedra como un suplicio:

—La marquesa de Alto Aragón, nuestra hermana Sofía, era una mujer buena, a pesar de todo, era una mujer buena. No nos corresponde a nosotros juzgarla. Dios que es bueno y misericordioso ya le ha abierto las puertas de su gloria. Ahí es donde ella tendrá que rendir cuentas ante el Todopoderoso. Nosotros rezaremos ahora juntos por su eterno descanso. Dios te salve María...

Wladzio se disculpó y se despidió tras el almuerzo, debía cerrar distintos asuntos relacionados con las compras internacionales de la nueva colección Balenciaga del inminente otoño/invierno. Cristóbal y Amalia permanecieron un rato más tomando café.

—¿Qué tienes que hacer ahora? —preguntó ella, buscando el momento adecuado para hablar a solas con su amigo.

—Pues pensaba dar un paseo hasta los jardines de Luxemburgo, necesito estirar las piernas y respirar aire puro. ¿Quieres acompañarme? —preguntó con una sonrisa fresca.

—Me encantaría, hay un par de cosas que necesito contarte —respondió tan discreta que Cristóbal levantó una ceja escrutadora.

—¿Te has enamorado y no me has dicho nada? —interrogó con ironía.

—No tengo tiempo ni aquello ya para el amor —dijo, señalando por debajo de su cintura con una inclinación de cabeza.

—Entonces tampoco es que estés embarazada —siguió ironizando.

—Sería un milagro —apostilló.

—Bueno, la Virgen se embarazó de una paloma sin dejar de ser virgen —soltó una risotada irreverente.

—Si te oyese tu madre —le cuestionó.

—¿Qué es entonces? Dime, me tienes en ascuas —lo incitó.

—Ayer encontraron muerta a Sofía Alcaraz de Montarca —soltó a bocajarro. Cristóbal se detuvo en seco—. No te dijimos nada para no estropear tu día importante, no podía ser de otro modo porque no habrías llegado ni al sepelio —se justificó.

—Por eso no vino la marquesa de Casa Torres. Me mandó un mensaje muy cariñoso disculpándose porque estaba en la cama convaleciente, me extrañó, pues nunca la he visto enferma en todos esos años —reflexionó Cristóbal, comprensivo.

—Ella me prohibió que te dijese la verdad —le aclaró.

—¿Cómo está él? —preguntó cuando entraban ya al parque y las nubes empezaban a pintar sobre los árboles un cielo que parecía un cuadro. Del azul al gris y el presagio de una tormenta de verano.

—Estaba entero, me dijo Micaela, pero en el sepelio se desmoronó y tuvieron que ayudarlo a levantarse del suelo —contó, midiendo las palabras.

Cristóbal sintió la primera punzada.

Se sentaron en uno de los bancos que miraban al Louvre, cogidos de la mano. A los dos les encantaba ese parque desde los inicios de su amistad en París. Guardaron silencio unos minutos, observando cómo algunos niños correteaban alrededor de las fuentes de piedra, hasta que él volvió a por la segunda.

—¿Qué era la otra cosa que tenías que contarme? —preguntó con el tono sereno, sin soltarle la mano.

—Prométeme que podrás perdonármelo —suplicó ella con la voz medida. Las nubes habían cubierto ya parte del cielo de un gris plomo.

—¿Tan grave es? —cuestionó, mirando al frente.

—Lo es —respondió ella, notando cómo la respiración se le agitaba.

—Entonces suéltalo ya y olvidemos todo lo malo que sea —le dijo, apretando su mano nuevamente.

—Hugo se comprometió con Margarita Juncal de Parma por una promesa que le hizo a su madre, pero siempre ha estado enamorado de ti y lleva soportando esta losa tan dolorosa todos estos años —soltó de golpe, notando cómo su amigo apretaba aún más su mano en vez de soltarla.

Cristóbal sintió más profunda la segunda punzada.

—¿Desde cuándo lo sabes y por qué? —preguntó, mirándola a los ojos.

—Desde hace diez años —respondió desolada.

—Hace diez años abrimos la tienda de la calle Oquendo y vino mi suegra a pasarlo con nosotros en Getaria —hiló él, recordando.

—Sí, fue después de aquella cena en casa en la que apareció llorando Sofía, borracha y destruida —corroboró.

—Lo recuerdo, sabía que aquello guardaba un secreto, no sé por qué, pero nunca quise interrogarte —le confesó.

—No habría podido contártelo de todos modos, le di mi palabra a Sofia de que no le contaría a nadie su promesa mientras ella viviese.

Entonces la muerte se hizo sólida y evidente en sus pensamientos.

—Y ahora que ella ya no está, no faltó a mi palabra ni a mi honor, así que me libero de esta condena que me ha tenido diez años dolida por no poder sincerarme con el hombre más importante de mi vida —le dijo, apoyando la cabeza en su pecho cálido.

—Siempre quise creer que Hugo no podía haberme hecho tanto daño por un simple capricho —confesó.

—Le hemos juzgado mal, amigo, él es noble y cumplió su promesa, aun sabiendo el dolor que te provocaba —analizó Amalia, observando el cielo ya negro por completo.

—Es noble como tú, por eso tengo una deuda y un perdón concedido para los dos porque ambos me habéis ocultado algo por no incumplir la honradez de vuestra palabra. Quizá por eso también os amo a los dos, en distintas medidas —confesó.

—¿Le sigues amando aún? —preguntó, sabiendo la respuesta.

—Le voy a seguir amando hasta que me muera —zanjó Cristóbal, apretando aún más ahora la mano de su amiga y rompiendo a llorar desconsoladamente como un niño.

Amalia le abrazó fuerte. Y el cielo de París se resquebrajó de golpe dejando a los dos amigos empaparse, en aquel banco de las confesiones, bajo la lluvia.

1948

El vestido de línea infanta, un corte histórico inspirado en las pinturas de Velázquez de la infanta Margarita, ya recorría parte del mundo entre las clientas más populares de Balenciaga. Pero, a pesar de todos esos encargos que llegaban de todo el planeta, a Cristóbal nada le hacía más feliz que experimentar nuevas formas y volúmenes en la piel de sus clientas más asiduas y en las de sus propias amigas. Vestidos globo, túnicas, vestidos sin cuello y aquellos sacos divinos en los que convertía los mejores crepés de seda que llegaban de Oriente.

—Quiero que me dejes una cintura de avispa. ¿Crees que es posible? —preguntó Amalia con una sonrisa, sin soltar, mientras Cristóbal le ceñía la cinta métrica a su cintura una vez más, su copa de martini rojo. Con dos aceitunas y una rodaja de naranja, por supuesto.

—Es posible si dejas de comer y de beber, querida —respondió él, soltando la cinta y dejando que su amiga volviese a respirar.

—Cuando te pones insolente eres el maestro —le espetó con un bufido, y apuró el medio vermú que le quedaba en el vaso de un único trago.

—Yo pensé que solo era maestro con las agujas —ironizó, sonriendo.

—¿Me lo vas a hacer o no? —preguntó ella con cierta impertinencia.

—¿Me dejas que te sorprenda con un patrón nuevo en el que estoy trabajando hace unos días? —preguntó serio.

—Al final siempre haces conmigo lo que te da la gana; si te digo la verdad, no sé cómo te las arreglas —protestó.

—Vete de compras un rato y me recoges en un par de horas, que te invito a comer en Maxim's —le anunció.

—¿A qué se debe este honor? —preguntó la marquesa con picardía y esa felicidad que le daba siempre que su amigo la sacase a comer a sus sitios preferidos de París.

—A que estoy generoso y contento hoy —zanjó con una sonrisa, acompañando a su amiga hasta la puerta porque sabía que, si no, no se iría nunca.

Y cuando volvió, un vestido negro de raso, como un saco invertido y con los hombros voluminosos y puntiagudos, como las gárgolas triunfantes de los tejados de las catedrales de París, le esperaba a su amiga, que contuvo la respiración un segundo antes de aplaudir emocionada.

No había vuelto a Maxim's, era así de maniático, desde aquella primera cita que le había preparado con Wladzio la marquesa de Trenvil hacía media vida y de la que había huido al toparse en la puerta con todo el dolor del desamor de Hugo de Mungida. Ahora, al llegar a esa misma puerta del restaurante una sonrisa leve se dibujó en su cara. Amalia no sabía bien si era de felicidad o de nostalgia, pero lo veía feliz a pesar del triunfo del *new look* de Dior que, aunque nadie lo manifestase, no dejaba de ser una copia de todos aquellos patrones de faldas con volumen y cinturas femeninas que Balenciaga llevaba años patronando para el mundo entero. Pero si él estaba feliz con su vida personal, aunque le matase la moral ese robo de su seña de identidad, ella también lo estaba. Y eso era lo único que le importaba.

—¿Te puedes creer que es la primera vez que vengo tras aquella cita casi a ciegas que nos preparaste hace casi mil años? —le preguntó, notando al instante su cara de asombro mientras examinaba la carta.

—No te creo —respondió ella, levantando las cejas en un intento de echar la cuenta del tiempo transcurrido.

—Te lo prometo —le aseguró él.

—De eso hace, a ver, espera que piense —volvió Amalia a intentar echar la cuenta.

—Treinta y un años —respondió con aplomo.

—¿No te pillaba a mano en todo este tiempo? —dijo la marquesa con toda la sorna del mundo.

—Será que no encontré taxi —respondió él con la misma guasa.

Y los dos rieron durante toda la comida, borrachos de esta felicidad exultante de los que saben que la vida camina y los negocios marchan, hasta que llegaron las noticias del estudio de Madrid, donde Wladzio llevaba unos días organizando pedidos y fechas para los nuevos desfiles de otoño.

Y en pleno final del estío francés, cuando aún el sol quemaba en las aceras, Cristóbal volvió a sentir que la vida le daba un zarpazo y su mundo se congelaba.

Wladzio D'Attainville murió en Madrid demasiado joven y feliz como para ser cierto. Había estado toda la mañana despachando asuntos hasta que empezó a sentirse mal y cayó fulminado al suelo con el corazón partido.

Cuando llamaron del estudio de Madrid para localizar a Cristóbal, una de las bordadoras empezó a llorar, temblando con un ataque de pánico, incapaz de contactar con Maxim's para desvelar la fatídica noticia. Fue Sebastián, el sastre más anciano del taller, el que se armó de valor para llegar hasta el restaurante, porque se sentía incapaz de verbalizar por teléfono semejante tragedia, y decirle a su jefe que en ese mismo lugar donde treinta y un años atrás el azar casi los lleva por caminos diferentes hoy la desgracia los separaba para siempre, irremediabilmente.

Amalia notó que el corazón le explotaba en mil pedazos cuando vio a su amigo abrazarse al anciano y desplomarse en el suelo.

Llegaron juntos a Madrid, Amalia no se había separado ni un solo minuto de su lado. Una tormenta como de otoño había reventado sobre los edificios históricos de la ciudad. Cristóbal se sintió tan mojado y frío por dentro como esas cúpulas de pizarra y oro bajo los relámpagos y el aguacero. Al entrar en la sala donde habían instalado la capilla ardiente se encontraron con el silencio desgarrador y con madame D'Attainville, que permanecía de pie, erguida sobre sus tacones y sin perder la compostura de su vestido negro de raso que Cristóbal le había cosido hacía años y que ella había combinado para su duelo con un canotier de Coco Chanel, negro con cinta blanca y velo de rejilla. Nada parecía alterarse en la estricta rectitud de aquella madre salvo cuando se acercó a su suegra para abrazarla y vio, bajo la rejilla oscura del velo, cómo las lágrimas habían formado dos surcos negros de dolor con su máscara de pestañas.

Sintió que el mundo se volvía a abrir en dos, como un abismo interminable, por segunda vez en su vida. Pensó que su destino era una cruz que alguien había puesto en su camino no sabía muy bien por qué siniestro motivo. Notó que la tristeza lo invadía por completo dejando su cuerpo como un muñeco de trapo inerte al que solo le dolía ya el corazón porque el resto de su cuerpo se había acorchado en unos segundos. Wladzio descansaba tranquilo.

—Está guapo —susurró Cristóbal, mirando a su compañero de vida mientras Amalia le agarraba por la cintura sin poder dejar de llorar—. ¿Verdad que está guapo? —insistió, buscando

un mínimo atisbo de consuelo, una vuelta atrás en el tiempo, un milagro que sabía que jamás se iba a producir.

—Lo estará siempre porque era guapo y bueno como ninguno —dijo bajito la marquesa sin soltarse de su amigo.

Madame D'Attainville se había sentado por fin, derrotada del dolor, y se había quitado los zapatos en un acto tan inusual en ella que a su yerno se le revolvió la vida.

Y fuera de esa sala lúgubre, en Madrid, sin haber llegado ni siquiera al mes de octubre, ya se había instalado el otoño y hasta el invierno.

Getaria, 17 de diciembre de 1948

Había llovido tanto ese otoño que los viejos bancos de piedra del parque de su pueblo, el de toda la vida, se mantenían verdes de musgo. También la fuente aquella por la que Hugo saltaba cuarenta años atrás, con pies de cisne, mientras él imaginaba que había visto un ángel.

Dejó de llover y aunque el cielo seguía plomizo como el sentir de su alma, Cristóbal cogió un cuaderno y sus carboncillos, como hacía cada mañana desde que Wladzio se fue y él regresó a esa tierra pensando que todo aquello le curaría el alma.

Lo vio cruzar de puntillas el parque y desaparecer, como antaño, con esos pasos gráciles como sin tocar el suelo. Parpadeó. Pensó que la mente era un engañoso consejero hasta que lo vio cruzar de nuevo y mirarlo desde el otro lado de la fuente. Se levantó sobresaltado. Hugo de Mungida Alcaraz había cumplido ya los cincuenta y cinco años, pero la genética le mantenía fuerte y guapo como si se hubiese estancado en los cuarenta. Le vio acercarse, con los sus ojos azules húmedos y pensó en esas aguamarinas de los ojos de su madre cuando lloraba.

Parpadeó dos veces, no sabía si soñaba, si lo estaba imaginando, hasta que alcanzó el banco en el que estaba y se sentó a su lado. Al suelo cayeron los carboncillos y una cuartilla en la que Cristóbal había vuelto a pintar a su amigo casi cincuenta años después.

—Me dijo Amalia que te encontraría aquí —susurró, poniendo su mano fuerte sobre su pierna.

—¿Cuándo has llegado? —preguntó, temblando, Cristóbal.

—Llegué el mismo día que tú, sabía que vendrías en algún momento porque ya nada te retendría en París —respondió nervioso.

Callaron unos instantes. La tormenta se fue alejando. El aire olía a rosas y a mar.

—No he dejado de pensar en ti ni un solo día —se sinceró Hugo, rompiendo a llorar y abrazándose a su amigo.

—Ni yo —respondió Cristóbal, y hundió su cara en aquel pecho que seguía siendo duro y cálido y donde cualquier tormenta podía escampar.

Se levantaron sin decir nada, atravesaron el pueblo en silencio, con el simple sonido de sus pasos al compás, y llegaron hasta el borde del río helado, el mismo de siempre, el de sus veranos de niños. Se descalzaron, se dieron la mano y cruzaron juntos hasta la otra orilla para tumbarse uno encima el otro en la hierba alta de la ladera hasta que llegó la noche y salieron las estrellas.

Cristóbal Balenciaga pensó en su madre, en la de él. Y en Wladzio, el dulce Wladzio. Y supo entonces que él le acababa de mandar ese regalo desde algún lugar para que su alma pudiese seguir sonriendo.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

© Nacho Montes, 2019

© La Esfera de los Libros, S.L., 2019

Avenida de San Luis, 25

28033 Madrid

Tel.: 91 296 02 00

www.esferalibros.com

Primera edición en libro electrónico (mobi): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-9164-712-6 (mobi) Conversión a libro electrónico: J. A. Diseño Editorial, S. L.